

Barcelona

ME TRO PO LIS

Revista de información
y pensamiento urbanos
Núm. 70
Otoño 2007
Precio 3€

Cuaderno central

(Mal)vivir en la ciudad

Los hijos de Don Quijote

**La guerra de Irak y el conflicto
de interpretaciones**

**Interpretando el siglo XX
¿Totalitarismo o biopolítica?**

Entrevistas con Ulrich Beck y John Gray

Artículos de Seyla Benhabib,
Roberto Bergalli, Miguel Candel,
Javier Echeverría, Roberto
Esposito, Espido Freire,
Santiago López Petit,
Ferran Mascarell, Cristóbal Pera,
Luis Racionero, Josep Ramoneda,
Xavier Roig, Juan Villoro...





www.bcn.cat/publicacions



Editorial

Una ciudad siempre inacabada

Manuel Cruz

Con el número que el lector tiene en sus manos se inaugura una nueva etapa de esta revista. Todos los que la hacemos —empezando por quienes nos acabamos de incorporar al proyecto— somos conscientes de la dificultad de la tarea que se abre. El trabajo llevado a cabo durante estos últimos veinte años bajo la dirección de Joan-Anton Benach constituye una valiosa herencia que nos compromete tanto como nos estimula. Pero está en la naturaleza de los seres humanos asumir el pasado para intentar ir más allá. Superando, cuando ello sea posible, lo llevado a cabo por nuestros predecesores, y procurando adaptarlo a las nuevas realidades en cualquier caso.

Aplicar semejante principio general a la Barcelona METRÒPOLIS que, en cierto sentido, nace ahora significa enriquecer la esfera de cuestiones que se venían tratando, añadiéndole registros, discursos, sensibilidades y temas tal vez hoy especialmente necesarios. Es en este contexto en el que se deben entender los cambios introducidos. Empezando por el más visible, y que de alguna manera subsume todos los demás. Me refiero al subtítulo *Revista de información y pensamiento urbanos*, que pretende anunciarle al lector la importancia que se le concederá a la reflexión, al debate y, en general, al pensamiento acerca de la ciudad.

Decir urbano es decir poco y demasiado al mismo tiempo. De hecho, podría sostenerse, con muy poca exageración, que en el mundo actual todo lo que pasa, pasa en las ciudades. Las ciudades se han convertido en *espacios privilegiados de realidad*, ámbitos de máxima intensidad colectiva, en los que tiene lugar lo más significativo, para bien y para mal, de cuanto nos concierne. En el bien entendido de que no nos concierne de la misma manera las diversas cosas que nos ocurren o que ocurren a nuestro alrededor. Dedicar, en concreto, el primer Cuaderno Central de la nueva etapa a quienes (mal)viven en Barcelona puede parecer que tiene mucho de declaración de principios. En efecto, el debate que se aspira a alentar desde aquí sólo puede ser, por definición, abierto y plural (en caso contrario, únicamente sería apariencia de debate). Y ello empieza por poner a la vista de todas algunas realidades que han tendido a permanecer ocultas,

cuando no a ser ocultadas. Sin embargo, no debiera confundirse tal actitud con una toma de posición ideológica previa. En este punto, conviene ser firme. Que nadie espere (o tema) encontrar en las páginas de Barcelona METRÒPOLIS ni tutelas ni portavocías de ningún tipo. No se es de un determinado color político por señalar los problemas existentes, sino por el tipo de solución que se propone para los mismos.

Aunque, por descontado, lo anterior en modo alguno pretende equivaler a ninguna suerte de (imposible) neutralidad o de suspensión (indefinida) del juicio. En absoluto. Siempre se piensa desde algún lugar, desde algún punto de vista, y no es ni bueno ni útil intentar escamotearlo. Durante mucho tiempo — los buenos tiempos para muchos— fue un lugar común referirse al *modelo Barcelona*. El tópico hizo fortuna, una fortuna sólo comparable con la obtenida por el tópico, perfectamente simétrico, de la *crisis del modelo Barcelona*, con el que otros se han venido relajando de un tiempo a esta parte. Probablemente ambos tópicos sean infundados, en la misma medida y proporción en que lo es referirse a *modelos* para hablar de ciudades. No está en la naturaleza de éstas someterse a modelos —ni tan siquiera cumplirlos—, porque en sí la ciudad no se deja entender en tales términos. La ciudad, en realidad, no es tanto lo que designa como lo que acoge. De ella podemos decir lo que decimos de otras instancias: que está constituida por el entramado de situaciones y conflictos compartidos por un conjunto de individuos decididos a vivir juntos, no siendo nada por encima o al margen de esa red. Pues bien, Barcelona METRÒPOLIS aspira, con la preceptiva modestia, a ofrecer un espacio para el debate que dicha vida en común necesariamente conlleva. Asumiendo como único compromiso la radical lealtad de cada cual a las propias ideas. ¿En qué otra cosa, en definitiva, podría consistir eso que llamamos *crítica*?



Barcelona METRÓPOLIS
Número 70, otoño 2007

Editor
Comunicació Corporativa i Qualitat
de l'Ajuntament de Barcelona.
Director: Enric Casas

Edición y producción
Imatge i Producció Editorial.
Director: José P. Freijo
Passeig de la Zona Franca, 60. 08038 Barcelona.
Tel. redacció: 93 402 31 11 / 04 / 05.

Secretaría de dirección
Tel. 93 402 33 18. Fax: 93 402 30 96.

Direcciones electrónicas
bcnrevistes@bcn.cat
<http://www.bcn.cat/publicacions>.

Dirección
Manuel Cruz.

Dirección editorial
Carme Anfosso.

Edición de textos
Jordi Casanovas.

Gestión
Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91.

Secciones fijas
Martí Benach, Joaquim Elcacho, Helena Encinas, Josep M. Fort, Joaquim Noguero, Jordi Picatoste Verdejo, Karles Torra, Jaume Vidal.

Colaboradores
Luis Enrique Alonso, Seyla Benhabib, Fina Birulés, Roberto Bergalli, Miguel Candel, Javier Echeverría, Sergi Doria, Núria Escur, Roberto Esposito, Espido Freire, Daniel Gamper, Jordi García, Alberto Hernando, Isabel Holgado Fernández, Santiago López Petit, Antonio Martínez López, Ferran Mascarell, Cristóbal Pera, Gabriel Pernau, Águeda Quiroga, Luis Racionero, Josep Ramoneda, Xavier Roig, Juan Villoro.

Consejo de Ediciones y Publicaciones
Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Diseño original
Enric Jardí, Mariona Maresma.

Fotografía
Albert Armengol, Anna Boyé, Pepe Encinas, Elisa González, Eva Guillamet, Antonio Lajusticia, Óscar Mach, Christian Maury, Juan Miguel Morales, Tomeu Mulet, Pere Virgili.

Archivos
AHCBAF, Diari AVUI, Prisma, Age Fotostock, Cover / Corbis, Unmicroclima.

Corrección y traducción
Tau Traductors, L'Apòstrof SCCL,
Daniel Alcoba (italiano-castellano),
Alicia García Ruiz (inglés-castellano).

Edición web
Miquel Navarro.

Diseño y maquetación web
Elisenda Bonet.

Administración
Ascensión García. Tel. 93 402 31 10.

Suscripciones y distribución
M^a Angels Alonso. Tel. 93 402 31 30.
Passeig de la Zona Franca, 60.

Comercialización
Enlace. Tel. 93 441 27 80. mroig@enlacedis.com

Depósito legal
B. 37.375/85 ISSN: 0214-6223

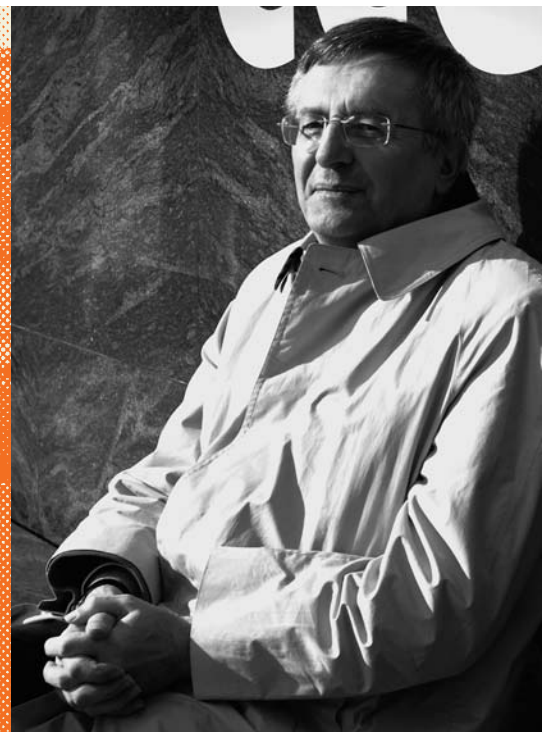
Información
Tel. 93 402 31 30. Los artículos de colaboración que publica Barcelona. METRÓPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha de ser necesariamente compartida por los responsables de la revista.

Consejo de redacción

Jaume Badia, Mireia Bellil, Fina Birulés, Judit Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Cristina Gonzalbo, Daniel Inglada, Jordi Martí, Francesc Muñoz, Ramon Prat, Héctor Santcovsky, Jeffrey Schwartz, Carme Anfosso.

Comité asesor

Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib, Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsivais, Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando Vallespín.



1 Editorial

Manuel Cruz

Plaza pública

4 La mirada del otro

La ciudad como imagen
Juan Villoro

6 Desde la otra orilla

Desafíos de un urbanismo
Luis Racionero

8 El dedo en el ojo

La punta del iceberg o sobre la crisis del modelo Barcelona
Santiago López Petit

11 Metropolitana

*Vivienda para todos:
Los Hijos de Don Quijote*
Antonio Martínez López

15 Masa crítica

Entrevista con Ulrich Beck
Daniel Gamper

23 De prestado

La guerra de Irak y el conflicto de interpretaciones
Seyla Benhabib

27 De dónde venimos / a dónde vamos

Polis: el lugar de los humanos
Miguel Candel
Telépolis: concepto y construcción
Javier Echeverría

33 Voz invitada

*Interpretando el siglo XX.
¿Totalitarismo o biopolítica?*
Roberto Esposito

Cuaderno central (Mal)vivir en la ciudad

44 Inmigración

Un paseo por los barrios de población inmigrante
Gabriel Pernau

54 Mileuristas

Y si por lo menos fueran mil euros
Espido Freire

60 Prostitución

Unas relaciones ve(ci)nales siempre difíciles
Isabel Holgado Fernández

66 Jubilados

Un territorio situado más allá del abandono
Núria Escur
Bienvivir o malvivir la vejez: ésta es la cuestión
Cristóbal Pera
Los años no vienen solos
Águeda Quiroga

76 Propuestas / respuestas

La in(ex)clusión en una ciudad sin rumbo
Roberto Bergalli
El mal urbano: cuando la ciudad peligra
Josep Ramoneda
Barcelona ¿para quién? Barcelona ¿para qué?
Xavier Roig

82 Ciudad y poesía

84 En tránsito

Entrevista con John Gray
Sergi Doria

Observatorio

89 *Proyecto de modernidad, producto cultural*
Ferran Mascarell

91 Zona de obras

Sociedades movedizas, de Manuel Delgado, por Alberto Hernando
La gran rutina, de Valentí Puig, por Jordi Gracia
Los condenados de la ciudad, de Löic Wacquant, por Luis Enrique Alonso
Las fronteras de la justicia, de Martha C. Nussbaum, por Fina Birulés

96 Artes plásticas

Jaume Vidal

97 Cómic

Joaquim Noguero

98 Música

Karles Torra

99 Artes en la calle

Martí Benach

100 Diseño

Josep M. Fort

101 Ciencia

Joaquim Elcacho

102 Cine

Jordi Picatoste Verdejo

104 A pie de calle

Helena Encinas

Portada y contraportada

Fotos: Christian Maury

La imagen dominante de Barcelona es la de una urbe dominada por el buen gusto, la eficacia, la tolerancia y la luz mediterránea. Sin perder estos atributos, el escenario cambió en los últimos años para presentarse como plataforma de servicios.

La ciudad como imagen

Texto **Juan Villoro** Escritor

Las ciudades extranjeras son sitios de comparación. Para quien creció en el expansivo caos de México D. F., Barcelona representa una aventura del orden. Enrique Vila-Matas ha escrito que la crispada vida de esta ciudad recuerda al temperamento de Madame Bovary. En tal caso, la apocalíptica intensidad del Distrito Federal debe ser comparada con Janis Joplin. El nerviosismo barcelonés parece controlado por ansiolíticos de diseño.

En *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino evoca remotas urbes amadas. Barcelona llegó a mis oídos de esa forma, como un escenario perdido. Mi padre nació ahí y tuvo que abandonarla en 1932, a los diez años. La dilatada noche del franquismo le impidió volver.

Mi primera estancia larga en Barcelona comenzó el día de Reyes de 1976 y duró cerca de un mes. Me hospedé en el Hostal Viena, del barrio chino, porque ahí había vivido Henry Miller. Como en los cines proyectaban películas dobladas, mi segundo albergue fue la Filmoteca, que parecía una cripta de conspiradores. Los edificios modernistas eran imponentes testigos de una prosperidad anterior y aguardaban el momento de que alguien se acordara de limpiarlos. Aunque el franquismo había producido horribles moles cuadradas, el paisaje urbano se mezclaba en tranquila armonía, como las palmeras que convivían en los parques con árboles del frío.

El sol bañaba las piedras del barrio gótico, pero las habitaciones se entregaban al refugio de las sombras. Hice trámites en oficinas iluminadas con timidez por un patio de luz; las porterías parecían cuadros de Hopper: un cubil oscuro donde un foco amarillento iluminaba la mano de un guardián.

Para llegar a mi hostel recorría calles que olían a orines y sorteaba a los marineros que dormían su borrachera. A los diecinueve años ese escenario me parecía perfecto; aún mejor era la tensión que animaba la ciudad. Un viento radical recorría las piedras clásicas de Santa María del Mar, los portales de la Plaça Reial, la amplia simetría de las Ramblas, las librerías donde todos los libros parecían tratar de la contracultura. En los cafés se hablaba de eurocomunismo, antipsiquiatría, drogas alternativas, fútbol total, nueva canción catalana, cine de autor, anti-novela y travestismo con un fervor que anunciaba, no sólo que los cambios eran posibles, sino que ocurrirían entre las aceras de mar y de montaña. En cualquier portal surgía una mesa con

libros marginales, mermeladas naturistas, serigrafías de Tàpies, velas aromáticas. Un tejido mediterráneo donde los talleres y plazas proponían una sensata artesanía del cambio.

En 1992 me instalé por unos meses en un apartamento amueblado y conocí la Barcelona olímpica. La ciudad se abrió al mar y ordenó su circulación, pero sobre todo logró representarse a sí misma como sede de una elegante modernidad.

Ciudades como Venecia o Samarcanda disponen de una mitología superior a su escenario. Barcelona ha logrado ser una metáfora globalizada. Tal vez Woody Allen inauguró la tendencia de los personajes cinematográficos que quieren ir a Barcelona, esa verosímil locación de escape, tan comentada en las revistas de los aviones.

Me sorprende la cantidad de barceloneses que hablan como alcaldes de la ciudad, satisfechos de su entorno. La imagen predominante es la de una urbe dominada por el buen gusto, la eficacia, la tolerancia y la luz mediterránea. Sin perder estos atributos, el escenario cambió en los últimos años: la tarjeta postal recibió retoques de Photoshop para presentarse como plataforma de servicios.

Saskia Sassen observa en *Global City* que las metrópolis han perdido su rígida localización. Barcelona es, entre otras cosas, un territorio de alquiler para quienes buscan ferias, festivales, congresos, consultas médicas, estudios de todo tipo, turismo sexual o cultural, despedidas de solteros. Durante tres años (de 2001 a 2004) viví en la parte derecha del Eixample y llevé a cabo un sondeo de barrio. Cada vez que veía una mudanza preguntaba quiénes se iban y quiénes llegaban. Casi siempre, una familia catalana dejaba su sitio a canadienses, australianos, japoneses o estadounidenses. Algunos venían retirados; la mayoría se instalaba a trabajar para su ciudad de procedencia. Las nuevas comunicaciones, los buenos servicios locales y los bajos costes (en términos japoneses) permiten la deslocalización: trabajar para Tokio viviendo en Barcelona. Los nuevos inquilinos son periféricos a escala globalizada, del mismo modo en que mis alumnos de la Universidad Pompeu Fabra solían ser periféricos a escala regional (venían de Rubí, Mataró y otras poblaciones en las que el alquiler les resultaba razonable).

Algunos efectos de Photoshop: el buen gusto barcelonés ha derivado hacia el sobrediseño y la concepción de la metró-





© Christian Maury

poli como marca internacional ha privilegiado la arquitectura de firma sobre el talento local. El criterio de fondo es el de un cosmopolitismo entendido como consumo o fichaje, no como creación propia.

Al mismo tiempo, la cultura local ha cobrado un sesgo regionalista y defensivo ante el bilingüismo (visto como una amenaza y no como lo que en mi opinión es una envidiable ventaja). Recuerdo un reportaje que hablaba con alarma del predominio del castellano en los recreos escolares a causa del contagio provocado por los inmigrantes latinoamericanos. Curiosamente, el hecho de que el texto estuviera escrito en castellano no llevó al autor a reflexionar sobre las ventajas del ejercicio multilingüe.

La belleza de Barcelona no ha dejado de existir. Digamos que la adolescente cuyo principal atractivo era la ignorancia de su propia hermosura se transformó en una top-model que trabaja para la mejor agencia. La imagen más kitsch que conservo de la ciudad es la del alcalde Joan Clos bailando en un camión descapotable al ritmo de Carlinhos Brown. Asistimos entonces a un momento extremo de la ciudad de servicios: la diversión como programa oficial, un Club Mediterrané donde al gerente le pagan por bailar.

La vida de Barcelona sería más rica si en vez de ofrecer transitorias actividades al ritmo de la moda, apoyara centros permanentes de creatividad que involucraran a las culturas que

ya existen en sus calles (la árabe, la charnegueta, la latinoamericana) y las combinara con las energías que se pronuncian en catalán. Un ambiente que reconociera lo que ya ocurre en secreto: zonas de la imaginación que aún no llegan a la imagen oficial. Para Néstor García Canclini lo híbrido se distingue de lo criollo o lo mestizo en que no es una mezcla ya establecida sino un proceso, un movimiento, una frontera de encuentro. Permitir esa zona de cruces sería el verdadero cometido cosmopolita de Barcelona.

Los desafíos de la ciudad derivan de su imagen. La marca mental “Barcelona” supera al espacio que la acredita. Su futuro dependerá de no ceder a las tentaciones comerciales de su propio simulacro. Las piedras de siempre son su mejor respaldo.

Hace poco le pedí a mi hija de siete años que dibujara un paisaje urbano. Al cabo de media hora, llegó con el resultado. Inés vivió un año en México, luego tres en Barcelona y lleva otros tres en México. ¿Qué significa para ella lo urbano? Me entregó un papel donde aparecían la Ciutadella, la Catedral, el barrio gótico, su chiquipark favorito y la papelería de la señora Milagros, a la vuelta de nuestra casa. No podría haber hecho un cuadro equivalente del D. F., donde pasa del caos de coches al caos de gente. El paisaje pintado por mi hija se parece bastante al que mi padre conservó de la ciudad perdida a los diez años. Barcelona imanta con una fuerza superior a los usos transitorios y banales a los que se somete. **M**



Barcelona es agradable porque ha existido una voluntad de diseñar el espacio urbano. La organización de los barrios y los centros debe también adaptarse a la escala humana.

Desafíos de un urbanismo

Texto **Luis Racionero** Urbanista

Barcelona ha alcanzado un merecido prestigio entre las ciudades europeas: su calidad de vida es óptima, y ello no se debe sólo a factores climáticos, gastronómicos o psicológicos, sino también al diseño urbano. “Diseño urbano” es un concepto que conocí en el Departamento de Urbanismo de U.C. Berkeley en 1968. Allí venía más de la tradición de Camillo Sitte y Patrick Geddes que de Le Corbusier. Le Corbusier, si le hubiesen dejado, habría arrasado la Ciutat Vella para construir sus unidades de habitación, más salubres pero mucho más uniformes y aburridas. El alcalde de la época no sucumbió a la egolatría del excelente arquitecto y discutible urbanista franco-suizo y los turistas se lo agradecen. Bien es verdad que en aquella época de la Carta de Atenas los centros históricos se veían como rémoras al progreso en vez de patrimonio histórico. El turismo de masas, tan criticable en ciertos aspectos, ha salvado los centros históricos, condenados por Le Corbusier, que tildaba las texturas urbanas medievales de caminos de asnos. Él prefería, como Mussolini, *“la línea diritta, la chiarezza de la idea”*.

Los anglosajones generaron otra teoría urbanística orgánica, respetuosa, tradicional. Fue el “urbanismo extractivo” que Patrick Geddes elaboró para salubrizar las ciudades de la India sin destruir su carácter: se trataba de fluir con la textura existente, sacando aquí y allá, edificios arruinados, para esponjar las calles, abrir plazas, consolidar edificios antiguos. Es un urbanis-

“Nada que oponer al estilo racionalista, pero sí a su aplicación indiscriminada solo por estar de moda, porque se usa en los países nórdicos y porque las fotos quedan muy modernas en las revistas italianas”.

mo orgánico, no racionalista, y ese es el que se ha aplicado en Ciutat Vella en Barcelona, si bien en los espacios creados se ha diseñado no de modo orgánico, sino racionalista (véase la calle Banys Nous).

Nada que oponer al estilo racionalista, pero sí a su aplicación indiscriminada sólo por estar de moda, porque se usa en los países nórdicos y porque las fotos quedan muy modernas en las revistas italianas. Una cierta dosis de provincianismo sobrecogió a nuestros responsables urbanísticos, que aplicaron cemento y metal en espacios donde el sol implacable hacía más aconsejable para el usuario algo de sombra, de verde, de agua, de frescor, en suma. Diseñaron plazas inutilizables en verano y que se confunden fácilmente con gasolineras en cualquier momento del año.

A pesar de estos errores de aplicación, el concepto de diseño urbano fue muy útil. Si Barcelona es hoy una ciudad de las más agradables del mundo ha sido por esa voluntad de diseñar, bien o mal, el espacio urbano, cosa no contemplada en otras ciudades. Urbanismo es lo que el ciudadano encuentra cuando abre la puerta y pone el pie en la calle: puede acceder a espacios amables, a escala humana, o a la jungla de asfalto entregada al automóvil. Naturalmente el peatón y su subclase foránea, el turista, prefieren lo primero. Sin abolir el coche, Barcelona es una ciudad para el peatón, incluso para la bicicleta, y eso es un activo de incalculable valor. O calculable: compútese el número de hoteles construidos en los últimos treinta años y los ingresos por turismo anuales.

La irrupción de Barcelona en la lista de ciudades de turismo urbano –detrás de Londres, París, Venecia o Florencia– se debió a la Olimpiada del 92, pero sin el trabajo urbanístico de los años anteriores no se habría incorporado tan aprisa. Incluyo en ese acervo atractivo el legado artístico de Gaudí, que es, casi literalmente, la guinda del pastel urbanístico barcelonés. Se quiera o no, al final, los turistas vienen a ver a Gaudí, entre otras cosas; lo que, desde luego, no vienen a ver son los edificios racionalistas y las plazas duras, porque eso ya lo encuentran en cualquier otra ciudad europea, incluso de segundo rango. Gaudí no sólo es utópico y orgánico: es mediterráneo. El extranjero quiere que un director de cine español sea como Almodóvar, no como Bergman: que refleje algo propio y auténtico del país que no conoce “y que desea visitar”. Los colores, las texturas, las formas gaudinianas expresan algo de nuestro interior –nos guste o no– que al turista le interesa. Clemenceau se fue de Barcelona tras ver La Pedrera y la Casa Batlló denostando jocosamente esta ciudad: “Donde se construyen casas para dragones”. Pero los japoneses –y los chinos, ya verán– adoran las casas para dragones.


¿Qué desafíos quedan pendientes para no dilapidar este activo urbanístico que se ha logrado? Creo que dos; los

barrios y los centros. En ambos la escala humana debe ser el criterio fundamental. Por supuesto, salubridad, servicios, seguridad, toda la base física de una ciudad moderna y sana, pero eso es otro tema. El que a mí me ocupa es el nuevo diseño urbano, el del futuro postindustrial a la mediterránea.

Nou Barris ha sido una iniciativa modelo en cómo religar, dar estructuras, crear espacio urbano en zonas antaño periféricas y desordenadas. De nuevo, sin entrar en los aciertos o yerros de detalle, la idea de estructurar una parte de la mancha de aceite que es un área metropolitana moderna es totalmente válida. Idea que se debe proseguir, uno por uno, en los demás barrios periféricos de Barcelona. Lo cual tiene que ver con la cuestión de los centros.

Está claro que el antídoto a la mancha de aceite megalopolitana es una jerarquía de centros. Me explicaré. Si una ciudad tiene 60.000 habitantes, como la Florencia de los Medici, a densidad medieval, su centro está a diez minutos andando de los habitantes más periféricos. Cuando la ciudad crece, se pierde esta escala humana peatonal. Y no se puede frenar el tamaño de ciudad en los 300.000 habitantes, que Mumford estimaba como óptimos, porque la actividad económica cambiante provoca el crecimiento continuado de las ciudades exportadoras. Rebasados los 300.000 habitantes que se proponían como tamaño óptimo de la ciudad, ya sólo cabe promover la consolidación de diversos centros urbanos, un centro de negocios (CBD) por cada 300.000 habitantes. Luego, a esos 300.000 se les pueden crear otros subcentros, para cada 60.000, donde se recupere la escala humana renacentista, y por debajo de ellos, clásicas unidades vecinales de cinco a diez mil habitantes.

Con una jerarquía de centros se descongestiona el antiguo centro histórico y se esparcen los servicios del CBD por las diversas zonas de la mancha de aceite. Lo difícil no es repartir esos nuevos centros sobre un plano, sino poder situar en ellos los elementos de servicios y de atractivo simbólico que dan lugar a un centro. Lo fundamental para crear un centro es que la gente lo use. La gente va donde hay gente, tiendas y ocio-servicios; para ello conviene aprovechar un equipamiento grande: estación, hospital, universidad, gran *shopping center*, para desencadenar, a partir de él, el círculo de causación cumulativa que provoque la emergencia de un subcentro urbano. Los centros no salen por el hecho de diseñarlos sobre el plano: hay que provocarlos con incentivos económicos.

La alternativa a esto es el suburbio de casitas con jardín a la americana y su *shopping center* correspondiente, que actúa como centro urbano, pero a la escala del automóvil. Creo que si Barcelona atrae al turismo urbano es porque es urbana, no suburbana, y porque le ofrece una escala humana y una urbanidad que ya sólo se dan en Florencia, Venecia o el centro de París. Conviene tener claras estas opciones. 

La realidad ha efectuado en pocos años una crítica radical. Se ha pasado de creer vivir en la mejor ciudad del mundo a la afirmación de que es imposible vivir en Barcelona. El sueño se ha venido abajo en sus aspectos más diversos.

La punta del iceberg o sobre la crisis del modelo Barcelona

Texto **Santiago López Petit** Filósofo

Todo el mundo está de acuerdo en una cosa: Barcelona está viviendo el final de una época. Es algo que se siente. El entusiasmo con el que sus habitantes se identificaban con la ciudad ha desaparecido. Un viento frío agita el oasis. Un botón de muestra: el último sábado de enero de este año 2007 en la capital catalana tuvieron lugar hasta cinco manifestaciones de protesta distintas dirigidas contra el modelo de ocio del Tibidabo, contra la Ley de extranjería, contra la línea de alta tensión (MAT), contra el trazado del TGV y contra las barreras laterales peligrosas de la red viaria. La lucha por la vivienda, por su parte, ha pasado a un primer plano alterando todas las agendas políticas. “*Barcelona batega*” (Barcelona late) dice el último eslogan. Efectivamente, el corazón de Barcelona late, pero no por lo que le gustaría al Ayuntamiento, sino porque se abre un nuevo tiempo de conflictividad creciente. O, lo que es lo mismo, el modelo Barcelona se hunde.

Final de una época significa, pues, final del modelo Barcelona. Parece que la combinación turismo y cultura, servicios y negocio inmobiliario, todo ello aderezado mediante eventos espectaculares, ha dejado de funcionar. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se hunde el modelo Barcelona si tenía tanto prestigio en todo el mundo? Ciertamente, cuando se hablaba del modelo Barcelona se hacía siempre para enaltecer su urbanismo, su modo de organizar la participación ciudadana o la función cohesionadora de la cultura. Aunque desde voces tan autorizadas como Oriol Bohigas se haya negado que existiera realmente un modelo Barcelona, es evidente que ha existido. Lo que ocurre es que, mal que les pese a los arquitectos, el modelo era esencialmente político. En otras palabras, el modelo Barcelona ha sido antes que nada un “dispositivo de poder basado en la producción de consenso” y cuyo objetivo, desde el primer momento, no era otro que hacer de Barcelona una “marca”, es decir, situar a Barcelona favorablemente en el mercado mundial de las metrópolis. Evidentemente, este dispositivo de poder que debía reconducir los conflictos, gestionar las diferencias y, en definitiva, pacificar lo social, tenía que ser necesariamente complejo. En su constitución intervendrán desde el tratamiento arquitectónico del espacio público hasta un uso espectacular de la cultura, pasando por la represión pura y simple cuando haga falta. Este dispositivo complejo de poder es lo que se vendió mundialmente como el

“modelo Barcelona”. La paradoja es que cuando la marca “Barcelona” es máximamente conocida, cuando son miles los turistas atraídos por ella, el modelo Barcelona se hunde porque los que diariamente lo sufren ya no creen en él.

Porque ésta es la verdadera cuestión: la realidad ha efectuado en pocos años una crítica más radical que la que hubiese podido llevar a cabo el más radical de los críticos.

Efectivamente, se ha pasado de creer vivir en la mejor ciudad del mundo a la afirmación de que es imposible vivir en Barcelona. Y esta imposibilidad no es teórica, sino tan real como que no se puede encontrar una vivienda digna a un precio razonable. Pero es más, el sueño se ha venido abajo en sus aspectos más diversos. De la Rambla, que era “el paseo más bonito del mundo”, dice actualmente un portavoz de las floristas: “Esto es Benidorm, un paseo dominado por el turismo de más bajo nivel, con la personalidad por los suelos, una sombra de lo que fue”. En la ciudad del Fórum de las Culturas 2004, el incremento de casos de abusos policiales a inmigrantes por parte de los Mossos d’Esquadra pasa de tres en el año 2005 a veinticuatro en 2006². Y así podríamos seguir contando cómo la marca “Barcelona” ha acabado triturando los deseos de igualdad, de justicia y de bienestar.

Y, sin embargo, la hora de la verdad tenía que llegar. El modelo fue construido mediante la expropiación y capitalización de la fuerza colectiva de las luchas antifranquistas, mediante la canalización de un derecho a la ciudad reivindicado en la calle. El modelo, en fin, es hijo de la transición política postfranquista, y por eso encierra todas sus contradicciones. La única ambigüedad que no existió nunca fue que la modernización de la ciudad tenía que serlo al servicio de los intereses del capital. Lo que no quiere decir que no tuviese apoyo popular. Los Juegos Olímpicos del 92 constituyen como es bien conocido el momento en el que la separación entre las instituciones y la gente es menor. El momento en el que la ciudad, en tanto que marca, es por fin proyectada al mundo. También es cuando el modelo funciona como un auténtico dispositivo de poder bien engrasado, y produce la figura del “ciudadano”. Porque el ciudadano no es en sí mismo una figura crítica, muy al contrario, constituye la pieza esencial del engranaje de poder que es el modelo Barcelona. Por eso la propaganda institucional tendrá siempre la forma de una *movilización ciudadana*.





© Christian Maury

“Tots som el motor de Catalunya. No pares” (Todos somos el motor de Catalunya. No te pares). El objetivo del modelo Barcelona –y en eso consiste, en última instancia, el modelo– es una movilización de cada uno para (re)producir la marca. En la consigna “Tots movem Barcelona” (Todos movemos Barcelona), que será su forma más acabada, se muestra, por un lado, que el ciudadano es realmente una pieza del mecanismo, y por otro lado, que la socialidad creada es un puro simulacro.

Porque el modelo Barcelona presupone y, a la vez, construye performativamente este “Tots” (Todos). La campaña ya antigua de la Generalitat “Catalunya gent d’equip. No te’n desmarquis” (La gente de Catalunya forma un equipo. No te desmarques) inició el camino. Las instituciones nos empezaron a vender la idea de que todos, absolutamente todos, formábamos parte del mismo equipo. La imagen de origen *toyotista* empleada era candorosa: mecánicos, carniceras, policías, oficinistas... todos aparecían retratados juntos. Ese sueño de unidad productiva y política se ha venido abajo. Del espíritu olímpico queda sólo un museo recientemente inaugurado, y la operación del Fórum 2004 que perseguía abrir el “equipo” a las diferencias multiculturales no consiguió tampoco refundarlo.

Como decíamos, la realidad ha efectuado la más radical de las críticas. En la medida en que Barcelona era conocida en el mundo como marca, más necesario se hacía adecentar la ciudad, es decir, recuperar los espacios públicos para el consumo,

neutralizar los movimientos críticos, expulsar la pobreza... La ordenanza cívica, en el fondo, no será más que una operación de limpieza del “equipo” (expulsión de pobres, prostitutas, disidentes...) para adecuarlo a su función de ciudad-empresa.

Y llegamos al final. La marca ha triunfado, pero para hacerlo ha tenido que expulsar la vida. Del centro a la periferia. Sólo de esta manera ha conseguido su victoria. Ciertamente ha llegado la hora de la verdad. Frente a la marca “Barcelona” están los ancianos con pensiones bajas, los mileurizados, los inmigrantes hacinados en pequeños cubículos... y todos aquellos cuyo “querer vivir” no se satisface con el consumo de una marca. Hemos dicho repetidas veces que el modelo Barcelona es un barco que se hunde. Ahora podemos afirmar que la punta del iceberg con el que ha chocado es el “malestar social”. Un malestar difuso pero potente. Un malestar que se expresa en el abstencionismo electoral, en la desocupación de las instituciones, en la invención de formas de vida alternativas. Hay fuerzas políticas reaccionarias que pretenden capitalizarlo. No es fácil si ese malestar se politiza. La contraposición “vivienda digna” frente a “especulación” indica un camino a seguir. El grito del malestar social es “Que se vayan todos”. **M**

Notas

- 1 “Las floristas de las Ramblas piden a los barceloneses que vuelvan a su paseo dominado por el turismo”. *La Vanguardia*, 24 de marzo de 2006.
- 2 “SOS racismo alerta”. *ADN*, 22 de marzo de 2007.



Con independencia de los actuales vientos neoliberalizadores, en Francia existe un sustrato cultural propenso a la exigencia de condiciones de vida y de vivienda dignas. Y si esta conciencia estaba larvada, el movimiento social que arranca con la acción de Los Hijos de Don Quijote se sitúa en el origen del nuevo discurso enfocado hacia lo social con el que comenzó la precampaña electoral y con el que se entró en el año 2007.

Vivienda para todos: los Hijos de Don Quijote

Texto **Antonio Martínez López** Sociólogo
Fotos **Christian Maury**

Comenzaremos por un hecho mayor que constituye la razón de ser de este artículo: el 17 de enero de 2007 se aprueba en Francia, en Consejo de Ministros, un Proyecto de Ley por el cual el derecho a la vivienda se convierte, en el país galo, en un derecho jurídico equiparable al derecho a la educación o al derecho a la sanidad. No fue simplemente una cesión magnánima de las elites políticas francesas que, reunidas para tratar sobre las tribulaciones de un país que se siente en crisis, decidieran *motu proprio* ampliar los derechos efectivos de la ciudadanía haciéndole así un homenaje al viejo Marshall. No. Todo indica que las evoluciones legislativas que presuponen una mejora sustantiva de la posición de los débiles (habría que decir, más bien, “debilitados”) de una sociedad obedecen normalmente a procesos de negociación y de lucha en el seno del espacio social. Así ha ocurrido también en este caso, ya que el Proyecto de Ley surge de un mandato del presidente de la República que se toma en el marco de un movimiento de reivindicación de los derechos de las personas sin hogar llevado a cabo por un jovencísimo movimiento social surgido en Francia, que vamos a intentar comprender aquí: el movimiento de Les Enfants de Don Quichotte, o, traducido al español, Los Hijos de Don Quijote.

¿Qué significa una ley que convierte en un derecho exigible (en francés: *opposable*) lo que hasta ahora era, como en España, una simple declaración de buenas intenciones? Pues significa que todo ciudadano residente legalmente en el territorio francés tendrá el derecho a exigir al Estado (ahora mismo tiene lugar en Francia el debate en torno a si las instancias competentes en esta materia, y a las que por lo tanto cabrá exigirles judicialmente el cumplimiento del derecho a una vivienda digna, han de ser los ayuntamientos, las entidades regionales, el Estado a escala nacional...; debate de importancia para la

implementación efectiva del derecho) que se le ofrezca una vivienda digna, de modo que aquellas personas que pidan la vivienda y no les sea ofrecida en un plazo razonable, podrán llevar a las autoridades políticas responsables ante los tribunales de justicia.

¿Y de dónde surge el movimiento de Los Hijos de Don Quijote? y, sobre todo, ¿por qué, con la organización de un número relativamente pequeño de personas, en su gran mayoría, ellas mismas sin hogar, se consigue un éxito muy razonable en los objetivos que se proponían? La respuesta a esto podría consistir en un simple censo periodístico de datos y fechas deslavazados. Probaremos aquí, sin embargo, otro proceder metodológico: presentar siquiera un somero bosquejo de naturaleza histórico-social que nos permita enmarcar la acción de este movimiento y comprender las raíces sociales y el contexto institucional en el que opera.

Ya en invierno de 1954 el famoso Abée Pierre (un religioso activista de los derechos de las personas sin hogar en Francia) lanzó una importantísima campaña en favor del derecho de las personas sin hogar, sin techo, a ser alojadas y atendidas dignamente con cargo al trabajo social y a la acción pública. De ahí surgió la entidad no gubernamental Emauss, que actualmente es una de las principales gestoras de los albergues de acogida para personas sin hogar que hay en todo el país, a la vez que una de las entidades no lucrativas que defiende los derechos de las personas sin hogar; son sus clarosurcos. Muchas de las reivindicaciones de entonces quedaron en el aire, especialmente la cuestión de los derechos vinculados a la vivienda. Pero Emauss, con su origen en el sentimiento religioso, aunque hoy en día está más sujeta a principios laicos que doctrinales, no es la única ONG que trabaja en este campo en Francia. Droit au Logement (DAL) lleva dos



décadas ocupando inmuebles vacíos y gestionándolos para las personas sin hogar y –cosa que nos parecería curiosa en España– actualmente es una entidad considerada por los ayuntamientos y el propio Estado como *legítima* para intervenir en cuestiones de vivienda; de hecho, son numerosos los conflictos en este ámbito en los que las administraciones han recurrido al DAL para solicitar su papel mediador.

¿Particularidades históricas de los países..., diferentes grados de consolidación de una democracia real...? También en los años ochenta y durante el mandato de Chirac como alcalde de la capital de las luces se crea el Samu Social, una red de albergues de urgencia dependientes del Ayuntamiento y que además ofrecen un servicio de atención a las personas sin hogar que duermen en la calle, con el objeto de contactar con ellos y ofrecerles albergues en los momentos más duros del invierno. En definitiva, existe en Francia una red de atención a personas sin hogar, lo que, partiendo de la base de que las sociedades actuales realizan esfuerzos mínimos por aquellos que caen en situaciones de baja o nula productividad social, significa que estas personas se encuentran mucho menos abandonadas de lo que lo están en nuestro propio país, por poner un marco de referencia. Esto también condiciona, en mi opinión, que las clases medias estén mucho menos socializadas en una cultura del “abandono institucional” del marginado, como la nuestra. Pese a los recortes y los ataques sufridos en los últimos lustros, los signos de un Estado del bienestar keynesiano que llega a las clases medias depauperadas pueden también rastrearse en Francia: por ejemplo, todo ayuntamiento está obligado, por ley, a construir y mantener un porcentaje de vivienda social (la mayoría de ellas cedidas gratuitamente o en alquiler muy moderado, lo que se llama *Habitation à Loyer Modéré*), que constituye el veinte por ciento del parque total de viviendas. Es cierto que hay ayuntamientos que prefieren pagar las multas impuestas por incumplimiento que mantener esa proporcionalidad, pero hay otros en los que el porcentaje habitacional social está muy por encima de ello, lo que crea, claro está, situaciones de *cuasi*guetificación.

Lo explicado anteriormente nos resulta útil para entender que, con independencia de los vientos ideológicos neoliberalizadores que soplan, se dan unas condiciones sociohistóricas en el país vecino para la existencia de un sustrato cultural propenso a la exigencia de condiciones de vida y de vivienda dignas de un país democrático. Y si esta conciencia estaba, a

buen seguro, larvada, el movimiento social que arranca con la acción de Los Hijos de Don Quijote está en el origen de la mecha de ese nuevo discurso enfocado hacia lo social con el que transcurrieron los primeros compases de una precampaña electoral francesa y con el que se entró en el año 2007.

Creo que habría que añadir a ese contexto general definido algunos signos que a mediados de 2006 ya podían servir de indicadores de que se daba un escenario social propicio para que un movimiento social a favor de la exclusión tuviese éxito. Uno es la continua degradación de las condiciones de trabajo en pos de una archirepetida competitividad, que ha hecho perder mucho poder adquisitivo a los asalariados. El segundo es que, en paralelo al proceso de incertidumbre laboral, se ha producido otro proceso demoledor para las posibilidades de reproducción de las clases medias: el precio de la vivienda en Francia se ha disparado muy considerablemente en los últimos años. Tomemos nota de una cosa: los dos procesos que describo se han producido igualmente en España, y además con una intensidad bastante mayor en comparación con lo sucedido en Francia. En otoño aparecen dos sondeos en el país vecino: en uno de ellos el setenta y tantos por ciento de los franceses se mostraban muy favorables a que el Gobierno tomase medidas correctoras en relación con la permanente escalada de los precios de la vivienda; y en el otro, aún más sobrecogedor, casi uno de cada dos franceses confesaba sentir miedo de poder encontrarse algún día en la situación de persona sin hogar.

Surge el movimiento

El 3 de diciembre de 2006, Augustin Legrand (casado, con hijos, de treinta y dos años de edad, aproximadamente; artista del mundo del teatro, poco conocido hasta la fecha), apoyado por sus hermanos y desde una asociación recién creada, salta a la palestra pública. Esta entrada en la escena pública de un personaje y un movimiento social hasta ese momento desconocidos vino precedida de algunos factores que debemos destacar. Miembros de una familia de clase media, los hermanos Legrand, con el carismático Augustin a la cabeza, parecen bascular, como pude comprobar en algunas conversaciones con ellos y gentes que les conocen, en la línea entre la precariedad y la vulnerabilidad social que afecta a amplias capas de la sociedad; periodos de trabajo intercalados con periodos de paro forzado y, por lo que pude entender, inestabilidad residencial, al menos en el caso de sus dos hermanos.



Durante el verano de 2006, y aprovechando esos huecos laborales que el calendario de la flexibilidad ofrece y/o impone, Augustin Legrand se echa a la calle durante seis semanas, en las que comparte condiciones de vida y de alojamiento con los más excluidos de la sociedad parisina. Puentes, soportales, edificios en ruinas, un saco de dormir, cartones como colchón y el cielo como techo. Pero no se trataba de vivir una experiencia mística de comunión con los más débiles. Los hermanos Legrand tenían un propósito: mostrar a la sociedad las condiciones de indignidad en que se ven obligados a vivir algunos de sus compatriotas. Para ello se equipan con herramientas de las que cualquiera dispone hoy –una cámara de video y una página web, básicamente– y hacen un excelente uso de las nuevas tecnologías de la información, que no considero nada ajeno al éxito de su campaña. Cámara en mano, se graba el discurso de una treintena de personas que llevan cierto tiempo viviendo en las calles. Adultos en edad demasiado avanzada para conectarse nuevamente con los “dinámicos” mercados laborales de la globalización. Personas divorciadas, sumidas en procesos de desenganche social tras haber sufrido fracasos insostenibles en los ámbitos familiares. Madres solteras en indignancia, trayectorias fracasadas de inmigración. Todos estos relatos, inteligentemente forjados desde la creación de la empatía que da el estar cierto tiempo inmerso en el ámbito afectado (que parecen resultar más explicativos que muchos de los sesudos trabajos académicos sobre estos temas, lo cual no excluye la necesidad de trabajos académicos serios), se cuelgan en Internet, en la web de Les Enfants de Don Quichotte.

Tras una manifestación de varios centenares de personas a principios de diciembre de 2006 y el intento fallido de instalarse en una plaza céntrica y más visible de París, más de doscientas tiendas de campaña, ocupadas en su mayoría por personas sin hogar que además reciben a personas de clase media que los visitan en señal de apoyo, se instalan en una zona suficientemente visible (sobre todo para el parisino): el Canal Saint Martin, cerca de Place de la République. Eran tiendas de color rojo en su mayoría, que dañan la vista de una sociedad opulenta que tampoco parece encontrarse bien en su pellejo. Es muy conveniente tener en cuenta que, voluntariamente o no, la naciente asociación elige para actuar el momento en que una democracia representativa es más débil para desplegar sus fuerzas represoras: la campaña electoral. También podría tenerse en cuenta que el alcalde de París en

“Durante el verano de 2006 Augustin Legrand se echa a la calle durante seis semanas, en las que comparte condiciones de vida y de alojamiento con los más excluidos de la sociedad parisina”.

ese momento es Bertrand Delanoë, socialista conocido por su marcado carácter social, y que fue uno de los primeros políticos en defender públicamente la acampada.

Reacciones provocadas y resultados

A partir de estos primeros compases, los acontecimientos se suceden de manera vertiginosa, y yo creo que inesperada para el propio Augustin Legrand, que no dejaba de ser un recién llegado al campo de la lucha contra la exclusión. Lo primero que consigue el campamento de Los Hijos de Don Quijote fue el apoyo público, también difundido en Internet y luego por las televisiones, de un actor de reconocido prestigio en Francia: Jean Rochefort. Por lo tanto, se concitó, mediante una buena administración, en mi opinión, de recursos mediáticos de distinta índole, la simpatía de las clases medias con respecto a unos objetivos que nadie podía negar oficialmente: mejorar las indignas condiciones de ciudadanía en que viven las personas sin hogar.

Complementando inteligentemente su falta de experiencia con el aporte de colectivos y entidades que tienen una trayectoria histórica en la lucha por la vivienda y los derechos sociales y económicos de los más desfavorecidos (el DAL y Emauss, sobre todo), se redacta en Navidad la famosa *Chartre du Canal Saint Martin*, que se hace pública el día de Nochebuena. La Carta insiste en lo insostenible que resulta que un país fundado sobre los ejes de la igualdad, la fraternidad y la democracia pueda permitir impasible que decenas de miles de personas (las estimaciones más moderadas hablan de entre 100.000 y 150.000 personas) vivan desprovistas de todo medio de alojamiento en Francia y alrededor de dos millones vivan bajo los estándares de una vivienda digna (cierto hacinamiento, insalubridad, peligros del hogar diversos, etc.).

Resumiré los artículos de la famosa *Chartre de Saint Martin*. El preámbulo consiste en una dura denuncia pública de las

“El éxito de Los Hijos de Don Quijote estriba en su capacidad de unir a las clases medias con los sectores depauperados de la clase obrera”.

condiciones en que deben vivir muchas personas sin hogar. Se demanda romper con el carácter de *urgencia* y de *provisionalidad* con el que están montados los dispositivos para estas personas. Se pide al Estado que ponga en marcha una verdadera política social de vivienda que garantice a todos un techo. En el artículo uno se hacen recomendaciones muy concretas en cuanto a horario, cobertura temporal, etc. para mejorar el funcionamiento de los albergues de acogida temporal existentes, con el fin de evitar la situación en la que hay personas que prefieren la calle a estos servicios. Conozco bien el problema en España, y así sucede en la mayoría de las ciudades. El artículo dos demanda acabar con la situación de acogida temporal que se ofrece a estas personas. En Francia el periodo máximo que puede estar una persona en una casa de acogida es de siete días. Hay que destacar que en España y en la mayoría de las ciudades es de tres días, a la vez que el porcentaje de personas que se estabilizan (“normalización”, lo llaman los profesionales del sector) en cuanto a domicilio frente a los que van “errando” a causa de la propia organización del sistema de acogida es bastante mayor en el país vecino. La consigna es: finalización inmediata de las *derivaciones a la calle*, y propuesta de soluciones estables y personalizadas para todos. El artículo tres demanda crear de inmediato una oferta de alojamientos temporales dignos, mediante la promoción del alquiler subvencionado por el Estado, la aplicación de la Ley de Requisa de Viviendas Vacías, el mejor aprovechamiento del parque público de viviendas etc. En el artículo cuatro se reclama la creación de más y nueva vivienda social asequible para los públicos más modestos económicamente. Y en definitiva, el artículo seis solicita explícitamente que el derecho a la vivienda pase a ser un derecho exigible jurídicamente, en todo el Estado.


Compromiso de los políticos

En resumen, todos los dirigentes políticos de calado firman la *Charte du Canal Saint Martin*, comprometiéndose moralmente, en un primer momento, a perseguir sus fines. En su discurso de Navidad a la Nación, el presidente de la República anuncia que una ley que reconoce el “derecho universal de todo ciudadano a la vivienda” ha sido ya encargada a su Gobierno y que se pondrá en marcha en muy breve plazo. Anuncia un compromiso personal con este trabajo político, que parece querer dejar como parte de su legado. Por su parte, Nicolás Sarkozy, en ese momento ministro del Interior y ya favorito presidencial por la UMP, encarga un informe sobre la situación de la red de acogida a un abogado tecnócrata de su confianza, y anuncia, tras los resultados, la promesa de erradicar la situación de las personas sin hogar en un plazo de dos años en caso de llegar a la presidencia (lo que, como sabemos, así ha sucedido finalmente). Ségolène Royal, la candidata del partido socialista, sin ser tan expeditiva, hizo toda una serie de propuestas muy contundentes, entre ellas aumentar la construcción de vivienda social, que implicaban un cambio radical en el enfoque social de la política de vivienda.

No cabe duda de que a principios de año Augustin Legrand había conseguido sus objetivos: despertar la conciencia colec-

tiva en torno al problema de la vivienda y de la exclusión de los más excluidos; así, su éxito y el del movimiento de Los Hijos de Don Quijote es innegable. Con él se consiguió agitar la compleja coctelera electoral francesa. Desde su acción, creo que muy personalizada en un principio, el actor daba por conseguidos todos los objetivos el 8 de enero, después de que Jean Louis Borloo, ministro del Empleo y la Cohesión Social (en el Gobierno de Dominique de Villepin), anunciara tanto medidas urgentes (la puesta en marcha de 27.100 nuevas plazas de alojamiento en todo el país y el adcentamiento de las condiciones de vida en las ya existentes), como la garantía de que una ley sería se pondría en marcha. Pero otros campamentos de tiendas instalados en ciudades de provincias del país se negaron desde el principio a levantar las tiendas hasta que se palparan resultados concretos. Y lo mismo acabó sucediendo en el Canal Saint Martin. La consigna que corrió entre los sin hogar acampados fue “Una tienda por un piso”. Las administraciones se movilizaron y enviaron una expedición de trabajadores sociales, supervisados por un comité de acción de ONG compuesto por Emauss, la Armée de Salut (el ejército de la salud), etc., para intentar solucionar, de inmediato, lo que todos denominaban la “crisis de Saint Martin”. Puedo certificar personalmente que algunos de los acampados consiguieron, con gran celeridad, propuestas de alojamiento en apartamentos, hoteles, etc., de París. Pero esto no desmontó el campamento, debido a la propia diversidad de las personas allí instaladas.

Más allá de salidas individuales que puedan haberse producido, entiendo que el éxito hay que calibrarlo en la capacidad que mostraron Los Hijos de Don Quijote en unir a las clases medias con los sectores depauperados de la clase obrera (unirlos en el espacio simbólico, y de manera temporal, por supuesto), en torno a un debate de conciencia social. Todo parece indicar que la rápida respuesta que supo dar Chirac, y el propio candidato Sarkozy, al desafío que suponía el movimiento tuvo como efecto permitir que la campaña electoral en su tramo final, el más intenso, tuviera ya el tema vivienda integrado y, por lo tanto, habiéndose neutralizado en buena medida el efecto de las políticas sociales y la exclusión social, pudieron reaparecer temáticas como la inseguridad ciudadana, etc. y recuperar protagonismo, lo que sin duda desempeñó un papel destacado en términos electorales.

Pero en una Francia y en una Europa donde las medidas de política económica ortodoxa se siguen a rajatabla, caiga quien caiga, y las políticas sociales parecen cada vez más como regalos electorales (graciables) que las elites políticas utilizan para atraer el voto en campaña electoral, tal vez el movimiento de Los Hijos de Don Quijote haya servido para poner un claro listón entre lo que cabrá esperar y lo que no en materia de justicia social y de políticas redistributivas en los años venideros. Mientras tanto, confiemos en que el *mea culpa* que la clase política francesa parece haber entonado a propósito de este caso haya sido sincero, porque el silencio democrático de las gentes ante el sufrimiento es un enigma sociológico cuya solución realmente nadie conoce. 

Masa crítica

Ulrich Beck

“El nacionalismo no da mucho juego para el reconocimiento de los otros”

Entrevista **Daniel Gamper**



© Josep Coll

Las sociedades actuales se caracterizan, según Beck, por su extrema complejidad en un momento histórico en que, por añadidura, las instituciones políticas tradicionales han perdido gran parte de su poder a manos de las multinacionales y sus estrategias de deslocalización. En semejante situación se constata una creciente desregulación que, a su vez, redundará en la aparición de nuevos riesgos e incertidumbres.

Este concepto de riesgo lo desarrolló en el libro con el que adquirió notoriedad internacional en el ámbito sociológico: *La sociedad del riesgo*. El ser humano a finales del siglo XX y principios del siglo XXI dispone de los medios para poner en peligro a su propia especie, pues sus actividades dañan el entorno ecológico y sus tecnologías no están exentas de riesgos, en algunos casos aún desconocidos. Los individuos y los Estados son tanto la fuente del riesgo como del control de lo impredecible. Esto conlleva un cuestionamiento radical de las categorías tradicionales de las ciencias sociales y de los términos en los que se conciben las políticas nacionales e internacionales.

Entre sus últimas propuestas, destaca por su carácter polémico su defensa de la renta básica para todos los ciudadanos, como medio de garantizar su independencia y como alternativa a la imposibilidad de la plena ocupación.

Se han traducido numerosas obras del autor, entre las que destacan *¿Qué es la globalización?*, *El normal caos del amor*, *La democracia y sus asesinos*, *La individualización*, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, *La sociedad del riesgo*, *Libertad o capitalismo*, *Poder y*

contrapoder en la era global, *Sobre el terrorismo y la guerra* y *Un nuevo mundo feliz* (todas publicadas por la editorial Paidós).

La presente entrevista se realizó con motivo de una conferencia de Ulrich Beck en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB).

En sus libros, especialmente en *Poder y contrapoder en la era global* (Paidós), usted distingue entre “cosmopolitismo” y “cosmopolitización”. ¿Podría explicarnos estos conceptos?

El cosmopolitismo se refiere a la discusión filosófica, es un concepto normativo que se remonta a la tradición filosófica de la Ilustración. El pensamiento cosmopolita está íntimamente vinculado, de una parte, con la idea que, como dice Kant, los acontecimientos lejanos también nos influyen o afectan, y, de la otra, con la concepción del ciudadano del mundo. El cosmopolitismo es en este sentido un cosmopolitismo reflexivo, es decir, una teoría que uno puede elegir, un saber que puede llevarnos a actuar en consecuencia.

¿Y qué hay de la cosmopolitización? ¿Es lo mismo que globalización?

La cosmopolitización no es el proceso de transformación del cosmopolitismo, sino que es la experiencia con la que debemos confrontarnos a principios del siglo XXI, a saber, que las fronteras de antaño ya no tienen el mismo significado. Nos encontramos, pues, en una situación de interdependencia glo-

Ulrich Beck (1944) es profesor de Sociología en la Universidad de Munich y en la London School of Economics and Political Science. Es colaborador de prensa (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*) y dirige un centro de investigación sobre la segunda modernidad o modernidad reflexiva. Su obra sociológica está centrada en la comprensión del presente más inmediato sin renunciar a una postura crítica que ofrezca una guía para el futuro.

bal de la que no podemos escapar ni podemos obviar. Esta nueva situación se manifiesta en la experiencia de la imposibilidad de marcar las fronteras con los otros, con la alteridad.

¿Cómo se ejemplifica esta situación?

Por ejemplo en el hecho de que controlamos las fronteras e intentamos mantener con violencia a los extraños en el exterior, pero al mismo tiempo en el mercado de trabajo hay una competencia inmediata con todo tipo de agentes que ofrecen su trabajo en todos los países, con independencia de las fronteras políticas. Otro de los casos es la experiencia de la interdependencia de riesgos globales, como la ya casi olvidada catástrofe del tsunami en Indonesia. Esto significa que la cosmopolitización es un proceso no deseado, ni elegido. Tampoco es realmente percibido en la actualidad, si bien se va introduciendo de modo cada vez más diáfano en los espacios de experiencia de la humanidad, mediante la radicalización de los procesos de modernización y sus consecuencias. En este sentido la cosmopolitización es ambivalente y no se debe confundir con el cosmopolitismo político, aunque comparte con él algunos rasgos, por ejemplo, que los seres humanos se hallan confrontados con lo otro de manera involuntaria y forzada, sin que exista la posibilidad de ahuyentar del mundo este estado de cosas. El cosmopolitismo siempre se pensó, por así decir, como una opción, pero ahora la humanidad está obligada a aceptarlo, en última instancia a causa de los atentados terroristas.

¿Por qué no hablar de globalización? ¿Qué diferencia hay entre este concepto y el de cosmopolitización?

La diferencia entre ambos conceptos es muy importante y probablemente habría que caracterizar diversas dimensiones.

Empecemos por la idea de globalización que en sí es un concepto nebuloso, poco claro. Casi siempre se utiliza de manera exclusiva en relación con estados de cosas económicos, pero el mundo también conoce la globalización política y cultural. Sin embargo estos usos entienden la globalización de modo aditivo.

¿En qué sentido?

Las personas viven en una región, luego en una nación, luego en una unión de países, etc., como si las capas de la globalización se fueran añadiendo, de manera aditiva. Se trata de algo así como si viviéramos en un modelo de cebolla, en el que lo global es la última magnitud, la capa externa. Así concibió también la teoría sociológica el concepto de sociedad mundial: como un paso necesario dadas sus críticas a la sociedad nacional. De modo que la deducción que le pareció lógicamente necesaria fue, una vez criticado el escalón nacional, el paso hacia una sociedad mundial. Lo mismo se puede decir de Immanuel Wallerstein¹ que desarrolla una *world-system theory* (teoría del sistema-mundo) como la totalidad de las relaciones nacionales e internacionales que se dan en la dinámica del capitalismo mundial. O el caso de John Meyer², por citar a los más famosos, que habla de una *global polity* (política mundial), de *global culture* (cultura global), que le lleva a pensar en una república mundial. Esta sería, por así decir, la consecuencia lógica de lo que denomino nacionalismo metodológico.

¿Puede explicarnos este concepto?

El nacionalismo metodológico considera que la unidad de investigación es la sociedad nacional. No se trata de una propuesta teórica definida claramente, sino antes bien del supuesto tácito de la mayor parte de las teorías sociales. En contraposición con esta insistencia del nacionalismo metodológico en las fronteras nacionales, el cosmopolitismo abandona las diferencias: entre nosotros y los otros, entre interior y exterior, entre global y local, pero también entre las diversas sociedades nacionales. Pero no sólo abandona las diferencias, sino también la lógica del argumento, esto es, mientras que para el nacionalismo metodológico estas diferencias son entendidas como una alternativa excluyente, como un “o lo uno o lo otro”, para la cosmopolitización se trata de deshacer esta diferencia, ya que parte del hecho de que la propia vida es directamente una parte integrante de una crisis global, de un acontecer global. No hay un límite claro que separe, de modo que no cabe hablar de un “o lo uno o lo otro”, sino antes bien de diversas formas de “tanto lo uno como lo otro”. Por consiguiente, se precisa una nueva metodología para las ciencias sociales, a saber, un cosmopolitismo metodológico al que ya no le sirven las diferencias sobre las que se edificó la teoría política y la investigación social.

El gran reto de su teoría es el intento de describir lo que tenemos justo delante de los ojos, un fenómeno del que no podemos alejarnos y que al mismo tiempo no podemos observar, pues su naturaleza es global. Esta dificultad parece ponerse de manifiesto en relación con el concepto de frontera. ¿Cuál es el concepto correspondiente cuando se abandona el nacionalismo metodológico? ¿Podemos seguir hablando de algún tipo de fronteras?

Tiene razón, pero esta dificultad se puede aplicar a todos los conceptos con que opera el nacionalismo metodológico: Estados, fronteras, naciones... Pienso que el primer paso debe ser consecuente. La ciencia social tal y como surgió en el



© Juan Miguel Morales

siglo XIX y se desarrolló en el XX ya contenía ciertos elementos del cosmopolitismo. Esto se puede ver en el pensamiento de clásicos como Émile Durkheim, Georg Simmel o Max Weber. En el caso de Weber esto se ve claramente en su mirada dirigida hacia la religión mundial presente en sus comparaciones culturales. En la obra de Durkheim el cosmopolitismo incipiente se manifiesta de modo explícito en su aceptación de la ciudadanía mundial como un elemento de las sociedades modernas. Y para Simmel claramente en el concepto de cultura moderna del que el extranjero no puede ser excluido. A pesar de estos precedentes, desde la Segunda Guerra Mundial la sociología, la teoría política y el resto de las ciencias sociales se construyeron exclusivamente sobre el nacionalismo metodológico. Todas las ciencias pensaron hasta sus últimas consecuencias dentro de la tradición del nacionalismo metodológico y no se encuentran ejemplos de desarrollos sistemáticos que vayan más allá. Se puede decir incluso que aceptaron irreflexivamente el nacionalismo metodológico. No sólo la ciencia, sino también la política, el Estado y la democracia se pensaron en relación con la nación y con el Estado-nación.

¿Cómo se explica este fenómeno?

Me resulta incomprensible contemplar cómo una ciencia tan reflexiva como la ciencia social o como la historia llegan a un consenso sin pensárselo sobre los presupuestos básicos del nacionalismo metodológico. Existen ciertamente controversias muy diversas, pero siempre sobre el trasfondo de un acuerdo tácito sobre el nacionalismo metodológico. Toda la investigación empírica sigue esta línea de investigación. Se puede decir que estas ciencias se edifican sobre una negación de lo que está sucediendo, en realidad, una negación de la realidad. Las ciencias sociales se han enfrentado de un modo completamente insuficiente a la globalización, centrándose en tratamientos específicos aplicados a los diversos contextos nacionales. Esto ha conllevado que la investigación empírica se dirija en direcciones que son en todo punto irrelevantes. No nos informan sobre las nuevas relaciones de mestizaje e hibridación, que modifican el perfil de las fronteras. Experimentamos crecientemente que los medios de comunicación tienen más éxito en informar de esta nueva situación que las ciencias sociales. Se trata de un desarrollo paradójico.

¿Qué hay que hacer para evitar este predominio del nacionalismo metodológico?

Se necesita un cuestionamiento radical de las categorías existentes. De ahí que mi propuesta sea fundar una nueva teoría crítica a partir de este nacionalismo metodológico, que tenga al cosmopolitismo como trasfondo normativo. Tenemos que reapropiarnos de las ciencias sociales como ciencias de la realidad. Debemos reorganizarlas y abrirlas a este nuevo desarrollo, para sacarlas de la irrelevancia en la que han caído en relación con los debates públicos, una irrelevancia que con toda seguridad se debe a su incapacidad para percibir la realidad.

¿Por dónde debería empezar esta nueva ciencia social crítica?

Para responder a su pregunta debo centrarme en las diversas fases de recepción de la globalización, sin abandonar ahora ya la perspectiva del cosmopolitismo metodológico. Hay tres fases: la primera es la negación, la segunda es una confrontación sistemática, analítica y empírica con la globalización, como la llevada a cabo por David Held³, y la tercera es una fun-

damentación epistemológica de esta discusión. El argumento es muy sencillo: si lo social no puede ya ser analizado en términos nacionales, entonces la unidad de investigación de las ciencias sociales debe modificarse, ya no posee la utilidad que tenía. Queda entonces claro que las fronteras sociales no pueden ser consideradas fronteras que definen nuestro objeto de investigación, pues la perspectiva que proponen no nos permite explicar de modo adecuado las intersecciones de fronteras, las eliminaciones de fronteras, las mezclas de fronteras. Sobre esto se fundamenta una discusión metodológica, que no sólo afecta a los estudios políticos o sociológicos, sino también a la antropología y a la etnología. Esto significa que debemos definir de un nuevo modo la unidad de investigación.

¿Cuáles deben ser estas unidades de estudio?

Aquí empiezan las dificultades. Las propuestas ya existen y son muchas. Se hace necesario empezar a estudiar las ciencias sociales de modo comparativo. Esta es una de las cuestiones elementales. Hay por ejemplo propuestas a favor de tomar unidades locales, por ejemplo, Barcelona, en donde habría que ver cómo se mezclan las diversas influencias y qué métodos debemos aplicar para entenderlos. Yo trabajo en un gran centro de investigación en Munich en donde nos ocupamos justamente de estas cuestiones: qué unidades debemos elegir. Ahí surge la pregunta de las fronteras. Es un error afirmar que el cosmopolitismo metodológico parte de que no existen fronteras. En primer lugar el concepto de frontera es en muchos sentidos una metáfora. Hay que preguntarse en primer lugar qué suele entenderse por frontera: ¿se entiende por ejemplo la frontera del Estado-nación? ¿O la frontera entre vida y muerte? ¿O la diferencia entre sujeto y objeto? Una de las conclusiones a la que hemos llegado es que el concepto de frontera es muy amplio. La tesis básica sostiene que efectivamente los modos antiguos de trazar las fronteras ya no funcionan, pero esto no significa que ya no existan, sino que existen nuevos modos de trazarlas. Las tendencias en el trazado de fronteras son ahora mucho más contingentes, pues ya no poseen la capacidad vinculante que se les atribuía. Eso no significa que las fronteras hayan perdido valor, al contrario, pues algunos grupos concretos pueden valorarlas en alto grado. Igualmente, las fronteras ahora pueden ser modificadas, se las considera entidades sujetas a cambio, lo cual nos sitúa ante muchos conflictos novedosos. Esto se relaciona con una distinción con la que llevo tiempo trabajando, a saber, la aparición de la segunda modernidad.

¿Qué es la segunda modernidad?

Primero debemos definir la modernidad. Hasta ahora hemos concebido la modernidad como un proyecto consumado o no. En nuestro centro de investigación distinguimos entre los principios y las instituciones de la modernidad. Los principios básicos de la modernidad son, por citar algunos, la necesidad de fundamentar los argumentos, el individualismo, la organización comercial, asuntos ciertamente controvertidos sobre los que se discute no sólo en sociología sino también en filosofía. En la así llamada primera modernidad, estos principios son aplicados por ciertas instituciones: el sistema del individualismo sistematizado que tiene que ver con los derechos básicos, la equiparación de sociedad y Estado en los Estados-nación, y las distinciones concomitantes entre interior y exterior. La segunda modernidad supone la desaparición de algunos de los principios básicos que debían ser protegidos y desarrollados por las instituciones modernas. La tesis es que no

vivimos en la postmodernidad, es decir, en un momento en el que han desaparecido los principios de la modernidad, sino en una constelación en la que los principios se han radicalizado y su división se ha superado. De ahí que las instituciones y las fronteras de antaño sean cuestionadas radicalmente. Se trata de las consecuencias de la victoria de la modernidad que han puesto en cuestión los fundamentos de las instituciones.

¿Puede concretar su planteamiento con un ejemplo?

Pensemos por ejemplo en los derechos humanos. En un primer momento se institucionalizaron en el ámbito de la ciudadanía. Eran, pues, los derechos de los ciudadanos. De ahí que, como dijo de manera contundente Hannah Arendt, los derechos humanos valen menos que el papel en el que están impresos. Es decir, había que tener un pasaporte para estar protegido por estos derechos, pues el Estado era el que garantizaba los derechos humanos en tanto que derechos de los ciudadanos. La experiencia de la barbarie en Alemania, entre otras pero esta de modo radical, puso de manifiesto que justo la institución que debe proteger y garantizar los derechos de los ciudadanos puede ser la que los amenace y los vulnere en toda su amplitud. De esta experiencia surgió la idea que había que garantizar los derechos con independencia de las fronteras, no los derechos de los ciudadanos sino de los seres humanos. Nos hallamos pues ante el mismo principio de radicalización de los principios de la modernidad. En esta situación, tanto en el contexto nacional como internacional, los derechos humanos y las unidades de estos derechos no son únicamente una instancia moral, sino que desempeñan un papel político, son un poder en el ámbito de la política mundial con todas las ambivalencias que esto implica. En resumen, la segunda modernidad es una realización radicalizada de los principios de la primera modernidad: elimina las fronteras, pero ahí surge la segunda parte del argumento, pues en tanto que las elimina impone nuevos trazados de fronteras que ya no poseen el mismo poder vinculante ni la misma validez, sino que son muy ambivalentes.

¿Qué hay que entender por ambivalencia?

Hay un ejemplo en el que esto se puede ilustrar muy bien: la frontera entre vida y muerte. El progreso técnico y el desarrollo de la tecnología médica han puesto de manifiesto que la frontera entre vida y muerte es contingente. Mientras que la postmodernidad celebra aquí la desaparición de otra frontera y el inicio de una nueva época, la segunda modernidad por su parte sostiene que ninguna sociedad puede sobrevivir sin una frontera entre vida y muerte, pues es necesaria para la totalidad del sistema jurídico. Pero nos hallamos ante dos cuestiones cruciales: ¿cómo se trazan estas fronteras? ¿Dependen éstas únicamente de decisiones? Si se observa este ámbito, vemos que los intereses se entrecruzan, que las cuestiones de trasplantes dependen de definiciones acerca de la muerte cardiaca o de la muerte cerebral, así como los diversos estadios de muerte que afectan al estado en el que se encuentran los órganos que deberían ser transplantados, etc. Aquí vemos como la comedia de la humanidad puede fácilmente convertirse en la más oscura de las tragedias a la que deben hacer frente los profesionales de la medicina. Lo que sucede es que algunas personas que son consideradas fallecidas, aún viven según nuestra comprensión cotidiana, aún corre la sangre por sus venas pero sus órganos pueden ser transplantados. En definitiva, se observa que ciertamente se trazan fronteras pero ya no poseen

el significado que tenían. Este ejemplo me parece muy interesante pues, a pesar de que la frontera entre vida y muerte suscita conflictos religiosos, políticos y médicos, se ha logrado tras grandes controversias alcanzar algunas regulaciones, que a su vez están sujetas a eventuales cambios.

Este concepto de frontera recuerda el de “modernidad líquida” de Zygmunt Bauman.

Sí, se puede usar la misma imagen, pues al generalizar los principios de la modernidad las fronteras se vuelven líquidas. Las fronteras que parecían naturales, sobre las que no cabía duda alguna, cambian; el mismo concepto de frontera modifica su estatuto anterior y pasa a depender de decisiones. Las relaciones entre exterior e interior que antes estaban claras se mezclan. Así pues, los procesos institucionales de decisión se ven obligados a trazar nuevas fronteras. En el centro de estudios en que trabajo lo hemos formulado diciendo que la desaparición de las fronteras nos obliga a tomar decisiones y a hacer diferencias, pero ahora no según la lógica antigua, sino siguiendo la fórmula cosmopolita de “tanto una cosa como la otra”, pues las personas que se hallan en esta situación están en cierto sentido tanto muertas como vivas. Esto se encuentra casi en todos los ámbitos: casi todas las grandes diferencias sobre las que se edificaba la primera modernidad se han diluido e imponen la necesidad de tomar decisiones.

Carl Schmitt también hablaba de decisión, así como Martin Heidegger.

Ciertamente esto suena a Carl Schmitt. No se trata aquí de una teoría del decisionismo, de que las decisiones sean arbitrarias, sino que las decisiones están vinculadas a los principios de la modernidad. Tampoco está claro quién debe tomar las decisiones. Pero hay una limitación propia de la segunda modernidad, y es que en la decisión deben participar todos los sujetos afectados y debe haber un proceso claro de negociación. No se puede aplicar estrictamente el vínculo que establece Schmitt entre decisión y situación de excepción. Las decisiones están determinadas por instancias de legitimación, así como por una situación de derecho. Estas determinaciones son precisamente el tema de la segunda modernidad.

¿Por qué es deseable el cosmopolitismo? Es decir, ¿por qué otorga usted un lugar preferente a esta concepción esencialmente normativa, en vez de una descripción del mundo en términos de relaciones de poder?

Hay un concepto de Max Weber que ha sido en gran medida olvidado. Él hablaba de la “libertad de valores”, pero también de la “relación de valor”. Decía que no hay ninguna ciencia social sin “relación de valor”: para Weber la relación de valor se refiere a valores culturalmente válidos que al mismo tiempo pueden ser utilizados por las ciencias sociales como principios de selección. En este sentido las ciencias sociales se basaron de manera sorprendentemente irreflexiva tras la Segunda Guerra Mundial en relaciones de valor y en valores culturales que, a día de hoy, ya no son aplicables. Este horizonte de valores se puede resumir en diversos puntos: oposición a la barbarie alemana, apoyo al desarrollo del estado del bienestar, a los movimientos a favor del Tercer Mundo, y a los movimientos sociales en Europa, y en consenso con los actores políticos esenciales europeos en el marco del Estado-nación. Estas relaciones de valor ya no funcionan. Las nuevas relaciones de valor surgidas en el marco del cosmopolitismo están mucho más marcadas por un sesgo normativo.

¿Cuáles son los retos del cosmopolitismo?

Ahora hay que discutir sobre la comprensión de este cosmopolitismo. Si lo hacemos en términos normativos entonces debemos atender al trato social con las formas de la alteridad cultural. Por ejemplo, el universalismo presupone que hay que abstraerse de la diversidad de las personas y de las culturas y enfatizar la comunidad y la igualdad de todos, ignorando por tanto la alteridad y la diferencia, lo cual nos lleva a preguntarnos si efectivamente el universalismo puede tematizar de manera adecuada la diferencia cultural. A su vez, el nacionalismo parte de que la diferencia y la alteridad son importantes pero las piensa en el ámbito del espacio nacional, cuyo presupuesto es la diferencia entre los otros y nosotros. Por su parte el cosmopolitismo propone un trato con la alteridad en la que se reconoce que el otro ya no puede ser delimitado respecto del observador, sino que es parte constituyente de la propia experiencia. El otro posee un valor propio para nosotros mismos y para el otro. El cosmopolitismo asume que es enriquecedor contemplarse a uno mismo desde la mirada del otro y que la diversidad no es un peligro sino una forma de enriquecimiento. Mi tesis es que la especificidad del cosmopolitismo apunta a una combinación de todos estos elementos, tanto del universalismo como del multiculturalismo, como propongo en el segundo capítulo de mi libro *Poder y contrapoder en la era global*. De nuevo, no se trata de una alternativa excluyente, sino de una cosa y de la otra, de las relaciones específicas de mezcla. Pienso que el universalismo y el nacionalismo niegan y rechazan desde su perspectiva el acercamiento cosmopolita, debido a que no poseen instrumentos ni conceptos para comprender en su justa medida la diversidad cultural y recaen una vez tras otra en los mismos problemas. Mientras que el cosmopolitismo, de una parte, presupone reglas universalistas, que son las reglas de la tolerancia y todos los dilemas que implican, y de otra parte no abandona algunos principios del nacionalismo, como por ejemplo determinado concepto de comunidad que el cosmopolitismo no puede obviar. Europa es un ejemplo interesante pues se basa en la combinación de las culturas nacionales y la diversidad interna con las relaciones recíprocas de reconocimiento. Por ello, mientras que universalismo y nacionalismo, junto con sus interrelaciones, caracterizan las instituciones de la primera modernidad, el cosmopolitismo es la respuesta a la experiencia de la ausencia de fronteras, en términos empíricos, políticos y normativos, de la segunda modernidad.

La tarea de las instituciones políticas ha sido siempre la de controlar las fronteras. ¿Cuál es su tarea ahora?

La tarea de la política ha alcanzado su propio límite. Vemos que los problemas que agobian a las sociedades y a los gobiernos nacionales ya no pueden ser resueltos nacionalmente, esta es la idea central. No pienso, como muchos otros, que el cambio en la concepción de la frontera implique el fin de la política. Nos hallamos ante el fin de la política de los Estados-nación basada en las fronteras concebidas en términos pretéritos. En general la política ejemplifica lo que entiendo por segunda modernidad. Los gobiernos de ahora están confrontados con las consecuencias secundarias paradójicas debidas a que todas sus actividades e iniciativas cuestionan la propia legitimidad de sus instituciones. Lo que he observado en el caso de Alemania es que la política sobre los asuntos clave se mueve en círculos, se ha intentado por ejemplo reducir el desempleo y nos encontramos con cinco millones de parados. El intento de reducir los costes ha tenido como consecuencia que todo se ha

La globalización no tiene que ver con el verdadero cosmopolitismo, según Beck. En la foto, publicidad de productos occidentales en Pekín, un símbolo de la globalización económica.

En la página 22, manifestantes independentistas catalanes en un partido de fútbol.



© Richard T. Nowitz
/ AgeFotostock

encarecido. La política adquiere el carácter de una sátira de la realidad. Mi hipótesis es que la política debe pensar más allá de las fronteras. Se puede decir que hay tres respuestas a esta situación: cooperación, cooperación, cooperación. Los Estados nacionales tienen que estar vinculados entre ellos. En este sentido Europa es un ejemplo paradigmático, pues demuestra que es posible crear una unión de soberanías que no se entienda como un juego excluyente en el que uno gana y los otros pierden, sino que se interprete como un juego positivo de colaboración. Un proceso de acumulación que permita resolver de manera conjunta los problemas nacionales. Esto me resulta tan elemental como poco percibido por la política y por la teoría política. Nos hallamos ante el inicio de una época en la que posiblemente esta idea pueda dar nueva savia a la política, cuando se perciba que las cuestiones de política interna son cuestiones de política europea. Se necesitan iniciativas a escala europea referidas a los problemas económicos, migratorios,

medioambientales, laborales, etcétera. No es más que una banalidad desde el punto de vista de las ciencias sociales: la cooperación crea productividad. La política anclada en el nacionalismo metodológico se empeña en mantener la idea de soberanía absoluta, reafirmando algo así como una teoría autárquica, según la cual las instituciones creen que deben resolver las cosas solas, sin los otros. Si se unen los esfuerzos, se da un enriquecimiento de las oportunidades de acción. Esta época tal vez aún no haya llegado, como se puede ver con el caso de las fronteras, que en Europa siguen en parte existiendo y en parte han desaparecido. Pensemos en Turquía que no es miembro de Europa, pero en cierto modo sí que lo es, pues en los últimos cincuenta años se ha europeizado considerablemente por lo que se refiere a sus instituciones y a su ambición política, alimentada por la promesa de adquirir el estatus de socio europeo. Es un miembro potencial, lo cual ilustra el enigma de la Unión Europea.



© Pere Virgili


No hace mucho en Cataluña se aprobó un Estatuto de Autonomía. En unos de sus borradores se afirmaba “Cataluña es una nación”. ¿Se debe interpretar esto como un ejemplo más de nacionalismo metodológico?

Según el nacionalismo metodológico la integración se piensa siempre a partir del modelo de la mayoría y la minoría. La mayoría determina los principios de la integración y la minoría debe someterse a ellos. Esto es el nacionalismo y es un marco que no permite mucho juego para el reconocimiento de la alteridad de los otros. Cuando la integración es la cuestión clave, el cosmopolitismo no desempeña un papel importante. Existen naturalmente sistemas federales, como Alemania, que intentan hacer frente a estas situaciones, pero son insuficientes, pues las competencias claves se mantienen en el ámbito nacional, como los impuestos o los derechos. El concepto de nación es una metáfora, no está claro lo que significa. Se puede entender, por ejemplo, como la pretensión de autonomía, lo cual según mi parecer no es más que otra manera de repetir un error. Se ha tendido a crear unidades cada vez más reducidas, lo cual en muchos casos no ha hecho más que reproducir los problemas. No me parece que sea la respuesta adecuada a la nueva interdependencia. Por otra parte, los Estados nacionales se encuentran ante la presión de gestionar la diversidad. Muchos países no son homogéneos, sino que albergan en su seno diversas culturas. Los Estados nacionales deben aprender a enfrentarse a los retos que supone el multiculturalismo. A mi parecer la fundación de nuevas entidades nacionales para resolver estas cuestiones sería un paso claro en la dirección errónea. El camino cosmopolita consistiría en otorgar más autonomía y diversidad en el espacio nacional.

¿Cuál debería ser el primer artículo de una constitución que evitara el nacionalismo metodológico? ¿Algo así como el de la Constitución Alemana: “La dignidad de los seres humanos es inviolable”?

Sí, ciertamente, me parece una buena observación.

Parece que su acercamiento teórico privilegia el papel de Europa como motor del cosmopolitismo. ¿No es un ejemplo más de eurocentrismo?

El cosmopolitismo no se puede concentrar en el orden europeo, pues es el intento de contemplar la historia y la realidad europeas desde el punto de vista del otro, desde un punto de vista global. Creo que el paisaje intelectual se modificará en los próximos años ante la tendencia creciente a practicar una sociología cosmopolita. Es el intento de ver las experiencias de la modernidad en África, en Asia, en Suramérica, como partes integrales de la perspectiva sociológica. Se trata en definitiva de la aceptación de que Europa no se puede analizar sin Asia o Suramérica. Es decir, que sus problemas internos no pueden solucionarse sin tomar en consideración los de los otros. Que las fronteras tal y como se han analizado hasta ahora ya no sirven. Ahí surge de nuevo el problema de cómo se determinan las unidades de análisis. Este es el lugar en el que se encuentra ahora la investigación. No hay aún respuestas concluyentes. 

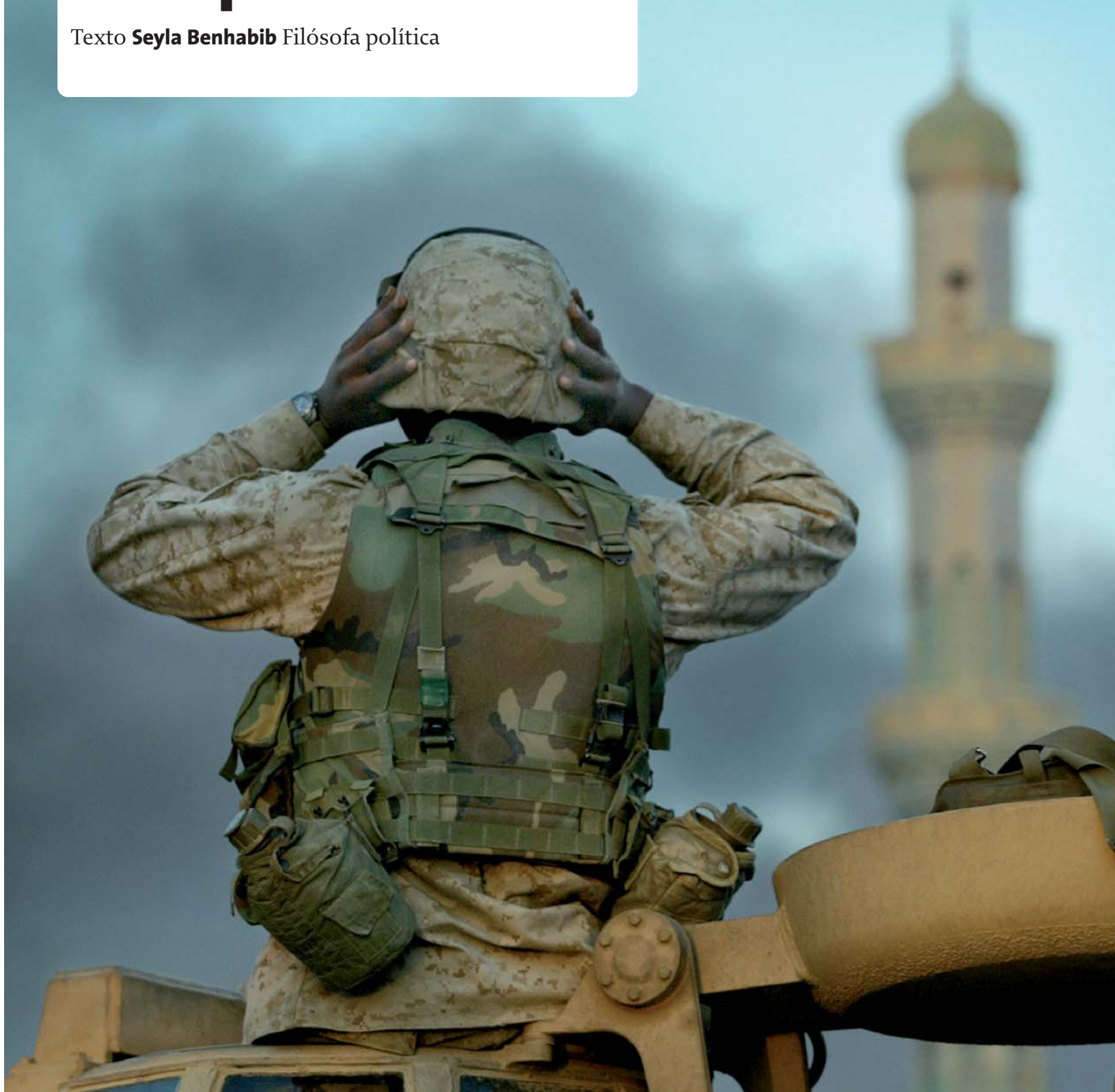
Notas

- 1 Teórico estadounidense y autor de la obra en tres volúmenes *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI Editores, 1979.
- 2 Profesor en Stanford University y coautor de *Globalization and organization: world society and organizational change*, Oxford University Press, 2006.
- 3 Profesor de Ciencia Política en la London School of Economics y autor, entre otros, de *La democracia y el orden global* y *Globalización/Antiglobalización* (Paidós).

De prestado

La guerra de Irak y el conflicto de interpretaciones

Texto **Seyla Benhabib** Filósofa política



“Los dictados de una *realpolitik* habrían mantenido a un tirano en su puesto, pero no habrían muerto 30.000 civiles iraquíes y 3.200 soldados norteamericanos, y los Estados Unidos no estarían violando el derecho internacional”.

Ni siquiera aquellos que, como yo misma, nos opusimos por razones morales, legales y estratégicas a la guerra de Irak, podemos alegrarnos ahora ante cualquier confirmación de nuestro parecer que proporcione ese escenario de matanza, bellaquería política y miseria humana en que se ha convertido hoy Irak. El mundo es ahora más peligroso que en cualquier otro momento del período posterior al 11 S. Oriente Medio está al borde del precipicio y el espectáculo de una superpotencia más poderosa que nunca en términos militares, pero que pierde su legitimidad a marchas forzadas, da pie a inquietantes analogías con otros imperios agostados en el pasado.

La batalla argumental acerca de quién ha hecho mal qué, cuándo y cómo ya ha empezado. Pese al riesgo que conlleva todo juicio a posteriori, hay algo de saludable en proponer otros argumentos hipotéticos acerca de posibles vías que no se tomaron. Sólo recogiendo los pedazos de un pasado hecho añicos podemos vislumbrar un futuro para Irak –si es que ello es posible.

Propongo que nos embarquemos en dos experimentos mentales acerca de lo que podría haber sido. Me gustaría argumentar que hasta una guerra ilegal como ésta podría haber tenido otros resultados si el actual gobierno de Estados Unidos no hubiera proyectado sobre Irak sus dogmas sobre el libre mercado, su desprecio hacia el imperio de la ley y su absoluta desconsideración por la profunda diversidad humana. Lugares comunes como “ahora se pagan las consecuencias”, “esos avisperos en el extranjero” y las transgresiones contra los principios de los propios Estados Unidos se dan la mano en la presente situación.

Experimento mental 1. La guerra nunca empezó

Estamos en otoño de 2002. Se está desarrollando la guerra afgana contra los talibanes. Los inspectores de las Naciones Unidas han visitado Irak y, pese a que se desconoce el paradero de algunas toneladas de productos químicos líquidos potencialmente convertibles en armas, no se encuentran armas de destrucción masiva. El gobierno de los Estados Unidos está jugando sus cartas con cautela. Saddam está inquieto y trata de atraerse a los militantes y simpatizantes de Oriente Medio dejándose barba, yendo a la oración del viernes y citando frecuentemente el Corán en sus discursos. Le preocupa un grupo llamado “Ansar-el-Islam” en el nordeste de Irak. Se trata de simpatizantes de Al-Qaeda. De momento están ocupados atacando el Pesh Merga kurdo, pero podrían ser peligrosos en el futuro.

El vecino Irán está inactivo y vigilante, sin que hasta ahora se haya sentido aludido por la retórica del “eje del mal”. Irán ve señales de implosión en la dinastía saudí; hay una gran perplejidad ante el hecho de que un miembro de la familia real saudí, Osama Bin Laden, haya emergido como uno de los

líderes más peligrosos y carismáticos del mundo islámico. Las viejas disputas teológicas entre predicadores musulmanes itinerantes y la burocracia islámica, más organizada, de ciudades como Kum, en Irán, van en aumento, y tendrán implicaciones en un futuro a largo plazo. Hamás, en Cisjordania y Gaza y en Nasrallah, en el Líbano, no tiene en este momento ningún peso estratégico; la organización está dividida entre sus líderes sunnitas y chiítas.

Llega el 15 de marzo de 2003 y los Estados Unidos y sus aliados NO invaden Irak. En los años siguientes, no se producirán los ataques terroristas en Madrid y Londres; el resentimiento de muchos musulmanes residentes en Europa contra sus países de acogida continúa gestándose, pero no hay un objetivo unificado contra el que enfocar el odio. Pese a la lucha que se prolonga en Chechenia, la yihad islámica no es un fenómeno de alcance mundial y las lealtades en el mundo musulmán, tanto árabe como no árabe, continúan diseminadas en múltiples alianzas étnicas, religiosas y locales.

¿Cuánto tiempo podría haber durado esta situación de nuestro experimento mental? Posiblemente, los Estados Unidos, la OTAN y la Unión Europea, en alianza con los tradicionales estados protectores de Irak –Francia y Rusia– podrían haber ejercido alguna influencia sobre Saddam para mantener impermeables las fronteras de Irak y no permitir la infiltración de Al-Qaeda. La prohibición de sobrevolar el Kurdistán iraquí podría haber continuado, con algún tipo de sanciones contra Irak. A Irán se le podría haber asegurado así una protección de su integridad territorial.

En este mundo moralmente cuestionable, los dictados de una *realpolitik* habrían mantenido ciertamente a un tirano en su puesto. Pero no habría habido más de 30.000 civiles iraquíes y casi 3.200 soldados norteamericanos muertos, más de 100.000 personas no habrían resultado heridas y mutiladas; casi tres millones de iraquíes no se habrían convertido en refugiados o desplazados. Los Estados Unidos no estarían violando el derecho internacional. No habrían perdido las simpatías del resto del mundo y, a largo plazo, la oposición iraquí en el exilio podría haber tenido una oportunidad para derrocar a Saddam, pero sin la intromisión de turbias figuras como la de Ahmed Chalabi.

Experimento mental 2. La guerra tiene lugar

Consideremos ahora un escenario alternativo: los Estados Unidos y sus aliados han ido a la guerra contra Irak. La estatua de Saddam ha caído, y el propio mandatario ha sido capturado. Es llevado al Tribunal Internacional de la Haya, donde es previsible que se le acuse de “crímenes contra la humanidad” por su gaseo de kurdos, por el brutal asesinato de chiítas en el sur y por el exterminio en las marismas de Arabia. Pese a todo, el saqueo del Museo Nacional de Irak y de otros edificios e instituciones oficiales, así como el rápido colapso del

En la página siguiente, manifestación organizada por Amnistía Internacional ante la embajada de EE.UU. en Londres, contra la prisión de Guantánamo y por la liberación de sus prisioneros, el 11 de enero de 2006.

En la página anterior, soldado en un vehículo militar norteamericano en el centro de Bagdad.

orden público en el país, provoca inquietud entre los aliados victoriosos. Los aficionados a la historia recuerdan la marcha de Napoleón en el invierno ruso y cómo resultó diezmado el ejército francés. ¿Podemos, se preguntan, confiar en que esto resulte sólo “un paseo militar”?

Se celebra una cumbre entre los vecinos de Irak, en la que se pide a Siria, Jordania, Turquía e Irán que garanticen la integridad territorial de Irak, asegurándoles a cambio que no serán amenazados por tropas rebeldes procedentes de Irak. Chalabi, conocido por su desfalco en el Banco Petra de Jordania, queda totalmente al margen. Irak es declarado un protectorado de las Naciones Unidas –y no de los Estados Unidos– hasta que se celebren elecciones libres y se forme un gobierno. El influyente y extenso sector público industrial iraquí –que abarca desde la fabricación de inodoros y bombillas hasta champúes y oleoductos– no resulta desmantelado. No se despide a los miembros del partido Ba’ath, líderes de la sociedad civil en la industria, la ingeniería y los sectores eléctrico y petrolífero del país. El ejército iraquí, como se sabe, no es la Wehrmacht alemana; tras el arresto de oficiales acusados de graves violaciones contra los derechos humanos, el ejército no se disuelve. En consecuencia, hay mucho menos desempleo. Se saquean pocos depósitos de armas y se roban pocos uniformes, y los oficiales del antiguo régimen no instigan una insurgencia creciente.

Los Estados Unidos y sus aliados dan garantías sólidas de que no controlarán los campos petrolíferos iraquíes ni establecerán posiciones estratégicas en la región de manera indefinida. La supervisión y operación sobre los campos petrolíferos iraquíes se traslada a un órgano bajo control de la ONU o de cualquier otra agencia que implique a la OTAN, la Unión Europea y Rusia, además de los Estados Unidos y sus aliados. Los ingresos del petróleo son depositados en bancos que pasarán a estar bajo la autoridad de un gobierno iraquí debidamente constituido. No se permite en absoluto la llegada de compañías privadas de seguridad como Blackwater, o éstas pasan a estar, en todo caso, bajo estricta supervisión del ejército. La Constitución iraquí es explícitamente federalista y promueve una redistribución de la riqueza y del poder entre los principales grupos regionales, étnicos y religiosos. Se efectúan “ajustes institucionales” de modo que Irak se traslada hacia una democracia plural y fuertemente multicultural. La autonomía kurda está protegida, pero las exigencias de una supremacía kurda en ciudades como Kirkuk, a expensas de los turcomanos y árabes, no se aceptan.

¿Es este escenario plausible? ¿Podría haber durado? Creo que sí. En este escenario, pocos combatientes de la yihad habrían podido penetrar en Irak a través de las fronteras siria y jordana. Pocos miembros de las élites militares y civiles se





© Rosina Ynzenga / COVER

El ejército de los Estados Unidos entró en Bagdad el 6 de abril de 2003. En la imagen, carros de combate destruidos y abandonados en Bagdad.

habrían inclinado a apoyar la insurgencia. Mokdad al-Sadr no habría suscitado tantas sospechas de seguir órdenes e intereses estadounidenses a largo plazo en Irak. Y, lo que es aún más importante, los miembros de la clase media y profesional iraquí, que habían albergado grandes esperanzas para el nuevo Irak y que eran cruciales para su reconstrucción, no se habrían exiliado. Ahora, en cambio, la fragmentación de Irak en regiones en guerra bajo la influencia de potencias vecinas es inevitable. Bagdad ha quedado dividido en zonas chiítas en el este y sunnitas en el oeste, separadas por el Tigris. El norte permanece bajo control kurdo, y en el sur y el este predomina la mayoría chiíta.

A menudo se ha señalado la extraña simbiosis que existe entre las guerras en el extranjero y las condiciones en el territorio nacional. Como observó Edmund Burke, iniciador del *impeachment* de Warren Hastings en la Cámara de los Comunes británica por las masacres gubernamentales cometidas contra la población india: “Los que infringen la ley en la India no pueden ser los mismos que legislan en nuestro país”.

Sin embargo, en nuestro caso, los que infringen la ley en el extranjero continúan siendo los que legislan en los Estados Unidos, aunque sea con un poder reducido tras las elecciones de otoño de 2006. La guerra de Irak la llevó a cabo un gobierno que pensaba que una sociedad compleja y antigua, con múltiples alianzas divididas y una amarga historia de colonización, podría ser tratada como si fuera una tabula rasa sobre la cual proyectar los fundamentalismos neoliberales, el desprecio por los controles constitucionales y el derecho internacional y una ingenua fe en el poder de la superioridad tecnológica para imponerse sobre un pueblo desmoralizado tras veinticinco años de gobierno despótico. Desde Guantánamo hasta Abu-Ghraib, desde la práctica de “interpretaciones excepcionales de la ley”, que implican la detención y el secuestro de ciudadanos de países aliados extranjeros, hasta las escuchas telefónicas a millones de ciudadanos norteamericanos, este gobierno ha demostrado una y otra vez que no se puede promover un régimen democrático en el extranjero si en el propio país se muestra el desprecio más absoluto por la democracia y por el imperio de la ley. **M**

An aerial, black and white photograph of a multi-lane highway. The road curves to the right. Several circular speed limit signs with the number '50' are visible on the road surface and on a signpost. A pink rectangular text box is overlaid on the left side of the image. The text inside the box is white and black. The background shows lane markings, a concrete barrier, and a utility pole.

De dónde venimos

Polis: el lugar
de los humanos

A dónde vamos

Telépolis: concepto
y construcción

© Christian Maury

La ciudad moderna provee a la necesidad de ayuda mutua en lo material. Pero la disposición dada a las piezas de la maquinaria social disipa la percepción del entramado solidario hasta el punto de convertir los lazos en cadenas.

Polis: el lugar de los humanos

Texto **Miguel Candel** Filósofo

Antes de que Newton colocara todas las cosas en la indiferencia de un vacío espacio sin límites y Einstein vaciara de sentido todo lugar para convertirlo en variable registro de una observación sin observadores, los humanos creían, como Aristóteles, que a cada ser le correspondía por naturaleza un lugar. Y el lugar propio de los seres humanos era la ciudad. Ciudad que no se reduce a la suma de los ciudadanos, porque no son éstos los que hacen aquélla, sino ella la que los hace. No, obviamente, porque la ciudad preexista a la aparición de nuestra especie sobre el planeta, sino porque nuestra especie sólo empieza a ser humana cuando organiza conscientemente su convivencia.

Para una mentalidad thatcheriana (“La sociedad no existe, sólo existen los individuos”), afirmaciones como ésa son un sinsentido, simple resabio hegeliano, el típico prejuicio “totalitario” de los enemigos de la sociedad abierta, sean nostálgicos comunitaristas o doctrinarios marxistas.

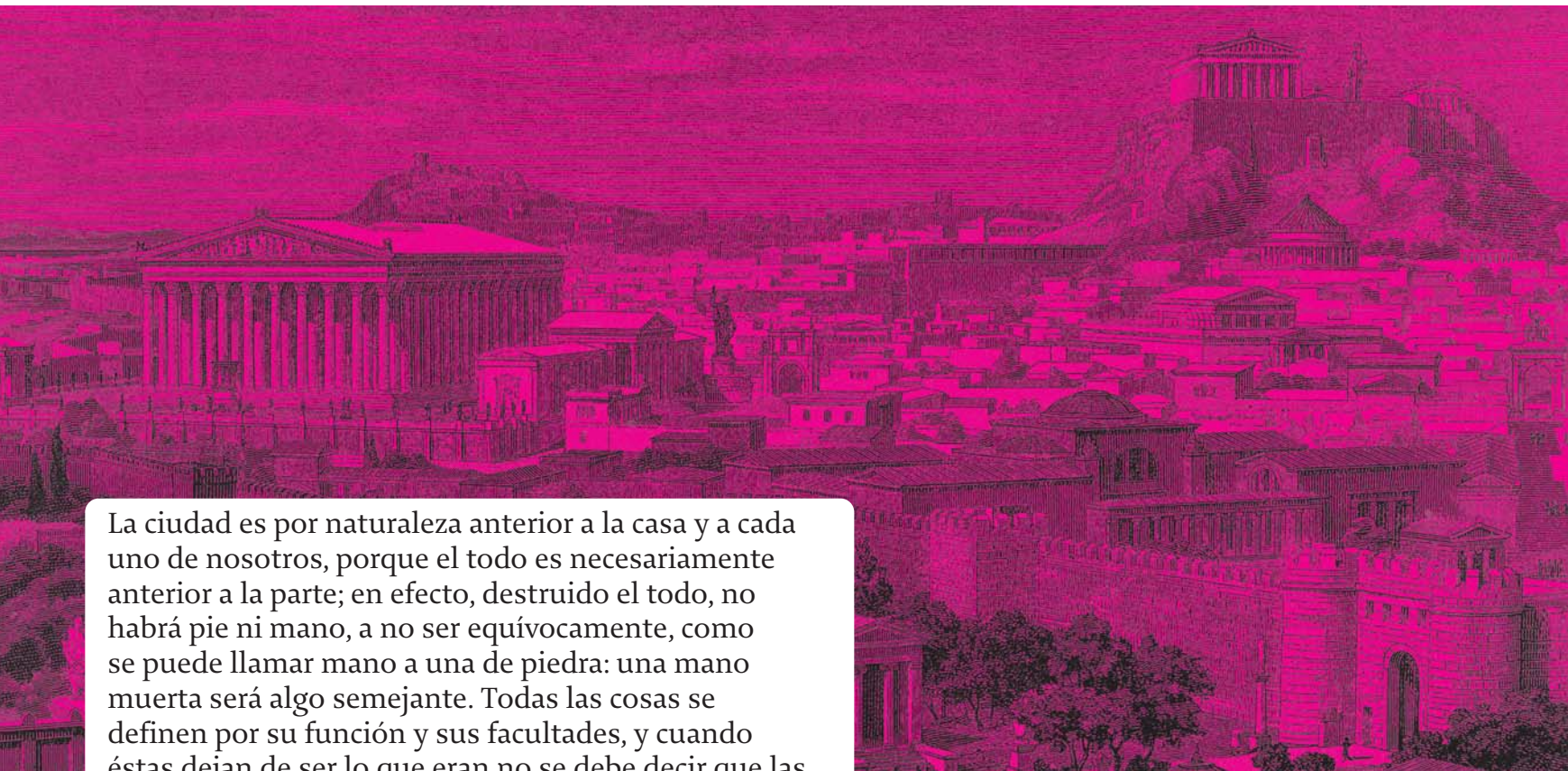
A quienes así ven las cosas habría que preguntarles en cuál de esas dos categorías meterían a los antiguos. No únicamente a los filósofos que reflexionaron sobre la naturaleza de la polis, sino a los ciudadanos que la habitaron. Porque centenares de testimonios llegados hasta nuestros días nos hablan de una comunidad de seres libres en que libertad y comunidad no sólo no se excluían, sino que se garantizaban recíprocamente.

Si se tiene el cuidado de no idealizar unas sociedades cuya economía dependía en gran medida del trabajo esclavo, el conocimiento de la antigua polis griega y de sus réplicas romanas sigue siendo una fuente inagotable de ideas para abordar los problemas que plantea la vida en sociedad. Ideas que el individualismo de estirpe liberal, tan útil en su momento para movilizar poblaciones reducidas a la servidumbre por siglos de feudalismo y de absolutismo, ha hecho olvidar hasta el punto de que grandes masas tienden a ver la ciudad moderna como una cárcel de la que es perentorio escapar así que lo permite el calendario laboral.

El ágora perdida

¿Cómo el lugar natural de los seres libres se ha transformado en esos espacios inarticulados en los que propiamente no estamos sino, simplemente, nos movemos, de tal manera que el cruce de trayectorias tiene más de encontronazo que de encuentro? ¿Dónde está el ágora o el foro en que conversamos, nos informamos, discutimos, llegamos a acuerdos o resolvemos desacuerdos; en definitiva, nos humanizamos?

La ciudad medieval, tan diferente en muchos aspectos de la polis clásica, conservaba el rasgo fundamental de ésta, a saber, la función de integración a la vez que de liberación. No en balde era el lugar de acogida de quienes se emancipaban



© Prisma

La ciudad es por naturaleza anterior a la casa y a cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la parte; en efecto, destruido el todo, no habrá pie ni mano, a no ser equívocamente, como se puede llamar mano a una de piedra: una mano muerta será algo semejante. Todas las cosas se definen por su función y sus facultades, y cuando éstas dejan de ser lo que eran no se debe decir que las cosas son las mismas, sino del mismo nombre. Es evidente, pues, que la ciudad es por naturaleza anterior al individuo, porque si el individuo separado no se basta a sí mismo, será semejante a las demás partes en relación con el todo, y el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios. **(Aristóteles. *Política I 2, 1253a19-29*)**

del yugo feudal. Condición, pues, de plena realización del individuo que, entretanto, había aflorado ya como categoría ontológica primordial, una vez saldada la vieja querrela de los universales con el triunfo de las diversas formas de conceptualismo o nominalismo.

Podría pensarse que la crisis de las funciones integradoras-liberadoras de la ciudad es una simple crisis de crecimiento, que el problema de la ciudad moderna radica en que se ha hecho demasiado grande y que, a partir de una cierta masa crítica, la socialización deviene imposible y degenera en su opuesto: el mutuo extrañamiento de las multitudes de solitarios.

Seguramente hay ahí algo de verdad, pero no toda la verdad. No hay una correlación estricta entre tamaño y hostilidad del espacio urbano. Las antiguas ciudades griegas y romanas variaban mucho en dimensiones y número de habitantes, sin que esas diferencias cuantitativas se tradujeran en diferencias de índole cualitativa en cuanto a sus funciones socializadoras.

La dispersión como libertad

Lo esencial para caracterizar un todo no es el número de las partes, sino su mutua disposición. La ciudad moderna, al revés que la antigua y la medieval, concentra a las masas durante el tiempo de *negotium* (la actividad productiva no libre) y las dispersa durante el *otium*. No tanto porque ofrezca sólo esparcimiento individualizado (aunque la televisión contribuye enormemente a que ésa sea la forma de esparcimiento predominante), sino porque al concentrar a la gente para acti-

vidades no libres, induce a buscar la libertad en la dispersión. Es, pues, el modo de producción industrial el responsable de la mutación de la polis integradora en la desintegradora metrópolis llevada al cine por Fritz Lang. No sólo (aunque también) explican la naturaleza esquizoide de la experiencia urbana moderna las relaciones capitalistas que rigen hoy casi sin disputa nuestro modo de producción, sino también la sustancia industrial misma, la producción y el intercambio a gran escala, sea cual sea la forma social y política que revista. Al fin y al cabo, poco se diferenciaban, en cuanto a capacidad de libre integración, las metrópolis del “socialismo real” y las urbes del llamado “Occidente” capitalista.

Como dice Aristóteles en la cita adjunta, la ciudad es el espacio constitutivo de los seres humanos en la medida en que se necesitan unos a otros. Ahora bien, como explica Protágoras en el diálogo platónico que lleva su nombre, los humanos nacen más débiles que las bestias y menos juiciosos que los dioses. Su indigencia innata es lo que los obliga a juntar esfuerzos, a erigirse colectivamente en polis. Y aunque etimológicamente ese término helénico designaba reductos o ciudadelas fortificadas, los antiguos acabaron significando con él, atinadamente, el núcleo y la quintaesencia de lo que hoy llamamos sociedad.

Pues bien, la ciudad moderna dispone de mecanismos que proveen formalmente (en parte, al menos) a esa necesidad de ayuda mutua en lo estrictamente material. Pero la disposición dada a las piezas de la maquinaria social disipa la percepción del entramado solidario que sostiene la vida urbana, hasta el punto de convertir, siquiera subjetivamente, los lazos en cadenas. Y ello por mucho que el discurso imperante insista una y otra vez en el carácter humanamente positivo de los nexos que unen a los individuos-ciudadanos. Es más, se diría que ese discurso es casi universalmente percibido como un descomunal ejercicio de hipocresía.

Dando por descontado el carácter alienante de la ciudad moderna como centro de actividad productiva a escala “no humana”, su naturaleza opresiva estriba, además, en la ausencia de otro rasgo esencial de la polis, a saber: la previsibilidad de las interacciones. En el ámbito colectivo que el sociólogo Zygmunt Bauman ha denominado, esclarecedoramente,

“sociedad líquida” nunca sabe uno a qué atenerse respecto al comportamiento de los otros. Es lo que los poderes rectores del planeta, creyendo blindar así su legitimación como moderno Leviatán, explotan alentando la llamada “psicosis de inseguridad”, de la que una gran mayoría cree poder curarse tragando draconianas leyes antiterroristas y otros desmesurados recortes de las libertades públicas (recortes que, dicho sea de paso, no evitan la voladura de aviones, trenes o autobuses, pero sí permiten la ejecución sumaria de “sospechosos” in situ, en cínica aplicación del lema “dispara primero, pregunta después”).

Ese comportamiento caótico de los átomos sociales es consecuencia justamente de la presión a que se ven sometidos en la caldera de la producción alienada y alienante. Como si de una simple aplicación de las leyes de la termodinámica clásica se tratara, observamos cómo ese aumento de presión sin aumento de volumen (margen de libre decisión) se traduce inevitablemente en un aumento de temperatura. Y luego, cuando la presión desaparece (en el tiempo de ocio), sobreviene la brusca disipación que deja en nada toda la energía acumulada.

Recuperar solidez

Si alguna posibilidad hay de invertir el funcionamiento de las ciudades modernas como fábricas de entropía social, ello pasa por recuperar el carácter “sólido” de las relaciones humanas, característico (con todas las excepciones que se quiera) de la polis antigua. Claro que la ciudad moderna trata, a su manera, de crear espacios sólidos de relación. Pero sólo sabe hacerlo fragmentándose en ghettos, donde el fluido social general se congela en forma de rutinas rígidas y sin horizonte. Y la vida del ghetto, como es natural, lejos de dar calor a sus miembros, no hace más que exacerbar su sensación de frío social, por el contraste que ofrece esa vida clausurada con el entorno general, desolado pero abierto, y prometedor, por tanto, de experiencias diferentes y presuntamente liberadoras. Para que un espacio sólido de relación tenga calidez y no invite permanentemente a la huida ha de ser un espacio total, un espacio que permita la libertad de movimientos sin merma de su mutua compatibilidad y complementariedad.

Quede claro que la polis clásica no alcanzó nunca ese punto de equilibrio (ahí están, para confirmarlo, las reflexiones críticas de Solón, Platón y Aristóteles, así como las actitudes “apolíticas” de epicúreos y cínicos, amén del cosmopolitismo de los estoicos). Pero indudablemente tendió siempre al logro de cierta “proporción áurea” entre integración y libertad, comunidad y privacidad (sin que haya que entender, por el orden de nuestro enunciado, que integración sólo tenga que ver con comunidad y libertad con privacidad: la correspondencia se da en ambos sentidos).

Difícil tarea restaurar esa dinámica en las ciudades modernas, que algún Lenin de barrio podría, exagerando sólo un poquito, llamar “cárceles de pueblos”. Con toda probabilidad (más exacto sería decir “con toda seguridad”, pero la esperanza es lo último que se pierde), habrá que pasar primero por importantes convulsiones sociales que obliguen a redimensionar los espacios de convivencia. Lo que se pueda construir en la nueva etapa (si algún día llega) no será resultado de una clonación de la vieja polis, por supuesto. Pero estará animado por parecido espíritu. Un espíritu que nos permita vernos como algo más que bestias y como mucho menos que dioses, a diferencia, creo (y pido perdón por involuntarias alusiones), de cómo muchos de nosotros/as nos venimos viendo de un tiempo a esta parte.

El sistema tecnológico que ha posibilitado la emergencia y el desarrollo de las actuales sociedades de la información genera un nuevo espacio social, *el tercer entorno*, que permite una nueva modalidad de acción humana.

Telépolis: concepto y construcción

Texto **Javier Echeverría** Filósofo

Desde una perspectiva arquitectónica y urbanística, una metrópolis está compuesta por un conjunto de edificios, plazas, calles, viviendas, tiendas, oficinas, monumentos y medios de transporte que permiten a los ciudadanos desplazarse a diario por el espacio urbano, donde conviven miles o millones de personas. Hay hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos, lugareños y forasteros, que desarrollan diversas actividades en ámbitos públicos, privados e íntimos. Al igual que las aldeas y los pueblos, una ciudad es un espacio en el que coexisten diversos tipos de personas a lo largo del tiempo y desarrollan sus respectivas actividades. Además de su componente urbanística, las ciudades también pueden ser consideradas como un ámbito que da cabida de forma duradera a una gran diversidad de actividades humanas y relaciones sociales.

Esta segunda perspectiva es la que permite concebir Telépolis, la ciudad electrónica global donde se desarrolla hoy en día una nueva modalidad de sociedad, la sociedad de la información. Nadie reside físicamente en ella, pero sí mentalmente. Por sus “calles” y “plazas” no circulan personas de carne y hueso, ni coches, sino representaciones digitalizadas de todo tipo de objetos y cosas: imágenes de personas, animales, objetos y lugares, voces y sonidos pronunciados en cualquier lengua, melodías, datos, logotipos, mercancías y dinero, todo ello en formato electrónico. Para que esos flujos vertiginosos circulen por los viales de Telépolis, hoy en día de banda ancha, es preciso que diversos artefactos tecnológicos digitalicen, informaticen y distribuyan a través de las redes telemáticas todas esas entidades. El sistema tecnológico que ha posibilitado la emergencia y el desarrollo de las actuales sociedades de la información genera un nuevo espacio social, *el tercer entorno*, en el que está siendo construida Telépolis a lo largo de las tres últimas décadas. Las diversas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) han ido convergiendo e integrándose en un sistema tecnológico de amplia difusión, cuya consolidación ha generado como propiedad emergente ni más ni menos que un nuevo espacio-tiempo social, que ahora se trata de urbanizar y civilizar. El proyecto de construir una ciudad digitalizada y virtual en el espacio electrónico recibe el nombre de Telépolis¹.

El primer y el segundo entorno son el campo (*physis*) y la ciudad (*pólis*). Ambos tienen una estructura euclídea, que

posibilita las relaciones humanas cuando éstas se basan en la proximidad y en la común presencia en un mismo recinto o territorio, que puede ser más o menos extenso. En cambio, las interrelaciones humanas y sociales en el tercer entorno se producen a distancia y en red, conforme a una métrica no euclídea que no requiere la presencia física ni la cercanía de los actores para intervenir en los ámbitos públicos, privados o íntimos. El sistema tecnológico de las TIC no sólo transforma la información y la comunicación. Ante todo, posibilita una nueva modalidad de acción humana, a distancia y en red. Esta transformación radical de las capacidades humanas de acción está en la base de la emergencia de la sociedad de la información.

Las “calles” de Telépolis son las diversas redes telemáticas por las que fluyen esas representaciones digitales. Se accede a ellas a través de diversas “puertas” o interfaces: pantallas de ordenador, cajeros automáticos, consolas de videojuegos, teléfonos móviles, auriculares, micrófonos y cámaras web. Sus “plazas” congregan la atención de millones de personas a través de los televisores. La vida ciudadana se desarrolla en un nuevo espacio social, el espacio electrónico, o tercer entorno. ¿Cómo puede concebirse una ciudad en un espacio-tiempo con una estructura topológica y métrica tan distinta a la de los espacios urbanos tradicionales?

“Se está generando una nueva forma de organización social, telemática y en red, que puede ser concebida como una ciudad global, una *pólis* para la convivencia mental”.

No es lo mismo construir una ciudad que concebirla. El primero que acometió este empeño fue Platón en su libro *La República*. El filósofo-arquitecto fue Sócrates. Su propósito, muy claro: “Edifiquemos con palabras una ciudad desde sus cimientos” (*La República*, 369 c). Para llevarlo a cabo, en ningún momento habló de edificios, calles y plazas. Tampoco aludió al suelo ni al entorno. Su planteamiento se centró en la siguiente pregunta: ¿qué oficios o profesiones son indispensables para que haya una *pólis*?

Platón fue consciente de la tendencia de una ciudad a expandirse, tanto geográficamente como por la diversidad de actividades humanas que se irían incorporando a ella. Se interesó por esta segunda ampliación, según la cual una *pólis* está constituida por una pluralidad de actividades diversas que se imbrican entre sí y traban un vínculo social específico, al que denominó “república”. Para concebir Telépolis conviene seguir una estrategia parecida. Supuesto que los seres humanos podemos interrelacionarnos y hacer múltiples cosas a distancia y en red, ¿cuáles son las actividades humanas y sociales que pueden desarrollarse en el espacio electrónico? Sobre todo: ¿cómo organizar esa vida social de modo que el tercer entorno se convierta en un espacio urbano duradero y sostenible?

Platón fundó su República en el principio “ningún ser humano se basta a sí mismo” (369 b). Para satisfacer nuestras necesidades básicas (alimento, habitación, vestido, etc.) necesitamos el concurso de otras personas. Un labrador, un albañil, un tejedor y un zapatero son oficios ineludibles: “Una ciudad constará, como mínimo indispensable, de cuatro o cinco hombres” (369 d). El segundo principio organizativo fue la división del trabajo. Cada cual ha de tener un oficio, puesto que la *pólis* integra una pluralidad de actividades que favorecen mutua-

mente a sus ciudadanos. El tercero fue la proliferación de las artes precisas para la vida urbana: “Irán entrando a formar parte de nuestra pequeña ciudad y acrecentando su población los carpinteros, herreros y otros muchos artesanos de parecida índole” (370 d). Sócrates agregó de inmediato boyeros, ovejeros y pastores. A continuación fueron precisos comerciantes que llevaran y trajeran productos no disponibles en el territorio en el que se asentaba la ciudad. Se incluyó el comercio marítimo, integrando a navegantes, fareros, trabajadores portuarios, etc. Esa creciente pluralidad de oficios generó la necesidad de un mercado y el uso de dinero para intercambiar lo que a uno le sobraba con lo que uno no tenía. También se requirieron carreteros y transportistas, así como cargadores y descargadores, que no tenían un oficio como tal, pero sí fuerza física para realizar trabajos penosos: los asalariados también componen la ciudad. Luego vino la necesidad de ornato, tanto para las personas como para la propia urbe: pintores, bordadores, perfumistas, actores, danzantes, etc. A la postre, en la *pólis* platónica emergió una cultura urbana. Surgieron cercas, fronteras y límites territoriales. En su relato fundacional de la *pólis*, Platón describió un fenómeno social que ha ocurrido mil veces a lo largo de la historia, de maneras diferentes según las diversas culturas.

Otro tanto ocurre en el tercer entorno, pero en formato electrónico, a distancia y en red. La interdependencia de los telepolis es todavía mayor, puesto que todo el entramado urbano es estrictamente artificial. El “suelo” sobre el que se construye Telépolis son las ciudades previamente existentes, a las que se les superponen una pléyade de redes telemáticas e informacionales que posibilitan los flujos electrónicos en los que se plasma la vida civil de la ciudad digital. El espacio y el tiempo son el ámbito donde se despliega la *pólis*. Se trata de una concepción típicamente filosófica, no de una construcción arquitectónica. Una ciudad puede ser pensada como una pluralidad de oficios y actividades que proporciona beneficio mutuo a sus ciudadanos. Como es sabido, la indagación platónica concluyó en la necesidad de que en cualquier *pólis* racional haya guerreros, gobernantes y filósofos, a poder ser estrechamente vinculados entre sí. Tras demostrar que es preciso que haya una profesión cuyo único cometido sea gobernar a sus conciudadanos, Platón culminó su “edificación con palabras de una ciudad desde sus cimientos”. Dicho en términos muy sencillos: una ciudad es un ayuntamiento de personas y oficios con una profesión que encarna la sociedad civil, el gobierno.


Hasta aquí nuestra breve evocación de Platón. Reinterpretemos estos pasajes tomando como referencia el espacio electrónico, que tiene una estructura topológica, métrica y física muy distinta a las de los espacios asentados en tierra y configurados en territorios. En lugar de salir a la calle, nos conectamos a Internet. Para ver un espectáculo en la plaza pública, buscamos un canal de televisión. Para hacer operaciones financieras vamos a un cajero automático o nos damos de alta en algún banco electrónico. Nuestros interlocutores no están presentes, sino a distancia. Pero podemos interactuar con ellos siempre que sepamos movernos por el espacio electrónico.

Una ciudad en expansión

Telépolis también tiende a crecer, como cualquier ciudad. Pero su dinámica expansiva no implica una expansión territorial, sino un incremento de las redes que conectan a sus ciudadanos entre sí. Los pobladores de Telépolis son los usuarios de las tecnologías de información y telecomunicaciones, es decir, los internautas, televidentes, telefoneantes, etc. Las

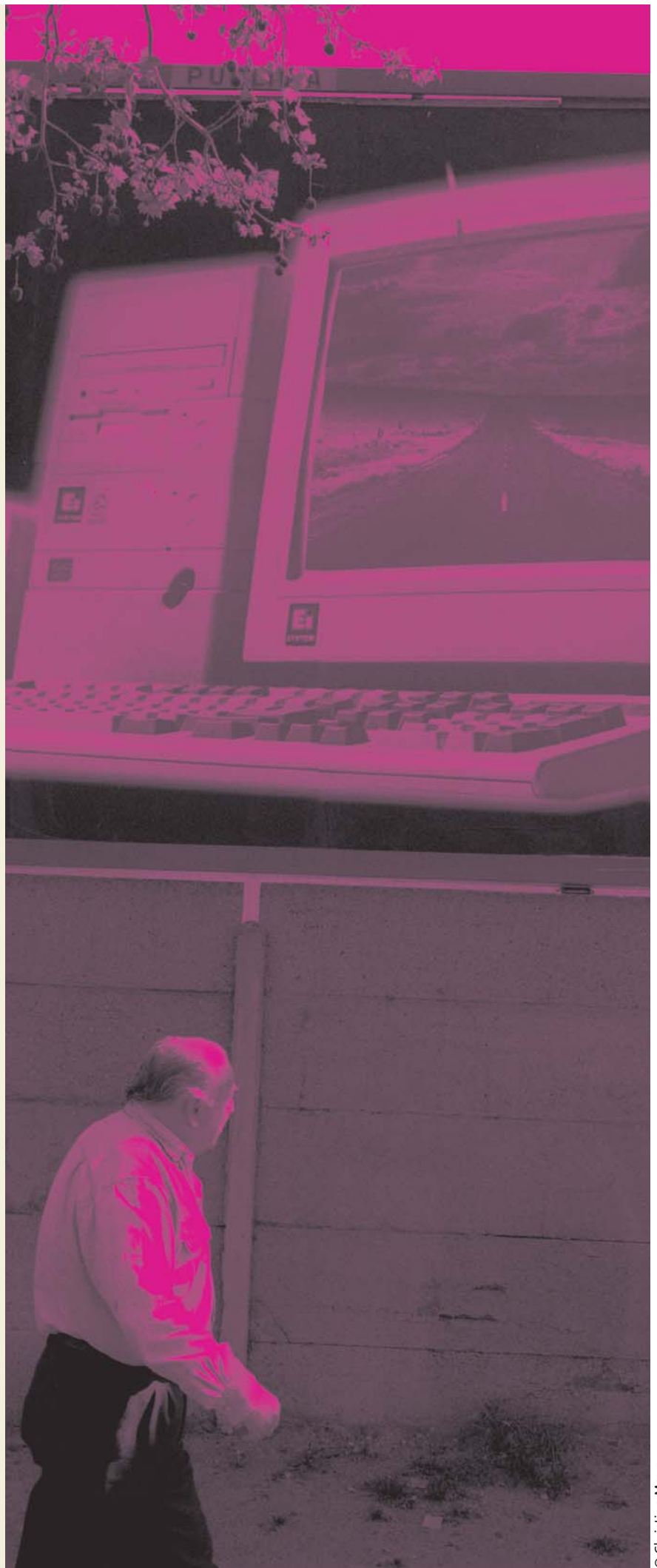
personas siguen viviendo en sus pueblos, ciudades y territorios, previamente existentes y urbanizados. Pero, además de habitar en los núcleos urbanos, los telepolitas pasamos varias horas diarias con la mente puesta en un nuevo espacio social, posibilitado por un sistema tecnológico muy distinto al de la arquitectura tradicional. Telépolis se superpone a las urbes, villas y aldeas, en el sentido literal del término “superponerse”. Sus grandes infraestructuras no las construyen albañiles ni carpinteros, sino ingenieros informáticos y de telecomunicaciones. Son los satélites, las redes telemáticas, la fibra óptica, las antenas de telefonía móvil, los repetidores de televisión, los cajeros automáticos, los ordenadores conectados a Internet, las televisiones, los teléfonos fijos y móviles, los módems, los puertos USB, los discos duros, los CD, los DVD, etc. Aunque el espacio electrónico no sea una yuxtaposición de territorios, sino de redes, la vida ciudadana es posible en el mundo digital. Telépolis se expande en las mentes humanas, no en el espacio físico.

Los seres humanos no se bastan por sí mismos en el nuevo espacio electrónico y generan una diversidad de profesiones. Los e-artesanos operan con intangibles, o, si se prefiere, con información y conocimiento. Un labrador electrónico no ara los campos, porque en Telépolis no hay tierra. Por eso se convierte en un procesador de información, en un gestor de una base de datos, en un editor digital. No se trata de alimentar el cuerpo con alimentos sólidos y bebidas, sino de nutrir la mente con información y, en el mejor de los casos, con conocimiento. Los nuevos agricultores son los proveedores de contenidos. En cuanto a los edificios, un albañil electrónico construye páginas web, es decir, telecasas (e-casas). En la página web personal uno puede poner el mobiliario electrónico que le guste: textos, música, fotos, dibujos animados, películas, etc. Los artesanos que construyen esos e-muebles renuevan la decoración de cuando en cuando. Actualizar una página web equivale a renovar la telecasa, instalar una contraseña es como poner una cerradura, utilizar un antivirus supone poner un perro o un gato que defienda el espacio doméstico de intrusos. Un sastre electrónico diseña avatares en Internet o cuida la imagen del político, cantante, deportista o presentador que sale en televisión. Casi todas las profesiones y formas de vida social típicas de una ciudad son posibles y viables en el mundo digital, incluyendo los arquitectos y urbanistas, que diseñan sus edificios y sus planes urbanísticos mediante ordenadores y simulaciones informáticas tridimensionales.

Múltiples argumentos contribuyen a afirmar que ya desde finales del siglo XX se está generando una nueva forma de organización social, telemática y en red, que puede ser concebida como una ciudad global, a distancia y electrónica. No es una pólis para la cohabitación física y corporal, pero sí para la *convivencia mental*. No hace falta mentar Internet para decirlo: la televisión es prueba suficiente de que millones de telespectadores de todo el mundo pueden tener su mente en un mismo lugar, sea éste un teleestadio, un teleespectáculo, un debate telepolítico, una teleguerra o un teleatentado terrorista. Si entendemos una ciudad como un complejo estructurado y duradero de actividades humanas que implican mutuo beneficio, en el espacio electrónico está construyéndose una ciudad telemática. 

Notas

- 1 Ver J. Echeverría, *Telépolis* (Barcelona, Destino, 1994) y *Los Señores del Aire: Telépolis y el Tercer Entorno* (Barcelona, Destino, 1999) para un desarrollo más amplio de estas propuestas.





Interpretando el siglo XX ¿Totalitarismo o biopolítica?

Texto **Roberto Esposito** Filósofo

La vida humana entrelaza lo público con lo privado, lo natural con lo artificial, lo teológico con lo político, en un vínculo que ninguna decisión de la mayoría puede deshacer. La insurrección de la vida en los dispositivos del poder señala el eclipse de la democracia, al menos de la que habíamos imaginado hasta ahora.

“Más aún que el petróleo, las armas, la democracia, la apuesta metafísica que el presente conflicto ha puesto en juego es la definición del sentido de la historia contemporánea”.

1. Para una interpretación política del siglo XX. ¿Qué quiere decir “interpretar”? ¿qué significado otorgarle? Es posible responder de dos maneras diferentes, y en cierto sentido opuestas. La primera es la solución clásica: consiste en leer los hechos de la historia de acuerdo con una clave interpretativa provista por la propia filosofía. Tal ha sido la práctica de los grandes filósofos del siglo XX, Husserl, Heidegger, Sartre –por citar sólo a los más célebres–, que fue señalada como la única que permitía comprender la esencia de la historia. Aquello que Husserl identificara con la crisis de las ciencias europeas, Heidegger con el desarrollo del nihilismo y Sartre con la liberación de los pueblos oprimidos.

En cualquier caso, el siglo XX se interpretó según las exigencias de una filosofía empeñada en proveerle un sentido y ordenar los acontecimientos en una sola dirección de avance. Entre filosofía e historia se determina así una relación externa, y en cierto modo, impositiva. Sólo a la filosofía compete la función de atribuir un significado de conjunto a una serie de acontecimientos que sin ella resultarían insensatos.

Esa primera respuesta, que auspició análisis que hicieron época, está cuestionada o contestada por otra que suprime o deroga la lógica. Es la segunda, que relaciona filosofía e historia en una función diferente, ya no encaminada a subordinar la dinámica histórica a las razones del pensamiento, sino a descubrir en ciertos sucesos, elementos o caracteres en sí mismos filosóficos. Así, el sentido de los acontecimientos ya no será impreso desde el exterior, según el punto de vista, o de acuerdo con la perspectiva filosófica de quien observa, sino que dicho sentido parecerá fluir de los propios sucesos, o establecerse por ellos –por su novedad, por su alcance, por su efecto–. Tal vez este cambio del punto de vista esté también en correspondencia con aquello que la gran filosofía del siglo XX –desde Heidegger hasta Wittgenstein, pero con Kojève incluido–, definió por una parte como “final de la filosofía”, y por otra como “final de la historia”. Lo que en verdad finalizaba era una manera de observar la historia como objeto de ejercicio filosófico. Se puede decir que a partir de entonces la historia ya no ha sido objeto sino sujeto de filosofía. De la misma manera que ésta dejó de ser la forma para convertirse en el contenido de la historia. Puesto que también los acontecimientos de nuestro presente son en sí mismos cargas de una cierta densidad filosófica, en adelante, el objetivo de la reflexión ya no consistirá en atribuir a la historia un sentido que se adecue a las hipótesis y desarrollos de aquella, sino en cotejarse con el significado que estuvo presente en los acontecimientos que se estudian, desde los orígenes. Y esto –cuidado–, no a causa de que la historia esté provista de un previo sentido único. Esa era precisamente la pretensión de todas las filosofías de la historia, cualesquiera que fuesen, progresistas o regresivas, ascendentes o descendentes. Por el contrario, dicho sentido es la resultante de la confrontación, del conflicto entre numerosos vectores de alta densidad en recíproca competición. Los acontecimientos con mayor carga de sentido –por ejemplo el ataque a las Torres Gemelas– son justo aquellos

que determinan un sorpresivo derrumbe del significado precedente, y de manera imprevista abren otra nueva fuente de significación. De este modo radical se comprende la expresión que postula que la historia contemporánea es eminentemente filosófica. No pretende decir que la historia sólo puede ser comprendida en su esencia desde el punto de vista de la filosofía y no desde otros más reduccionistas, como los de la economía, sociología o politología, como sostuviera Augusto Del Noce, de una manera precoz y desatendida, sino también que los acontecimientos decisivos –guerras mundiales, advenimientos técnicos, globalización, terrorismo...– son potencias filosóficas en lucha por la toma y el dominio del mundo; que compiten por la conquista de la interpretación dominante, es decir, de su significado definitivo. Por ello, más aún que el petróleo, las armas, la democracia, la apuesta metafísica que el presente conflicto ha puesto en juego es la definición del sentido de la historia contemporánea.

Dos modelos interpretativos

2. Intentaré relacionar estas dos modalidades de comprensión de la historia contemporánea –la correspondiente a la filosofía de la historia más tradicional y la de la historia como filosofía– con dos paradigmas hermenéuticos bastante confusos y superpuestos, y que sin embargo resultan radicalmente alternativos, en oposición, por sus hipótesis y efectos. Dichos paradigmas son el del totalitarismo y el de la biopolítica. No obstante las tentativas de reunirlos en un marco que haga de cada uno de ellos la continuación o confirmación del otro –ya en el sentido de un totalitarismo biopolítico o en el de una biopolítica totalitaria–, se trata de modelos interpretativos divergentes en el plano lógico, y además, destinados a excluirse uno al otro, porque en el fondo, más aún que en determinados contenidos, se contraponen en postulados que concierne a las relaciones entre filosofía e historia, y en el modo en que se piensa la historia de la y en la filosofía.

En la representación gráfica (eje de coordenadas) de la categoría de totalitarismo, la historia se inscribe a lo largo del ciclo cronológico. Éste resulta cortado por una escisión fundamental entre dos opciones, la democrática y la totalitaria. Estas dos se suceden o relevan, alternándose en el tiempo. A un largo período de completo desarrollo de la democracia liberal, en los decenios centrales del siglo pasado, sucede otro totalitario, tanto en occidente como en oriente, cada cual superado en dos continuaciones, en 1945 y en 1989, en cuyo transcurso se produce la victoria del modelo liberal democrático, que en la actualidad ya es hegemónico en Occidente. Lo que resulta es una doble configuración histórico filosófica. La historia moderna se sitúa a lo largo de una sola línea vertical, en primer lugar, ascendente y progresiva, y luego, a partir de los años 1920 del pasado siglo, regresiva y degradante, y por fin, en la segunda mitad de la centuria, resultará otra vez devuelta o reconducida a la buena dirección. Ello, a pesar de que en el presente afloran riesgos de involución, sobre todo en el mundo islámico. A esta fractura sobre el eje vertical de

coordinadas corresponde, sobre el horizontal, una profunda homogeneidad de las formas, contenidos, lenguajes, que parecen muy diferentes no sólo a los del nazismo y comunismo, superpuestos en un solo bloque conceptual, sino también a los del liberalismo y la democracia, homologados sin demasiados problemas con las exigencias de una filosofía de la historia más proclive a la asimilación que a la diferenciación. De hecho, para que el paradigma de totalitarismo pueda atribuirse a una filosofía de la historia más bien tradicional, se recurre de manera constante y contradictoria a la categoría de “origen”. No es casual que el vocablo aparezca en los títulos de dos de los textos más significativos: *Los orígenes del totalitarismo*, de Arendt, y *Los orígenes de la democracia totalitaria*, de Talmon. He allí un signo evidente de la inherencia de esta categoría que se quiere nueva, ni más ni menos que la de

“totalitarismo”, en un marco filosófico bien clásico. La mirada del intérprete busca el origen, y resulta absorbida por su investigación: ¿dónde nace, qué lo ha engendrado, cuál es el germen de cuanto el totalitarismo del siglo XX ha traído al mundo?

Ya en esta interrogación acerca del origen se hace patente la primera antinomia del paradigma en su totalidad: ¿cómo encontrar la génesis del fenómeno totalitario, cuando éste se declara inasimilable a toda otra forma de gobierno, sea cual fuere, como hace Hannah Arendt, y por ello, en consecuencia, ajeno a toda secuencia genética de tipo causal? ¿Por qué buscar el origen de aquello que parece no tener origen? ¿Cómo conciliar discontinuidad de principio –la absoluta novedad del evento totalitario– y continuidad de hecho, su procedencia de un origen?

El 9 de noviembre de 1989 se inició la apertura de la frontera interalemana de Berlín con el derribo de parte del muro, símbolo de la división de Europa y del mundo en dos bloques antagónicos. En la imagen, jóvenes derribándolo.

En la primera página, desfile de las SS en 1938.





© Prisma

Desfile militar en la Plaza Roja de Moscú, el 7 de noviembre de 1990.

Las estrategias de respuesta posibles son dos, y ambas, típicas del modelo historicista. La primera es la adoptada por H. Arendt, que hace remontar la entera tradición política occidental a una pérdida original, la de la polis griega. En la teoría arendtiana, dicha pérdida determina en el período siguiente una despolitización que ha de confluir en la desviación antipolítica del dominio totalitario. El totalitarismo del siglo XX, comprendido como una dinámica, y como una lógica unitaria en sí misma, termina pareciendo una resultante que aunque no fuera inexorable de antemano, se hizo inevitable de hecho, cuando concurren ciertas condiciones o circunstancias, de una lógica semejante a la que conduce a la modernidad en su conjunto¹. Es verdad que para H. Arendt, entre ambos segmentos siempre se determina una imprevista aceleración que diferencia a los connotados, que se sitúan sobre una sola línea de desarrollo, para precipitarse al final en el abismo de Auschwitz y de Kolyma. También se sostiene, con torpeza, que fue Hobbes quien “proveyó al pensamiento político la hipótesis de todas las teorías raciales” (H. Arendt, 1998).

En cambio el otro camino, recorrido por Talmon, y luego, aunque de otra manera, también por François Furet (F. Furet, 1995), es el que consiste en buscar el origen del totalitarismo en el interior de la propia tradición democrática a la cual debe oponerse. También en este caso el totalitarismo se caracteriza como una enfermedad originaria situada si ya no en Hobbes² o en Rousseau, en el acontecimiento decisivo y connotante de la modernidad: en la Revolución Francesa. De este modo, el paradigma en cuestión queda encerrado en una segunda antinomia no menos relevante que la primera: si la referencia a la

Revolución Francesa, es decir, al experimento de la más radical democratización política, pudo valer para el comunismo, ¿cómo explicar también al nazismo con ella?

Una dificultad, un fallo lógico, al cual ni siquiera consiguió sustraerse el gran ensayo de H. Arendt, que está dividido en dos partes: la primera, una magistral reconstrucción genealógica del antisemitismo nazi que se remonta a los años de la guerra, y la segunda donde se compara aquél con el comunismo stalinista, una parte más pobre, y sin duda influida por la atmósfera de la incipiente guerra fría. El motivo de esta deformidad, tal vez relacionada con la clausura de los archivos soviéticos, concierne al punto crítico del modelo interpretativo en su conjunto: la dificultad de encontrar las raíces del comunismo soviético en la misma desviación del proceso crítico degenerativo que convirtió al estado nación en imperialismo colonial, hasta la explosión del racismo biológico que condujo al nazismo. ¿Cómo incluir en un mismo marco, en un horizonte único de categorías, una concepción hipernaturalista, como es la nazi, con el paroxismo historicista del comunismo?

¿Qué tienen que ver, desde el punto de vista filosófico, una teoría de la igualdad absoluta –que tal es al menos por sus principios el comunismo– con una teoría, y más aún, con una práctica de la diferencia absoluta como ha sido el nazismo?

Un dibujo monocromo basado en una oposición vertical única entre el período de la democracia y el período del totalitarismo parece prevalecer sobre las grandes cesuras lógicas, categoriales y lingüísticas, que cortan la historia moderna dibujando el paradigma del totalitarismo como una apretada trama de inescrutable complejidad. No es por azar, sino justo por esa dificultad lógico histórica que la obra de



© Prisma

Toma de Berlín por el ejército soviético, el 2 de mayo de 1945. Imagen del soldado Georgier Militon Kantarija izando la bandera soviética en el edificio del Reichstag.

H. Arendt sigue siendo un gran libro sobre el nazismo, así como los de Aron, Talmon y Furet serán sólo libros sobre el comunismo. El motivo de tal elección –en verdad, de tal necesidad– que aparta del discurso el otro polo del paradigma, ya estaba señalado por Aron en su ensayo sobre *Democracia y totalitarismo*, es el hecho de que el intérprete se interesa sólo en los regímenes que se declaran democráticos cuando por el contrario más bien acabaron siendo perversas desviaciones de la democracia (R. Aron, 1973). Tanto Talmon como Furet, pero también Gauchet (M. Gauchet, 1976) y Lefort (C. Lefort, 1990), convalidan esta tesis de Aron: el totalitarismo de izquierdas nace de una costilla enferma de la democracia, y no del exterior de ésta. Más aún, el régimen totalitario no procede de un defecto sino de lo contrario, de un exceso, de una sobreabundancia de democracia –de una democracia tan radical, extrema, absoluta, tan llena de sustancia igualitaria, como para romper los propios límites formales y hacer implosión, transmutarse en su propio opuesto. El comunismo –postula la tesis de Gauchet– se instituye mediante una inversión perversa del modelo democrático, cuyos rasgos deforma de manera fantasmal, pero siempre desde el interior, desde los presupuestos de dicho modelo. Allí se unen y confunden el sueño utópico y el demonio de la democracia poseída. En este punto, la cadena de aporías del paradigma del totalitarismo resulta evidente. Si el comunismo no solo se sitúa en el horizonte conceptual de la democracia heredada de la revolución francesa, sino que además en cierto sentido conduce a ésta hasta su culminación³ y sólo de ese modo a su disolución; si está ligado a esa revolución en su génesis y en su excedencia igualitaria,

¿cómo se puede sostener la discriminación entre totalitarismo y democracia, sobre la cual se funda la totalidad del discurso? Se puede de la misma manera que el totalitarismo ha sido capaz de convertirse en lo opuesto de aquello que le diera nacimiento. En segundo lugar, si semejante relación antinómica con la democracia pudo valer para el comunismo, no vale para el nazismo por cierto, que de manera coherente ha sido excluido del cuadro analítico por todos estos autores. Pero a este caso se acomoda menos la propia consistencia lógica de la categoría de totalitarismo. Ya vacilante en el plano histórico, también se derrumba sobre las hipótesis filosóficas de las que parecía extraer su última garantía.

Partir de los acontecimientos concretos

3. A diferencia del paradigma del totalitarismo, el de la biopolítica no parte de una hipótesis filosófica –de una forma cualesquiera de filosofía de la historia–, sino de los acontecimientos concretos. No sólo de los hechos, también de los lenguajes efectivos que los hacen comprensibles. Aún más que el análisis de Foucault (cfr. M. Foucault, 2006) y la genealogía de Nietzsche, y en particular a la deconstrucción del concepto de origen de éste –aquél origen que todavía buscaban los teóricos del totalitarismo–, se necesita cambiar el punto de vista para encontrar la perspectiva que se adecue a esta nueva mirada. Si no existe un origen unívoco del proceso histórico, si éste no es único, porque se duplica o multiplica en muchos, de modo que éstos ya no son definibles como tales –como explica Nietzsche en radical contraste con todas las formas de historicismo filosófico–, en tal caso, todos los sucesos históricos de Occidente resultarán en apariencia irre-

“El siglo XX resume el transcurso completo de la modernidad, no determinada ni decidida por la antítesis entre totalitarismo y democracia, sino por aquella mucho más profunda entre historia y naturaleza”.

ductibles a la linealidad de la perspectiva única. La entera interpretación de la modernidad resulta profundamente alterada. Y en consecuencia, caen todas las posibilidades de lectura unificada, cualesquiera que fuesen, en favor de un cuadro dividido por cortes horizontales y verticales que rompen con todo postulado continuista. Además, aquella lectura que en el paradigma precedente se configuraba como un hecho completamente consumado –como un saber adquirido–, del singular lenguaje de la política, ahora se dilata en una relación más amplia, que es una resultante del encuentro, del desencuentro o de la yuxtaposición con otros léxicos disciplinarios que interactúan y se contaminan entre sí con efec-

tos inéditos. La irrupción en la escena de la vida biológica, en lugar de predisponer al conjunto de la filosofía moderna hacia una sola desviación despolitizadora –tal como ocurre en el modelo arendtiano–, descompone la escena reordenándola de acuerdo con diferentes vectores de sentido que se acumulan o compenetran sin confundirse o unificarse en una sola dirección de flujo. La fuerza de la perspectiva biopolítica reside en verdad en la capacidad de leer esta trampa y este conflicto, esta desviación y esta implicación; el resultado poderosamente antinómico de la encrucijada entre lenguajes heterogéneos en su origen, como son el político y el biológico. ¿Qué sucede cuando un “afuera” –la vida– irrumpe en la

Sesión de control al Gobierno español en el Congreso de los Diputados.



esfera de lo político haciendo estallar la pretendida autonomía, desplazando el discurso a un terreno irreductible a los términos tradicionales –democracia, poder, ideología–, de la filosofía política moderna?

El fenómeno del nazismo está situado en este marco, en el cual también se estudia su radical heterogeneidad. Sin necesidad de llegar a interpretaciones más recientes, un testimonio libre de toda sospecha de simpatías izquierdistas, como el de Ernst Nolte, caracterizaba la falacia teórica de situar en el mismo plano léxico una ideología como es la comunista –en verdad catastrófica por sus consecuencias políticas–, con algo como el nazismo, que por supuesto no puede entrar en la misma categoría desde ningún punto de vista (E. Nolte, 1995). En contra de lo que pensaba H. Arendt, el nazismo no es una “ideología”, porque pertenece a una dimensión inferior y diferente de la que contiene a las “ideas”, en la cual nace en cambio el comunismo marxista. El nazismo no es una especie diferente en el seno de un mismo género, el de lo totalitario, porque se sitúa en el exterior de la tradición occidental que incluye como su última estribación también la filosofía del comunismo. En contra de tales tradiciones, unificadas más allá de sus diferencias internas, a causa de una referencia común a una idea universal de tipo trascendente, el nazismo elabora una concepción radicalmente diferente que ya no tiene necesidad de legitimarse con una idea, cualesquiera sea ésta, porque encuentra el fundamento intrínseco en la mera fuerza material. Ésta a su vez no es el producto –contingente o necesario– de una historia que define la relación entre los hombres en base a sus libres decisiones o, como considera la doctrina comunista, de sus condiciones sociales, sino un dato absolutamente natural que se atiene a la sola esfera biológica. Reconocer en el nazismo la tentativa, única en su género, de liberar los rasgos naturales de la existencia de su peculiaridad histórica, significa derribar la tesis arendtiana de la yuxtaposición totalitaria de la filosofía de la naturaleza con la de la historia. Y más aún: identificar el punto ciego en su carácter inasimilable, y por lo tanto la impracticabilidad filosófica de la noción de totalitarismo.

Antítesis entre historia y naturaleza

El siglo XX, examinado desde el punto de vista biopolítico, resume el transcurso completo de la modernidad, no determinada ni decidida por la antítesis superficial y contradictoria entre totalitarismo y democracia, sino por aquella mucho más profunda –puesto que concierne al ámbito de la conservación de la vida–, entre historia y naturaleza, entre historización de la naturaleza y naturalización de la historia. Mucho más profunda, quiero decir, porque no puede referirse a una bipolaridad simétrica, por el hecho de que dicha naturaleza –comprendida en sentido biológico, como lo ha hecho el nazismo– no es una antihistoria, una filosofía o una ideología opuesta a la de la historia, sino una no filosofía y una no ideología. No una filosofía política sino una biología política, una política de la vida y sobre la vida, invertida en su contrario, y en consecuencia productora de muerte. Como ya escribía Levinas en los años 1930, en el nazismo “lo biológico, con toda la facilidad que ello comporta, se convierte en mucho más que un objeto de la vida espiritual, se transforma en el corazón” (E. Levinas, 1996, p. 31). Y dicho elemento inmediatamente bio, es decir, tanatopolítico del nazismo –y no el número de sus víctimas, que es menor que el de las producidas por el estalinismo comunista– es lo que hace histórica y teóricamente inservible la categoría de totalitarismo.

4. La implosión del sistema comunista que puso fin a la guerra fría y la posterior explosión del terrorismo⁴ han gestado la ilusión del retorno al viejo léxico político anterior a los llamados totalitarismos. Sin embargo, en la actualidad el conflicto de la biopolítica se nos presenta aún con mayor crudeza.

Desde esta óptica, el final de la Segunda Guerra Mundial no indica en el plano del lenguaje ni en el de la práctica material, la victoria de la alianza entre democracia y comunismo, sino la de un liberalismo situado en el mismo régimen biopolítico, que al decaer en su modalidad opuesta, había dado lugar al nazismo. Quiero decir que el nazismo sale de la guerra definitivamente derrotado en los planos militar y político, pero no del todo en el cultural y lingüístico, ya que la centralidad del bios como objeto y sujeto de la política resulta confirmada, aunque metamorfoseada en clave liberal, lo cual significa apropiaciones y posibles modificaciones del cuerpo ya no por parte del Estado sino del individuo propietario de sí mismo. Si para el nazismo el hombre es el mero cuerpo, y sólo eso, para el liberalismo, a partir de Locke, el hombre tiene, posee su propio cuerpo, y por lo tanto puede usarlo, transformarlo, venderlo como un esclavo interior. En este sentido el liberalismo –me refiero a sus categorías conceptuales–, invierte la perspectiva nazi, transfiriendo la propiedad del cuerpo del Estado al individuo, pero en el interior del mismo léxico biopolítico. El carácter biopolítico del liberalismo es justo lo que le diferencia de la democracia. Con una exageración no del todo injustificada, podemos decir que el motivo por el cual después de los llamados totalitarismos no es posible retornar al liberalismo democrático, reside en el hecho de que éste último nunca ha existido como tal. Igual que se deconstruyó la asimilación de nazismo y comunismo en la categoría de totalitarismo, con la misma claridad se cuestiona la noción de liberalismo democrático. La ideología del liberalismo, en su lógica, hipótesis y lenguaje conceptual –particularista, contraigualitario, y en ocasiones también naturalista–, si bien no es la negación de la democracia, que tiende a la universalidad y es igualitarista, es muy diferente de ésta, como bien señala Carl Schmitt en un gran ensayo de los años 1920 sobre parlamentarismo y democracia (C. Schmitt, 2002). Si adoptamos una representación de la modernidad que no sea de tipo historicista, en otras palabras, si rechazamos la idea de una sucesión cronológica entre regímenes demoliberales y totalitarios, en favor de una representación diferente, digamos, genealógica o topológica, veremos que el verdadero corte, la discriminación conceptualmente significativa, no es la vertical entre totalitarismo y demoliberalismo, sino la horizontal y transversal, entre democracia y comunismo por un lado –el comunismo como consumación paroxística del igualitarismo democrático– y biopolítica por el otro. Bifurcada ésta en dos formas antitéticas, aunque no inconexas, que son nazismo y liberalismo: biopolítica de Estado y biopolítica individual.

Además, el propio Foucault advirtió el carácter biopolítico del liberalismo (M. Foucault, 1999), situándolo en el plano del gobierno de la vida, y como tal, opuesto, o al menos extraño a los procedimientos universalistas de la democracia. La democracia, al menos aquella que se autodeclara como tal –fundada sobre la primacía de las leyes abstractas y la igualdad de derechos de los individuos dotados de razón y voluntad–, se terminó en los años 1920 y 1930, ya no es reconstruible, y mucho menos exportable. Si se reduce el régimen democrático sólo a la presencia de más partidos en competencia formal, y al método electoral para formar mayorías de gobierno, siempre puede sostenerse, como se ha hecho hace poco, que el



“Estoy aludiendo a un profundo desgarramiento del propio horizonte democrático. Esto se ve tan pronto como nos desplazamos del plano formal al material de los actuales regímenes políticos”.

número de las democracias en el mundo está en constante aumento. Pero así se pierde de vista la transformación radical que la invistiera, arrastrándola a una órbita semántica irreductible a cuanto presupone el concepto de democracia. Cuidado: al sostener esta tesis no me refiero a disfunciones, defectos, límites, contradicciones por sí mismas implícitas en toda forma política de gobierno, imperfecta e incompleta por necesidad. Sino que estoy aludiendo a un profundo desgarramiento del propio horizonte democrático. Esto se ve tan pronto como nos desplazamos del plano formal al material de los actuales regímenes políticos. Es verdad que la democracia en cuanto tal no tiene “contenidos”: es una técnica, un conjunto de normas destinadas a distribuir el poder de manera proporcional a la voluntad de los electores. Pero es justo por eso que hace explosión o implosión en el momento en que se llena de una sustancia que no puede contener sin transformarse en otra cosa radicalmente diferente.

Es la vida biológica, individual y de la población, lo que se instala en el centro de todas las decisiones políticas significativas. Eso no significa que en la confrontación y el choque entre las fuerzas políticas no estén en juego también otras opciones que conciernen a las relaciones internacionales, orden interno, modelo de desarrollo económico, definiciones de los derechos civiles... Pero el elemento detonante en relación con el marco democrático tradicional, consiste en que todas estas opciones se refieren sin mediación alguna al cuerpo de los ciudadanos.

Si se considera que en nuestro propio país las normas que más han interesado a la opinión pública son las relacionadas con la prohibición de fumar, con las drogas, con la seguridad vial, con la inmigración, con la fecundación artificial, se puede apreciar el volumen y también la dirección de este cambio de paradigma: el modelo de la curación sanitaria se ha convertido no sólo en el objeto privilegiado sino en la propia forma de la vida política; y además, de una política que sólo en la vida encuentra la única fuente de legitimación posible. Y cuanto mueve a interpelar a los ciudadanos, o de todas maneras interesa a éstos, son temas relativos a la conservación, los límites o la exclusión de los propios cuerpos. Pero he aquí el punto decisivo: en el momento en el que el cuerpo vivo, o moribundo, se convierte en el epicentro simbólico y material de las dinámicas y conflictos políticos, se entra en una dimensión que no está “después” o “más allá”, como suele decirse, sino decididamente fuera de la democracia. No sólo en sus procedimientos sino también en su lenguaje y estructura conceptual. Se trata siempre de rebelión contra un conjunto de sujetos igualados justo por el hecho de estar separados del propio cuerpo, es decir, considerados puros átomos lógicos dotados de voluntad racional. Este elemento de abstracción o despojo del cuerpo resuena en las propuestas que quieren a la persona en el centro de la práctica democrática. En ellas, la palabra “persona”, de acuerdo con el alcance original del vocablo, significa una subjetividad desencarnada, algo que es diferente al conjunto de impulsos, necesidades y deseos congregados en la

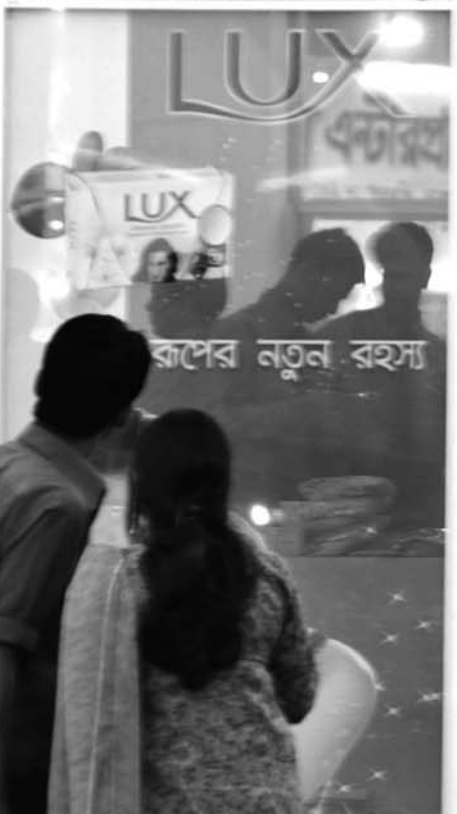
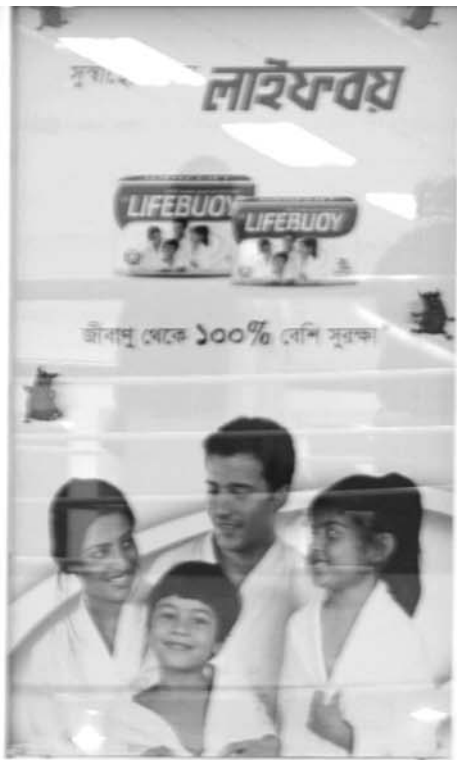
dimensión corporal (Cf. R. Esposito, 2007). Cuando con el viraje biopolítico que reseñamos, hasta esta misma dimensión corpórea se convierte en interlocutor real del gobierno -sujeto y objeto a la vez-, se pone en entredicho ante todo el principio de igualdad, inaplicable a algo como los cuerpos -cada uno de ellos diferente de los otros-, según criterios que se redefinen y modifican de tanto en tanto. Pero además del principio de igualdad se cuestionan toda una serie de diferencias u oposiciones en las cuales se basa más aún que la democracia, la entera concepción política de la modernidad, y cuanto ésta genera en los planos público, privado, cultural y natural, jurídico, teológico...

En el momento en que el cuerpo sustituye o “llena” la subjetividad abstracta de la persona jurídica, se hace difícil, si no imposible diferenciar lo que concierne a las esferas pública o privada. Y también, en general, cuanto pertenece al orden natural y cuanto depende de la intervención técnica, con todas las implicaciones éticas y religiosas que esta opción comporta.

El motivo de esas imprecisiones, y las incorregibles molestias que determinan, es que la vida humana entrelaza lo público con lo privado, lo natural con lo artificial, lo teológico con lo político, en un vínculo que ninguna decisión de la mayoría puede deshacer. De ahí que su centralidad no resulte compatible con el léxico conceptual de la democracia. En contra de cuanto podría imaginarse, la insurrección de la vida en los dispositivos del poder señala el eclipse de la democracia, al menos de la que habíamos imaginado hasta ahora. Eso no quiere decir que no pueda imaginarse otro tipo, compatible con la ya irreversible emergencia biopolítica en curso. ¿Pero dónde buscar, cómo pensar lo que significa hoy una democracia biopolítica o una biopolítica democrática, capaz de ejercitarse si no en los cuerpos, cuando menos a favor de éstos? ¿Es difícil aconsejar un modelo definido? Por el momento sólo es posible vislumbrarlo. Lo cierto es que para activar una corriente de pensamiento en tal dirección, es necesario deshacerse de todas las viejas filosofías de la historia y de todos los paradigmas conceptuales que nos devuelven a ellas. **M**

Notas del traductor

- 1 En su libros *Immunitas. Protezione e negazione della vita* (Einaudi, Turín 2002) y *Bios. Biopolítica e filosofía* (Einaudi, Turín 2004), el autor sostiene justamente que el bios es la lógica política de la modernidad.
- 2 Thomas Hobbes (Inglaterra 1588-1679) es el filósofo que instala el tema de la protección, conservación y reproducción de la vida en el centro de la teoría y de la práctica política (cf. *Leviathan*, 1651, *De corpore*, 1655). Para R. Esposito las categorías del autor y quienes le suceden (cf. “soberanía”, “individuo”), en verdad sólo encubren el objetivo biopolítico de protección de la vida humana contra las amenazas violentas.
- 3 El comunismo se propuso siempre como cúspide de la Igualdad, Fraternidad y Libertad.
- 4 El apacible y repentino desplome del bloque soviético es implosivo, los atentados islamistas del 11/3/2001, y la ofensiva posterior, explosivos.



Obras citadas

- H. Arendt: *Los orígenes del totalitarismo*, 1998, Madrid, Taurus Ediciones.
- R. Aron: *Teoria dei regimi politici*, 1973, Milán, Ed. Comunità.
- A. del Noce: *L'interpretazione transpolitica della storia contemporanea*, 1982, Nápoles, Ed. Guida.
- R. Esposito: *Terza persona. Politica della vita e filosofia dell'impersonale*, 2007, Turín, Ed. Einaudi.
- M. Foucault: *Seguridad, territorio, población*, 2006, Buenos Aires, FCE.
- M. Foucault: *Nacimiento de la biopolítica, en Obras esenciales III. Estética, ética y hermenéutica*, 1999, Barcelona, Paidós.
- F. Furet: *El pasado de una ilusión*, 1995, Madrid, FCE España.
- M. Gauchet: "L'expérience totalitaire et la pensée de la politique", 1976, en la revista *Esprit*, números 7 y 8.
- C. Lefort: *La invención democrática*, 1990, Buenos Aires, Nueva Visión.
- E. Levinas: *Alcune riflessioni sulla filosofia dell'hitlerismo*, 1996, Macerata, Ed. Quodlibet.
- E. Nolte, *La guerra civil europea 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*, 1995, Madrid, FCE.
- C. Schmitt: *Sobre el parlamentarismo*, 2002, Madrid, Ed. Tecnos.
- J. Talmon: *Los orígenes de la democracia totalitaria*, 1956, Madrid, Aguilar de Ediciones.





(Mal)vivir en la ciudad

Cuatro catas en el malestar social



(Mal)vivir en la ciudad

Inmigración

Aprender a valorar la diversidad que aporta la inmigración es un proceso lento. Los extranjeros extracomunitarios malviven en una sociedad que ven extraña y que los considera como unos extraños.

Un paseo por los barrios de población inmigrante

Texto **Gabriel Pernau** Periodista

Cualquier persona que abandona su país en busca de un futuro mejor recurre a los medios que hagan falta para llegar a su destino. Cuando por fin pisa la tierra deseada, la realidad no siempre coincide con lo que se había imaginado. Se tiene que enfrentar a un montón de problemas nuevos para los que, con frecuencia, no está preparado. Después de realizar un viaje de miles de kilómetros, plagado de dificultades, descubre lo que supone cambiar de sociedad: problemas para entenderse con la gente, dificultades para regularizar su situación, para encontrar un lugar en el que dormir, para trabajar... Un largo paseo por Barcelona nos llevará por algunos de los infinitos y cambiantes escenarios en los que viven, trabajan o se divierten aquellos hombres y mujeres a los que denominamos inmigrantes.

La ruta comienza en una estación, que es donde casi siempre comienzan o acaban los caminos de la inmigración.

En los alrededores de la estación de autobuses de Sants el viento sopla con rabia esta mañana. Faltan pocos minutos para que el autocar de la compañía Eurolines con destino a Roma se ponga en marcha. Una quincena de pasajeros esperan a que se abran las puertas para ocupar su asiento. El grupo es multinacional. Hay una pareja joven de andinos que mira a los que están a su alrededor con cara de temor. A su derecha, cinco hombres del este de Europa, vestidos con cazadoras tejanas y chándales, fuman un cigarrillo tras otro. Sentado en la baranda, un subsahariano negrísimo mueve la cabeza adelante y atrás de forma sincopada al ritmo que le marca la música que escucha a través de unos auriculares. Entre todos ellos, unos cuantos jóvenes europeos, catalanes o italianos, que van o vuelven de vacaciones o de visitar a los suyos. Y un poco apartadas del grupo, dos chicas magrebíes, de piel muy clara, que hablan continuamente en voz baja.

El rostro de cada extracomunitario esconde una historia ligada a la inmigración. Unos viven en Barcelona, otros, en Roma, y unos terceros, posiblemente ni aquí ni allá. Sencillamente van de un lado a otro, buscando, sin acabar de encontrarlo, su soñado

Eldorado. Y lo hacen en autobús, porque, a diferencia del tren o del avión, en los desplazamientos por carretera no hay que dar demasiadas explicaciones.

Y el viento sigue soplando. Una racha huracanada azota de repente al grupo que espera el autobús, y las personas que lo integran se apiñan de forma instintiva, como si trataran de encontrar un poco de calor unos con otros.

La estación es el símbolo de lo que son, hoy, los países de la nueva Europa que se está configurando. Una Europa que se transforma a toda velocidad y que, cuando se mira en el espejo, apenas se reconoce. Pero también una Europa que aprende, de forma acelerada, a vivir y a valorar la diversidad.

El proceso es lento, de cualquier modo. Los extranjeros extracomunitarios malviven en una sociedad que ven extraña y que, al mismo tiempo, los ve como unos extraños. Especialmente en el caso de los que acaban de llegar, los problemas se acumulan. Javier Bonomi, presidente de Fedelatina, una federación de entidades latinoamericanas, relativiza estas dificultades. “Malvivir en Barcelona es bien vivir en otro lugar”.

Bonomi pone el ejemplo del boliviano marginal que subsiste con un sueldo de 500 euros. Esta persona pasa el mes con 300 euros. Duerme en una habitación compartida con otras personas en su misma situación, que le cuesta 150 o 200 euros, va a pie al trabajo, come en los comedores asistenciales y no tiene absolutamente ningún gasto superfluo. De este modo, ahorra 200 euros cada mes, que envía sin falta a su país. Y esta cantidad, de un valor considerable en la Bolivia actual, sirve para que su hijo tenga material escolar, unas zapatillas de marca o para pagar las medicinas de un familiar enfermo. “Lo que en el primer mundo es pobreza, en el tercer mundo es riqueza”, asegura Bonomi.

Nuestro itinerario continúa por la calle Rocafort abajo. A la altura de Diputació, nos detenemos ante el consulado de Marruecos. Como cada mañana, la esquina está llena de magrebíes que han venido a renovar su pasaporte o el documento de



© Juan Miguel Morales

identidad. En el interior de la legación consular, unas decenas de hombres hacen cola delante del mostrador. Se pueden ver caras de sumisión y paciencia forzadas. La mayoría ha tenido que pedir un día de fiesta para poder estar aquí hoy. Es una de las muchas colas que tiene que hacer el inmigrante. Para regularizar la situación hay que conseguir papeles, y para disponer de papeles hay que hacer muchas colas: colas para empadronarse, colas para conseguir la tarjeta de residencia, colas para conseguir un permiso de trabajo, colas para no perder la ciudadanía de tu país de procedencia o, sencillamente, para ir de vacaciones.

En la calle, un joven nos da publicidad del restaurante Marrakech y nos explica, en árabe, todas las delicias marroquíes que podemos probar allí. Justo enfrente del consulado ha abierto un gabinete de traducciones juradas cuyas fotocopiadoras están que arden ya a esta hora de la mañana.

“Paseo de La Habana”

Hassan Jaili, de 26 años, se encuentra en medio de este ajetreo de gente. Moviéndose en una silla de ruedas, espera a que los transeúntes le den algunas monedas. Hassan no tiene trabajo, ni papeles, ni la posibilidad de conseguir cualquiera de las dos cosas. Sufre una enfermedad degenerativa que le afecta a la circulación y que lo está dejando sin piernas.

Hace ocho años que este joven está en España. Cuenta que estuvo trabajando en Canarias, recogiendo plátanos, hasta que le detectaron la enfermedad. De eso hace ya cuatro años. Decidió venir a Barcelona, donde lo han operado dos veces. Pero su mal es incurable, y lo sabe.

Tiene asegurada la asistencia sanitaria, pero es lo único con lo que puede contar. Sin pensión de ningún tipo ni familiares a su lado, tiene que vivir de la caridad pública. Cuando se queda sin

dinero, se acerca al consulado a ver que cae. Lo hace dos o tres veces por semana. Hasta que los funcionarios marroquíes le gritan para que se marche. No lo quieren ver por allí. Ofrece una mala imagen de su país.

Hassan vive en una casa de segunda mano de la Zona Franca.

–¿Te encuentras bien allí?, le preguntamos.

–Sí –responde poco convencido–, pero hace frío.

–¿Y los barceloneses te ayudan?

Precisamente en ese momento una señora que ha bajado a pasear al perro le deja un euro en la mano, y Hassan esboza por primera vez una luminosa sonrisa de agradecimiento.

Seguimos Rocafort abajo, atravesamos el Paral·lel y en cinco minutos llegamos a la calle Blai, en el Poble Sec. El barrio ha experimentado una gran transformación en los últimos años. Paquistaníes, marroquíes, dominicanos... El Poble Sec se está convirtiendo en una confluencia de nacionalidades. Y los vecinos, que también tienen muchas historias que explicar relacionadas con la inmigración de hace treinta, cuarenta o cincuenta años, han bautizado la calle Blai con un sobrenombre cariñoso: Paseo de la Habana.

El Paseo de La Habana es peatonal y a cualquier hora reina una animación espontánea y multicolor. Los juegos de pelota infantiles son multirraciales, aquí y allá se pueden ver paquistaníes que charlan muy seriamente y en cualquier momento aparece una caribeña que luce muy orgullosa su obesidad bajo unas mallas blancas ajustadas.

La vida está en la calle. Los comercios en manos de personas de origen inmigrante son mayoría. Las carnicerías halal y los locutorios conviven con los restaurantes gallegos O’Caballino o La Villa, con la frutería Rosita o la tienda de mascotas El Desig de la Maria. Paquistaníes (1.326 personas), marroquíes (995), ecuatorianos

“El porcentaje de población de origen extranjero en el Poble Sec es del 27%. El sector crece rápidamente, y entre los lectores de la Biblioteca se cuentan 83 nacionalidades diferentes”.

(902), filipinos (703) y dominicanos (689) son los colectivos más numerosos del barrio.

Y precisamente en manos paquistaníes están muchos de los negocios de la calle Blai. Mohamed Akram Baig (40 años), de Islamabad, llegó a Barcelona hace seis años. Comenzó repartiendo publicidad, pero al cabo de cuatro meses ya tenía una tienda de alimentación en la calle Poeta Cabanyes. Después abrió un establecimiento que vende shawarma y pizza en el Paseo de La Habana número 11, dos años más tarde un locutorio justo enfrente, en el número 13, y no tardó mucho en inaugurar una carnicería en el 12 bis.

Mohamed está hecho un *businessman*. Su última iniciativa es una empresa constructora, de manera que no tiene tiempo para otras cosas. Su vida está constituida por los negocios, a los que dedica más de doce horas diarias, y está encantado. Dice que no es difícil vivir en Cataluña, que tiene muchos amigos, que la gente es amable y que tiene buenas relaciones con todo el mundo. ¿El idioma? Ningún problema. Este hombre de manos inmensas y gesto bondadoso esquivo las dificultades. Prefiere dedicar el tiempo a relacionarse con la gente y a formarse. Aprendió castellano en seis meses, en una escuela para adultos. “¿Tienes hambre? Ven, que te invito a comer.”

Mirca Baig (29 años) también es paquistaní y hace un año que llegó a Cataluña. Pasa la mayor parte del tiempo en la agencia de viajes en la que trabaja, Chaudhry Travels, donde todos los clientes son compatriotas. Así que casi no entiende castellano.

Vive con otros paquistaníes en un piso del Poble Sec. La habitación le cuesta 200 euros cada mes, a los que tiene que sumar 150 más para la manutención. El transporte, el gimnasio y el tabaco –“mi vicio”– le suponen 200 euros extras mensuales, y todavía le sobra algún dinero para ahorrar o para enviar a su país.

Piso compartido

La oficina de Mirca es oscura y carente de cualquier ornamento. Tiene una mesa, unas sillas, un ordenador y poco más. Se diría que está en la misma situación en la que la dejó el anterior inquilino. El chico fuma sin parar, con el cenicero oculto de miradas indiscretas. Aquí, completamente solo, pasa seis días a la semana, atendiendo el teléfono y las visitas.

Y los domingos descubre lo extraños que llegan a ser los catalanes. Hay dos cosas que Mirca no consigue entender desde que llegó: la primera, que un desconocido le pida un cigarrillo por la calle –le pasa a menudo, y lo considera una falta de civilización–; la segunda, que los jóvenes no cedan los asientos a los ancianos en el metro.

Los días de fiesta no son muy especiales para él. Duerme más que los demás días: se levanta a las nueve o a las diez de la mañana

en lugar de hacerlo a las seis; cocina para sus compañeros de piso –cada día cocina uno diferente–; y sale a la calle para que le dé el aire.

Bertrand Ezeema es senegalés y regenta el locutorio Global Intercom en el número 41 de la calle Blai. “El negocio ya no es lo que era –dice–; hay mucha competencia”. Y tiene razón, porque en la misma calle hay cuatro o cinco más. Todos anuncian sus tarifas y las tarjetas que venden para llamar por teléfono a más de medio mundo globalizado: World Call, Philippines Card, Globalia, Africa Call, Latino Link...

Pero Bertrand va tirando. Hace nueve años que está en España y antes había vivido en Ucrania, un país no demasiado rico. “Como cualquier otro”, aclara, desganado, el hombre. Y cuando se da cuenta de que se le preguntan demasiados detalles sobre su vida, da por acabada la conversación.

El envío de dinero de los inmigrantes a sus países de origen se ha convertido en un gran negocio para muchas entidades bancarias. En el Paseo de La Habana, esquina con Blasco de Garay, hay una oficina de Dinero Express, una filial del BBVA. Los cuatro trabajadores de la oficina son peruano, ecuatoriano, marroquí y dominicano y se turnan para cubrir todo el horario comercial.

La presencia de trabajadores de origen extranjero garantiza a la clientela un trato más cercano. “Tienen miedo de ir a los bancos –revela uno de los operarios–, sobre todo los que acaban de llegar”.

Como en cualquier lugar que ha recibido una oleada de población extranjera, los que llegaron primero miran con recelo a los recién llegados. Los vecinos del barrio donde nació Joan Manuel Serrat no ven ventajas en todo lo que está pasando. Sienten que se está perdiendo el entorno que conocieron, como si de repente les arrancasen una parte de su pasado.

“El barrio ha perdido mucho; las tiendas no son iguales. En los pisos vive mucha gente. Entre paquis, moros y rumanos, esto es un jaleo”, se queja un cliente del Forn Blesa, en Nou de la Rambla. La propietaria, Carolina Fernández, asegura que los inmigrantes no le han hecho nada malo, pero que tampoco han aportado nada bueno. “Aquí casi no vienen; van a sus tiendas. Pero cuando viene algún rumano, tengo que vigilar que no se lleve nada sin pagar”.

En la oficina municipal de la vivienda de la calle Blai, Mari Carmen Cayetano explica las dificultades que tiene este colectivo para encontrar un lugar para vivir. Dice que los propietarios se niegan a alquilarles pisos, lo que se explica, en parte, porque llegan a hacinarse muchas personas en el mismo piso. Y en relación con el rumor que asegura que los inmigrantes se llevan la mayoría de los pisos protegidos, Cayetano lo desmiente: “Al menos aquí, se han dado más a españoles. No discriminamos a nadie en ningún sentido. Hay unas condiciones, que son iguales para todos. Quien las cumple, y tiene suerte en el sorteo, se lleva el piso”.



Anna Saumell, directora de la Biblioteca del Poble Sec, desmentiendo otro tópico, el que mantiene que los inmigrantes colapsan los servicios municipales. El porcentaje de población de origen extranjero en el barrio es del 27%, mientras que los usuarios con carné sólo representan el 19%. Eso sí, este sector crece rápidamente, y entre los lectores de la Biblioteca del Poble Sec se cuentan 83 nacionalidades diferentes. “Empiezan a venir los niños chinos, tenemos muchos paquistaníes, algunos con dos carreras universitarias, y latinos, que poco a poco comienzan a interesarse por los libros en catalán”, explica Saumell.

Nou de la Rambla abajo, pasamos por la sala de baile Apolo, que los fines de semana se llena de centenares de autóctonos y caribeños con ganas de mover el esqueleto al ritmo de melodías latinas.

“El sabor latino de Barcelona”

La emisora estrella de los latinoamericanos es Radio Gladys Palmera, que se anuncia como “el sabor latino de Barcelona”. La música es la protagonista absoluta de la sintonía. Cada colectivo sudamericano encuentra su género preferido: los colombianos el ballenato, los dominicanos la bachata, los ecuatorianos la tecnocumbia, pero también se radia salsa, reggaeton, boleros...

“Somos la referencia de los latinos que viven en Barcelona. Lo primero que hacen cuando llegan es preguntar por su consulado y, lo segundo, en qué sintonía pueden escuchar Radio Gladys Palmera”, explica Benito Bueno, el director. Además de la música, también ofrece espacios que pueden ser de utilidad para los inmigrantes: asesoramiento jurídico, un mercado de compraventa de productos, clases de catalán, noticias, un programa para dar a conocer Cataluña, normas de comportamiento o radionovelas.

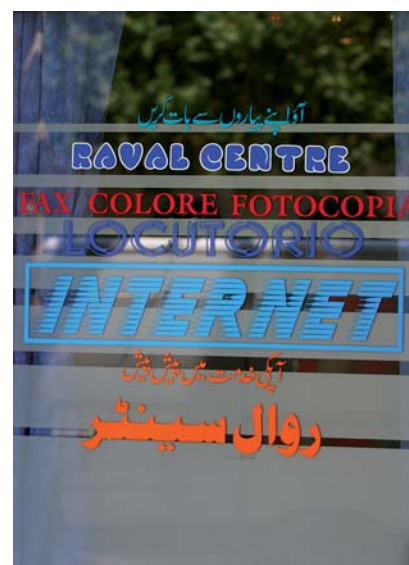
Benito Bueno es catalán de nacimiento, y todavía se sorprende de la rapidez con que se ha producido la llegada del colectivo lati-

no a la ciudad. “Ahora se está acabando el proceso de adaptación y ya empezamos a hablar del arraigo, porque están naciendo los primeros hijos. ¡Ha sido todo tan rápido! Y se ha hecho bien. Nosotros intentamos aportar nuestro granito de arena. Por eso nos dicen que somos la Radio Tele Taxi de los latinos. Pero acabamos de empezar”.

La emisora no dispone de datos de audiencia a causa de la situación de alegalidad en la que se encuentra. Pero un estudio realizado hace cuatro años señalaba que tenía unos ochenta mil oyentes. Bueno calcula que desde entonces esta cifra se ha duplicado. De lo que no hay duda es de que la emisora se escucha, y mucho. Se anuncia en muchas de las publicaciones dirigidas a la comunidad que han proliferado durante estos últimos años. Y en la última fiesta que han organizado, Tibidabo al Ritmo Latino, reunieron a 8.000 personas, que es un número de personas parecido al que acudía a las primeras convocatorias de Justo Molinero.

Damos unos pasos más, atravesamos el Paral·lel y ya estamos en el Raval, rebautizado popularmente como Rawal, por lo que este barrio representa en lo que a fusión de etnias, religiones y culturas se refiere. Casi la mitad de las 40.000 personas que viven en él han nacido en el extranjero. Se instalaron en esta zona de la ciudad porque aquí es donde vivían sus compatriotas o por la simple razón de que era el único lugar en el que encontraban vivienda asequible.

Lita Álvarez dirige el Servei d'Acollida als Infants i Famílies (SAIF) Quatre Vents, de la calle Om. Se trata de un centro único en España. En apariencia funciona como guardería, pero está reservado para niños de familias en situación de precariedad extrema. Eso quiere decir que en él se atiende a los hijos de familias sin ningún ingreso económico o sin papeles, pero que también se atiende a las familias.



© Cristhian Maury

El SAIF Quatre Vents es una iniciativa privada que se puso en marcha en 1987 y que se dirigía a las prostitutas del Raval, para atender a sus hijos. Desde entonces, la clientela ha cambiado de forma radical, y, hoy en día, la inmensa mayoría de las familias que recibe es de origen inmigrante.

Para atender a esta población, el centro funciona las 24 horas del día durante los doce meses del año. Abre de lunes a sábado y, si es necesario, incluso domingos. En casos extremos, las madres han podido dejar a sus hijos dos o tres días internos hasta que han conseguido salir del mal paso en el que se encontraban.

Rawal

Álvarez ha tenido tiempo de ver la evolución que ha experimentado el Raval en dos décadas. Al principio las más necesitadas eran las familias inmigrantes españolas. “Ahora, la problemática de las familias magrebíes, senegalesas o de la Europa del Este es bastante similar: no tienen nada y, en cambio, tienen muchos hijos. La principal diferencia es su situación legal. Antes les costaba encontrar trabajo por la falta de hábitos laborales. Ahora eso no falta, pero cuesta que los empresarios los contraten. Y los que lo hacen se aprovechan de ellos con la promesa de que a la larga podrán conseguir los papeles. Por eso aguantan en condiciones precarias. Y yo me pregunto, cuando se dice que en este país falta mano de obra, ¿realmente falta o lo que quieren es mano de obra barata?”, reflexiona Lita Álvarez.

–Y ¿ha cambiado mucho el barrio en todo este tiempo?

–Urbanísticamente, sí; en lo que tocante a lo social, no. El Raval sigue siendo una gran concentración de personas con problemas graves, como la vivienda. Se han cerrado los pisos que tenían camas calientes (alquiler de la misma cama a diferentes personas a lo largo de un mismo día), pero han proliferado las

habitaciones compartidas. Y la problemática del Raval se extiende por los barrios vecinos, por el Poble Sec y el Eixample.

Muy cerca de aquí, trabaja Manel Anoro, médico de familia en el Centro de Asistencia Primaria Raval Sud. Anoro explica que, desde el punto de vista sanitario, sólo algunas patologías específicas diferencian al colectivo inmigrante del resto de la población.

La dificultad surge en el momento de comunicarse con el paciente. El ambulatorio sólo dispone de un traductor de urdu (la lengua más hablada en Pakistán) y otro de árabe, y estos intérpretes todavía se tienen que compartir con los demás CAP que hay en Ciutat Vella. “Y sólo hace un año que los tenemos –se queja Anoro–, de manera que ya te puedes imaginar las conversaciones que a veces tengo con los pacientes: ¿tu dolor cabeza? ¿De locos! Y eso genera más dificultad para realizar la visita, más gasto, tener que hacer más pruebas...”.

Manel Onoro dice que, después de cuatro años en el Raval, “si algo descubres aquí, es que las personas somos muy iguales”. Por eso denuncia: “Los inmigrantes son un colectivo sin voz, que no se puede quejar por nada. Sería importantísimo que tuviesen derecho a voto. El día que puedan votar, cambiarán muchas cosas. Mientras no lo tengan, es como invadir un país sin petróleo: no interesan a nadie”.

En la calle Sant Pau nos espera Fátima Ahmed, portavoz de la asociación Ibn Batuta. Esta entidad brinda su apoyo cada año a más de mil inmigrantes musulmanes, tanto a los que acaban de llegar y necesitan saber dónde pasar sus primeras noches en Barcelona, como a los que buscan asistencia jurídica o quieren aprender catalán.

Ahmed se muestra preocupada por la convivencia entre los catalanes de nacimiento y los que llevan poco tiempo aquí. “No hemos notado que el clima haya empeorado, pero tampoco ha



© Pere Virgili

mejorado. Todavía existen miedos y desconocimiento, y el mensaje que recibe la gente desde los medios de comunicación lo fomenta. Piensan en los inmigrantes como mano de obra que ayuda a que la economía tire adelante. No tienen en cuenta que detrás hay familias, vidas, emociones. Se piensa que el inmigrante viene a trabajar y que un día volverá a su país. Y cuando empiezan a hablar del inmigrante con su contexto la gente tiene miedo. Se dice que colapsarán los servicios sociales, las becas, los pisos protegidos... A menudo olvidamos que hay familias marroquíes que incluso han tenido sus nietos aquí”.

La portavoz de la asociación Ibn Batuta cree necesario reducir la presión que a veces se ejerce sobre los inmigrantes para que se integren “sin tener en cuenta las dificultades que impiden esta integración. Ahora se están haciendo planes de acogida y planes de ciudadanía, pero sólo desde hace un año, ¡y los políticos ya quieren ver si están integrados! Eso se verá a la larga, dentro de veinte o treinta años”.

Mohamed Halhoul trabaja en la próspera tienda de ropa que su padre regenta en la calle Sant Pau. El establecimiento es un continuo entrar y salir de marroquíes, paquistaníes o indios que quieren comprar pijamas, mantas, ropa interior o bonitas telas de colores mientras por la radio suena la sintonía de Catalunya Informació.

El síndrome de Ulises

Halhoul es portavoz del Consell Islàmic i Cultural de Catalunya. Afirma que, transcurrido un tiempo desde su llegada, el inmigrante sufre el síndrome de Ulises, el estrés crónico que afecta a las personas cuando se ven obligadas a adaptar todos los aspectos de su vida para acoplarse a una sociedad completamente diferente de la suya. “Y las barreras son tantas...”, se lamenta Halhoul.

Mohamed nació en Tánger hace cuarenta años y, antes de que hubiese cumplido el primer año de vida, su padre cruzó el estre-

cho de Gibraltar y se instaló en Barcelona. Era el año 1968. El hombre empezó trabajando de albañil, hasta que la empresa en la que trabajaba empezó a ir mal y montó un negocio.

Mohamed y sus hermanos fueron educados por la madre y, gracias al dinero que llegaba periódicamente de Europa, el chico pudo ir a la universidad. Empezó sus estudios de filología hispanoamericana, que abandonó a los 25 años para reencontrarse con su padre.

La distancia, no poder ver a su padre cuando lo necesitaba, resultó difícil durante su juventud. “Recuerdo... la falta de un padre, la otra parte de un matrimonio. Fue duro, ¡eh!, porque sólo veía a mi padre una vez al año. Mi madre se tenía que hacer cargo de todo, de nuestra educación, de la casa... Y a veces se le descontaban las cosas, pero estoy agradecido, a ella y a Dios por haber sabido superar las dificultades”.

El 1992 Mohamed llegó a Barcelona y retomó sus estudios. Se matriculó en EUTI para ser intérprete de árabe-castellano y de francés, lo que explica que se exprese perfectamente en catalán y que utilice expresiones que en la lengua coloquial de Barcelona casi se han perdido, como “a corre-cuita”. Pero volvió a abandonar la universidad, y ahora compagina su trabajo con la actividad, siempre inabarcable, que le supone pertenecer al Consell Islàmic.

—¿Cómo ves Barcelona dentro de veinte años?

—Vamos hacia esa mezcla de etnias que tanto vemos por la calle. Hay unas necesidades humanas, y por eso nos desplazamos. Tenemos que verlo como un intercambio. Tenemos que sensibilizar a la gente de que ésta será la realidad y de que tenemos que vivirla sin traumas. Debemos dar cabida a un futuro más próspero. Tenemos que disfrutar del futuro y vivirlo todos, pero con una inmigración menos masiva de la que hemos tenido hasta ahora. Y por eso hay que tener paciencia y políticas a largo plazo. Tenemos el ejemplo de Estados Unidos, que es el país más avanzado, aunque lo que más se ve es su vertiente militar.



© Pere Virgili

En la calle, el día continúa ventoso. Los transeúntes caminan a paso vivo. Pasamos por la todavía intimidante calle Robador, en la que la prostitución de edad avanzada o adicta a las drogas se alterna con proxenetas, camellos y hombres de pinta sospechosa. Entre todos ellos se pasean inmigrantes que tratan de hacer su vida en el barrio. En un bar de citas, pequeño y oscuro, decenas de paquistaníes se amontonan para ver un partido de cricket que emite un canal de televisión vía satélite. Un poco más allá encontramos una peluquería gambiana, la lavandería Amin, un comedor comunitario y los locales de la Unión de Indios en Cataluña y el de la Asociación de Trabajadores Paquistaníes.

En la calle Hospital se encuentra la pastelería Ayub. En el escaparate se exponen dulcísimas especialidades orientales, como una delicia elaborada a partir de pasta de garbanzo, pistacho y glucosa que enamora a su clientela occidental. Nadim Ayub trabajó unos años en el Asador de Aranda antes de abrir la pastelería. Actualmente, muchos de sus compradores son musulmanes que buscan un producto de su tierra para celebrar algún acontecimiento especial: un bautizo, una boda, la obtención de papeles...

Nos dirigimos ahora hacia la pasarela de vida que es la Rambla a cualquier hora del día, y nos detenemos en la Boquería. Llorenç Petràs, propietario de uno de los puestos con más renombre, explica que los inmigrantes han revitalizado el mercado, que ahora la oferta de productos es mucho más vasta que hace unos años, y que algunos establecimientos se han salvado gracias a ellos. "Los de menudos, por ejemplo, estaban amenazados de cierre por la crisis de las vacas locas, y ahora tienen más compradores que nunca".

Añoranza

En otro mercado, el de Santa Caterina, encontramos a Luis Silié, de la Asociación de Profesionales Dominicanos. Silié nos acompaña a dar una vuelta por el barrio de los dominicanos de

Barcelona, un territorio de fronteras imprecisas que delimitan las calles Corders y Sant Pere Més Alt. Silié es reconocido dentro de la comunidad dominicana. Desde una tienda, un hombre lo saluda de forma cariñosa, una mujer le lanza un beso...

Silié tiene 50 años y abandonó su país hace cinco años a causa de problemas económicos y familiares, dejando atrás una separación y ocho hijos. Ahora trabaja en una empresa que ofrece servicios a los locutorios, explica sentado a una mesa del muy caribeño restaurante Puerto Plata.

Las principales dificultades del colectivo son encontrar trabajo y la juventud, señala. "Muchos padres vienen aquí pensando que será sólo por una temporada y prefieren que los hijos se queden allí, con los abuelos. Pero los niños tienen la sensación de que han sido abandonados, de que no los quieren, y al cabo de un tiempo los padres deciden que se vengán también ellos. En ese momento, la relación ya está intoxicada. Les cuesta integrarse en la escuela, buscan a los suyos y de aquí surge el problema de las bandas".

-¿Y la añoranza?

-Ah..., eso, eso -responde de forma lacónica, introduciendo por primera vez un largo paréntesis en su acelerado discurso-. El 5 de marzo celebramos la fiesta nacional de nuestro país y me tocó hablar ante 3.000 personas en el parque de las Tres Xemeneies. Sonó el himno nacional y, no lo puede evitar, me puse a llorar. El Malecón, las grandes avenidas de la capital, los años de la universidad..., todo se me vino a la cabeza en aquel momento.

-¿Volver?

-Todos queremos volver y siempre pensamos en tener una casa allí cuando nos retiremos. La distancia es dolorosa. El emigrante ha tenido que dejarlo todo, la casa, los amigos, los recuerdos... Pero cuando te marchas no piensas en eso. Lo único que quieres es superar la situación en la que te encuentras. Vendes todo lo que tienes por un visado y un billete de avión. Llegas aquí

“Transcurrido un tiempo desde su llegada, el inmigrante sufre el síndrome de Ulises, el estrés crónico que afecta a las personas cuando se ven obligadas a adaptar su vida a una sociedad diferente a la suya”.

motivado, pero cuando te das cuenta de todo contra lo que tienes que luchar... Eso es otra cosa. ¡Si en la República Dominicana vamos a la playa a las ocho de la noche, ja, ja!

Salimos de Ciutat Vella por la calle Trafalgar y, de repente, pasamos de la calidez caribeña a la frialdad china, del barrio dominicano al denominado Chinatown de Barcelona. En la parte baja de la izquierda del Eixample, los chinos han abierto en los últimos años más de 300 comercios. En su mayoría son tiendas que venden ropa al por mayor, pero también las hay que se dedican a los zapatos, los bolsos, los teléfonos móviles, restaurantes, bares y peluquerías.

En la esquina del paseo de Sant Joan con la calle Vilanova se encuentra una tienda china ecléctica. Por fuera parece un comercio de móviles, con las características de cada modelo escritas en castellano y con ideogramas orientales. La puerta de entrada al establecimiento está llena de papeles que anuncian, siempre en chino, peluquerías, una asesoría jurídica o la oficina del RACC de la calle València.

Una vez dentro, se encuentra una sorprendente diversidad de productos, que dan pistas de cómo se entretienen los chinos: una cincuentena de revistas en cuyas portadas aparecen rostros femeninos con las facciones occidentalizadas, películas de acción con Jackie Chan como protagonista, novelas rosa de tamaño minúsculo e ilustradas con colores pastel, biografías de Mao Zedong, guías de Barcelona, ofertas de viajes a Extremo Oriente...

Se hace tarde. Ya son las seis de la tarde. En Arc de Triomf cogemos la línea roja del metro en dirección a Santa Coloma de Gramenet. Este municipio vecino de la capital catalana tenía 3.463 habitantes de origen extranjero en el año 2000, que representaban el 2,9% del padrón de la ciudad. Seis años más tarde, ya eran 20.568, el 17% del total. Y eso es lo que reflejan las estadísticas oficiales. La realidad debe de ser muy superior.

El futuro

Es la hora de salir del trabajo y los vagones van llenos. A medida que nos vamos acercando a Santa Coloma, la proporción entre los ciudadanos que han nacido con la nacionalidad española y aquellos que han llegado después se empieza a invertir. Si al inicio del trayecto era de veinte o treinta a uno, al llegar a la estación de Fondo es de uno a uno.

Ya hemos llegado. Se abren las puertas del convoy y una riada de gente corre hacia el exterior, ansiosos por llegar a casa después de una larga jornada laboral. Desde la calle, la contemplación de las oleadas de personas que salen de la boca del metro ofrece una imagen espectacular. La presencia de hombres y mujeres del país se confunde con una multitud de rostros de las más diversas procedencias: magrebíes, subsaharianos, chinos, paquis-

taníes, indios, europeos del este, sudamericanos... Puede parecer que estamos en un suburbio de Londres o de Islamabad, pero estamos en Santa Coloma.

El fotógrafo Joan Guerrero aparece puntual a la cita. Él también fue emigrante. Llegó a Cataluña en el año 1964 y conoce bien las miserias y esperanzas de la persona que deja su tierra en busca de un futuro mejor. Se instaló en Santa Coloma y enseguida se involucró en la lucha por la democracia y la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora. El primer año trabajó de peón en la carretera de la Rabassada, después en una carpintería y poco a poco se fue introduciendo en su vocación, el fotoperiodismo, que le valdría el reconocimiento general como uno de los mejores profesionales de Barcelona en los años ochenta y noventa.

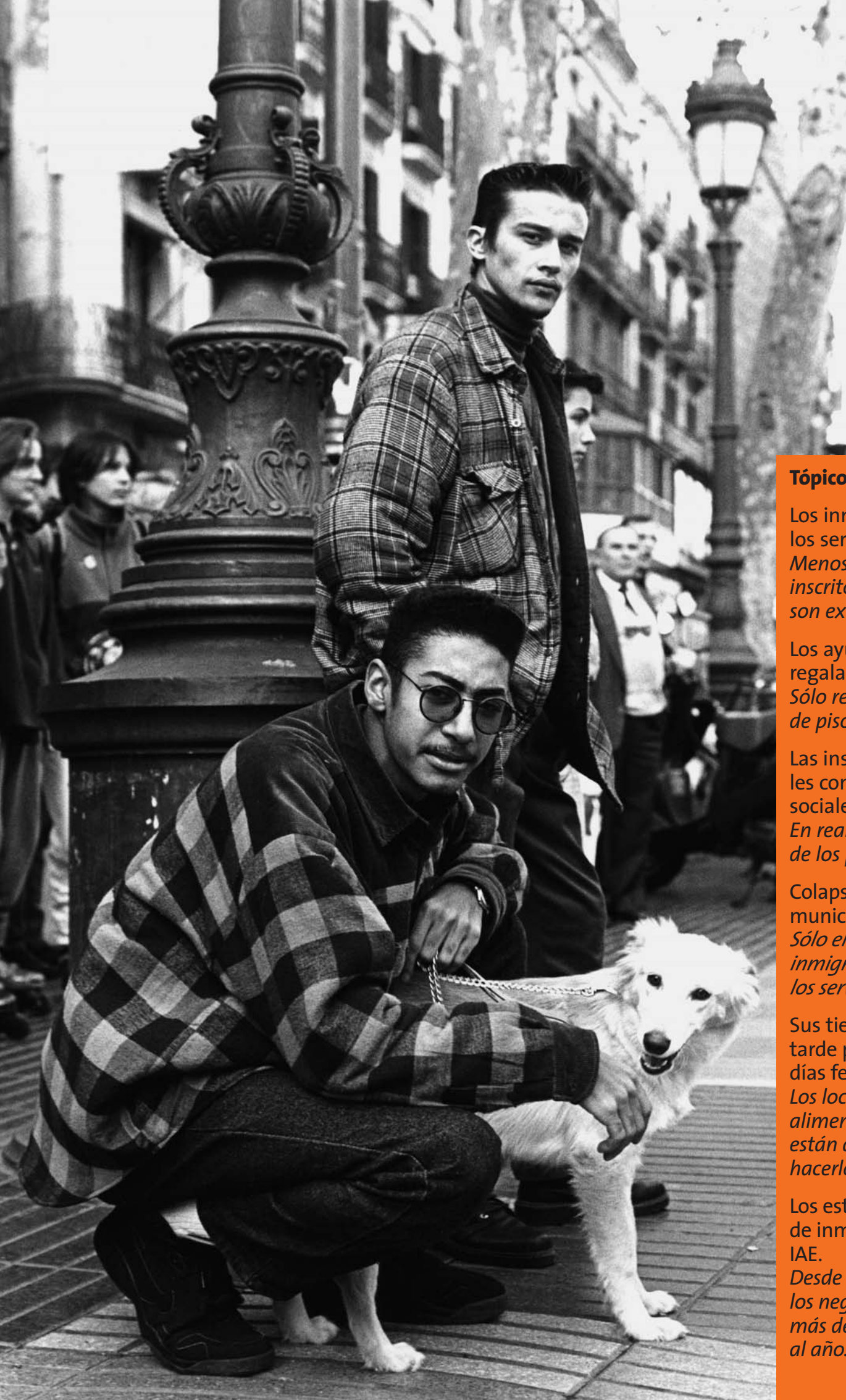
Guerrero nos acompaña a dar una vuelta por el barrio de Fondo. Nos enseña la plaza del Relotge, que los fines de semana se llena de chinos que toman el fresco, y mientras subimos por una calle muy pendiente, nos muestra la increíble diversidad de tiendas que han abierto por el barrio.

Cuando llegamos al final de la calle, nos sentamos en unos bancos que encontramos en una placita. A un lado, hay unos hombres de procedencia andaluza con boina junto a unas jaulas con pájaros. Al otro, dos familias de aspecto asiático.

Mirando a la gente que nos rodea, Guerrero explica que en Santa Coloma no ha habido enfrentamiento entre ambas comunidades. “Sólo se produjo un conato hace un par de años, porque los musulmanes querían abrir una mezquita en la planta baja de un bloque de pisos. Lo gracioso del caso es que aquellos que se quejaban también habían sido inmigrantes en los años 60 y 70”.

Guerrero afirma que Cataluña ha sido “maestra en convivencia” y no puede evitar hacer paralelismos entre lo que él vivió hace cuatro décadas –“también se decía que los andaluces éramos escandalosos”– con lo que pasa ahora. “Es exactamente lo mismo. Nosotros también las pasamos canutas, también veníamos de una situación dura. Al principio sentíamos la nostalgia de volver a nuestra tierra, pero pasa el tiempo y no vuelves. Te das cuenta de que si volvieras, sentirías nostalgia de Cataluña, donde hemos pasado los mejores años de nuestra vida. Aquí has conocido a tu mujer, has vivido la caída de la dictadura, has visto nacer a tus hijos y a tus nietos. ¿Volver? ¿Por qué? Si ésta también es mi tierra, mi paisaje. De allí queda el recuerdo, la infancia. Y eso también les pasará a ellos. Encontrarán un trabajo mejor, se comprarán el pisito y se irán abriendo camino. Afortunadamente. Y la sociedad catalana se enriquecerá con este mestizaje. Yo lo comparo con la naturaleza. Cataluña es un gran río, que se enriquece con la imprevista aparición de nuevos torrentes. Todos saldremos ganando”.

Ya han dado las ocho de la noche. A esta hora, el viento parece más dulce en el barrio de Fondo. **M**



Tópicos

Los inmigrantes saturan los servicios sanitarios. *Menos del 10% de los inscritos en listas de espera son extranjeros.*

Los ayuntamientos les regalan pisos. *Sólo reciben el 7% del total de pisos protegidos.*

Las instituciones públicas les conceden ayudas sociales de todo tipo. *En realidad reciben el 18% de los presupuestos.*

Colapsan los servicios municipales. *Sólo el 3,5% de los inmigrantes han usado los servicios municipales.*

Sus tiendas abren hasta tarde por la noche y los días festivos. *Los locales pequeños de alimentación y droguería están autorizados a hacerlo.*

Los establecimientos de inmigrantes no pagan IAE. *Desde 2003, sólo lo pagan los negocios que facturan más de un millón de euros al año.*



(Mal)vivir en la ciudad

Mileuristas

© Eva Guillamet



© Elisa González

Los mileuristas han permitido que sean otros los que les definan: pasivos, conformistas, perezosos, inmaduros. No han tenido voz. El poder y la atención están en otra parte.

Y si por lo menos fueran mil euros

Texto **Espido Freire** Escritora

¿Quién, en este país, si preguntáramos, nos hablaría de la pobreza pasada, de la realidad de la ciudad y el campo hace veinte, treinta, cuarenta años, cuando la generación mileurista nacía, o veían la luz sus hermanos mayores? ¿Quién recuerda, en una tierra de memoria huidiza y de excusas fáciles, lo que ocurría antes de que la televisión, el alumbrado eléctrico, las asistentes sociales se consideraran algo normal, en el seno de las casas apenas instaladas, de los éxodos urbanos, en los nuevos ricos que regresaban de Alemania o de Francia, los que instalaban una cafetería con un nombre extranjero y contaban maravillas de los avances europeos? ¿Quién habla de los ojos deslumbrados ante el descubrimiento de que también podíamos ser turistas, de las caravanas inacabables hacia Levante, del aceite o las patatas compradas a granel, de los jerséis de lana tejidos en casa, de las yogurteras, de las maquinitas de marcianos en el bar del aperitivo, de la admiración de los padres, aún jóvenes, ante los libros de texto cubiertos de imágenes y colores de sus hijos?

Sólo los viejos, y escuchamos poco a los viejos. Sólo los documentales, y pese a nuestra machacona mentira en las estadísticas, vemos pocos documentales. Hemos pasado, en apenas veinte años (yo tenía doce, en el colegio había pasado al pasillo de los mayores, estudiaba quinto de solfeo, veía la tele en blanco y negro, avergonzada de que mis padres no compraran una en color), de sentirnos orgullosos de pertenecer a una clase obrera modesta y honrada, a considerarnos burgueses, clase media, sin diferencias de dinero, educación u oportunidades. Hemos creído, de manera inmediata, bobalicona, en las promesas políticas. El cambio fue posible. Al menos, cierto cambio, en cierta forma.

Los padres, los *babyboomers*, esa generación nutrida y enérgica que nació en la posguerra, de buena fe, quisieron proteger a los hijos nacidos en los setenta de la dureza de la vida, de las opciones más crudas. Con el silencio con el que disimulaban tragos duros, ocultaron enseñanzas de vida y de elecciones. Una mayoría elevada de los mileuristas treintañeros son nietos de campesinos, de pequeños propietarios o arrendatarios de tierras. Son hijos de obreros o de empleados o funcionarios de poco escalafón, que

consiguieron todo lo que estaba a su alcance tenido en cuenta su origen y su educación, considerado el entorno clasista y antidemocrático en el que se desenvolvían. Conocen, estos jóvenes mileuristas, de lejos, cómo era aquella vida. Les han llegado historias entremezcladas con hambre de guerra, con venganzas y con tradiciones rurales. Se encuentran tan lejanas de ellos como las leyendas medievales. No sabrían matar un conejo, despellejar una gallina, arar un campo, recoger la hierba. Algunos lo vieron, aguardaban con paciencia bajo la sombra a que los padres ayudaran a los abuelos, durante las vacaciones, porque las eternas vacaciones de un mes entero se aprovechaban para echar una mano, para que el campo se muriera más lentamente. Otros perdieron ese acceso al campo por herencia, malentendidos, por pereza o por distancia. Como fuera, quedaron sin raíces. Aprendieron a reconocer las buenas verduras por las enseñanzas de los cocineros de la televisión.

Las madres mileuristas

Durante la infancia de los mileuristas, pocas madres recibían un sueldo por su trabajo; de ellas, muchas ayudaban con oficios que podían realizarse en casa, otras se acercaban a las fábricas en las horas en las que los hijos estudiaban en el colegio. Las que lo hacían combinaban como podían las comidas caseras, la atención a los deberes de los niños y la costura, o las alpargatas, el cuidado de otros niños. Muchas habían soñado con ser maestras, o secretarias, o incluso azafatas. Para la inmensa mayoría de las mujeres nacidas en los cuarenta y los cincuenta no resultaban sencillo estudiar: estudiaban los favorecidos o los chicos de la familia, o las que por tozudez, por apoyo decididos de los padres, o de los maridos, cuando aún eran jóvenes, se veían con fuerzas para ello.

Las madres preparaban la merienda, sacaban de cuatro pesetas un duro, cosían rodilleras en los chándales aún nuevos, vigilaban por el balcón que todo estuviera en orden en la zona de juegos. Sabían lo que era lavar a mano, y algunas de ellas no pusieron pañales desechables a sus hijos, ni emplearon pañuelos de papel durante años, porque eran demasiado caros. Mientras tanto, pen-



© Eva Guillamet



saban siempre, con la mirada muy fija en un futuro obstinado, en dos logros conseguidos: sus hijos, sus hijas, estudiarían en la universidad. Sus hijas, sus hijos, elegirían cuándo tener descendientes. Educación y control de la fertilidad: los objetivos por los que luchaban las *babyboomers* que no eran como ellas, que procedían de otro entorno, las que habían sido *hippies*, o progres, las que habían acudido a la universidad y corrían como gacelas ante los grises (¿hubo alguien que no dijo que lo hizo?). Ellas ya no lo verían, decidieron casi todas, con la resignación de quien decidió su vida demasiado pronto. Los *mileuristas*, que jugábamos a muñecas y cochecitos que ellos nunca tuvieron, sí.

(Las madres, esas grandes víctimas, las que nada tuvieron de niñas y poco de mayores, con trabajo siempre, con su veneración por la tele pongan lo que pongan, nunca ociosas, con tanta presión sobre los hombros, con el miedo a, de pronto, ser abandonadas o divorciarse y perder lo que tenían, o tener que limpiar escaleras, el paso último antes de la miseria. Las madres *babyboomers*, aún atrapadas por las costumbres franquistas, y tachadas de frescas si eran modernas y de carcas si no lo eran. Muchas de ellas aún protegen al hijo varón, le exigen menos, le miman más, le preparan el plato preferido cuando viene a comer a casa ante la protesta de sus hermanas, que además, recogerán la mesa... Las que engañaban de buena fe al marido ahorrando un poco más de lo que le decían, para los estudios de los niños, para el seguro, para las letras del piso, ese piso, el piso...)

El piso de ladrillo

Eran casi todos de ladrillo visto, rojizo o amarillento, con unos balconcitos simbólicos, y sin ascensor, aunque con un previsior hueco, en caso de quererlo... Las madres regaban geranios de colores y, si procedían de Andalucía, convertían el balconcito en patio. A veces había un canario, a veces algunos platos de cerámica, la bici de los niños, una banqueta para el padre, que fumaba. Habían dado la entrada tras años de ahorrar, y pagaban unas cantidades prestadas a precio de usura, lo antes posible, si llegaba una herencia, para el piso, si tocaba la lotería, para el piso.

Los *mileuristas* vivimos en esos pisos, compartimentados, no muy grandes, con solo un cuarto de baño y un cuarto compartido con el hermano. Pero mientras tanto, soñábamos. Algunos tuvimos una habitación para estudiar, que a veces era el cuarto de la plancha, o de costura, o la del hermano que ya se fue. Seríamos abogados, médicos, empresarios. Periodistas, publicistas. El mundo sería más grande y más justo, de pronto los rusos ya no eran malos, dejó de haber hambre en Etiopía.

Éramos niños uniformes, casi todos iguales. Dos, tres hermanos. Católicos, blancos, españoles. Los mismos libros, las mismas actividades extraescolares. Comenzaba a haber algún divorcio, a

“Son hijos de obreros o de empleados o funcionarios de poco escalafón, que consiguieron todo lo que estaba a su alcance, considerado el entorno clasista y antidemocrático en el que se desenvolvían”.

algunos les afeaba un collarín o una ortodoncia. Pintarrajeábamos las escayolas de los miembros rotos, y coleccionábamos los mismos cromos. Hasta la televisión era homogénea. Compartíamos, los de los pisos de los Ensanches burgueses y los de los apartamentos de ladrillo, el mismo lenguaje, el amor por la naturaleza, una fe imparable en el futuro.

Entonces ocurrió algo. Fue durante la transición de los ochenta a los noventa, tal vez algo después. El optimismo dejó paso a una realidad fría, desencantada, a la certeza de que las cosas no eran como nos las habían contado, que rozábamos la universidad con los dedos, pero que ni el Derecho, ni la Economía, ni el Periodismo nos proyectaría adonde soñábamos. La vida no iba a ser como la imaginábamos. Aún no pensábamos en nuestra pobreza futura (teníamos bastante con negar la paterna), pero un soplo de aire frío acariciaba las nuca.

Quizás fue en los fastos de la Expo 92, cuando la nao Victoria zozobró, y Curro, aquella feísima mascota, pero tan simpática, tuvo que salir de ella a nado. El AVE unía Madrid y Sevilla en un tiempo récord, o eso se suponía, pero de entre las vías asomaba la corrupción y los escándalos socialistas. Antonio Rebollo, el atleta paralímpico, arrojó la flecha que encendió la antorcha, las voces de Freddy Mercury y Montserrat Caballé se unían en un desigual experimento, y mientras tanto los mileuristas, con la mirada fija en la televisión de aquel verano calurosísimo, nos hacíamos adultos, y descubríamos que la crisis económica con la que habíamos nacido, la del petróleo, estaba a punto de repetirse en el año 93.

Kavafis sabía de qué hablaba...

Los mileuristas estudiaron en clases superpobladas, con o sin becas, de continuo, desde niños, dentro de clase, fuera de clase. Los padres, aún educados en el respeto a los mayores y la autoridad, respaldaban a los profesores. No recibían palizas, pero sí cachetes.

Los padres parecían competir en un programa delirante de actividades formativas que no permitía que los niños jugaran, o dedicaran tiempo a nada que no fuera provechoso. Esos mismos padres que no supieron lo que eran los Reyes Magos, que no tuvieron juguetes, o que comenzaron a trabajar a edad aún infantil, apenas valoraban el juego: ni los mimos, ni los cariños excesivos. Los niños debían prepararse, prepararse para competir, porque eran muchos, y muy iguales.

Aparte de las actividades extraescolares estaba la catequesis, imprescindible antes de la Primera Comuni3n, y que algunas familias creyentes prolongaban varios años más. Todo, cualquiera cosa, antes que pasarse las horas muertas frente a la televisión, o que rondaran sin rumbo por la calle; el enemigo interior, el enemigo exterior. A su alrededor los jóvenes más perdidos caían víctimas del SIDA o de las adicciones. Se veían como vicios. La homosexuali-

dad, sin ser una perversión, era motivo de vergüenza y de risas. Sobrecargados, agobiados en ocasiones por el resultado de las notas, conscientes de que una décima de nota podía condicionarles la vida en la universidad, los mileuristas se encontraban cansados mucho antes de que la lucha comenzara. No tienen el vigor, ni la energía constante, ni los estímulos, ni la ambición de la generación anterior. Cuentan con su formación, con su juventud y con los conocimientos de nuevas tecnologías; pero no parece bastar. Dicen, con Kavafis:

*Son nuestros esfuerzos los de los infortunados,
son nuestros esfuerzos como los de los troyanos.
A poco que triunfemos, a poco que orgullosos
nos sintamos, comenzamos ya
a tener coraje y buenas esperanzas.
(Los Troyanos, K. Kavafis)*

Si cada generación elige las palabras que la definen, los mileuristas, como en casi todo, han permitido que sean otros los que se las adjudiquen. Pasivos, conformistas, perezosos, inmaduros. No han tenido voz. Los mismos mayores que habían alcanzado el poder cuando eran niños continúan en parecidos lugares. A los treinta años, adquirida ya la madurez, no se han encontrado con colegas de su generación en puestos de responsabilidad. No gritan, no se manifiestan, no llaman la atención sin motivo. No fueron rebeldes adolescentes, no crearon pánico en las aulas, fueron buenos chicos y han llegado a ser adultos huidizos, discretos, desengañados y refunfuiones.

El poder, la atención, están en otra parte: en la generación anterior (esos *babyboomers* tenaces, con una voluntad de hierro y una sed de dinero vampírica) o la siguiente (la generación Y, chillones, seguros de sí mismos, rápidos de mente, voraces en atención y ansiosos de fama). A los mileuristas la vida se les fue mientras estudiaban, mientras veían en la televisión cómo vivían los *brokers* escogidos, los ambiciosos que arriesgaban.

Si pudieran elegir su propia palabra, su definición, escogerían “nostálgicos”. O quizás, para los más pesimistas, “derrotados”.

Quien quiere trabajar, trabaja

Terminaron, casi todos, la carrera elegida: unos en más tiempo, otros en más años. Les afectó, por el camino, la reforma estudiantil: la de siempre, las de siempre. Primaria, secundaria, universitaria. Pero ante la sorpresa de los padres, que creían que la universidad elegida, y el expediente, y los títulos de posgrado, puntuarían ante los competidores, cuando los jóvenes salieron al encuentro del trabajo, del futuro, las empresas parecían valorar de pronto una cualidad con la que nadie contaba: la experiencia.

“Imposible que un joven recién licenciado poseyera experiencia, o que ésta se acreditara a través de varios contratos brevísimos, o del trabajo sumergido. ¿Por qué entonces pedían experiencia? ¿A qué jugaban?”

Imposible que un joven recién licenciado poseyera experiencia, o que ésta se acreditara a través de varios contratos brevísimos, o del trabajo sumergido. ¿Por qué entonces pedían experiencia? ¿A qué jugaban?

No, no jugaban. Era la vida real. Sencillamente, no estaban preparados para ella.

Las empresas se quejaban de varias carencias mileuristas; el primer pecado era la falta de humildad. Eran engreídos, chulescos. Reivindicaban derechos. Habían absorbido por ósmosis los principios sindicalistas. No conocían cómo funcionaban las cosas, lo querían todo y ya. Los jóvenes llegaban de la universidad, al parecer, con la convicción de que ocuparían un puesto directivo, o al menos, acorde a su licenciatura: eso no era así por antigüedad, y también porque era necesario formarlos en la organización de la empresa. (Pero... ¿quién se lo dijo?, ¿se lo inventaron? No puede ser). Sus expectativas erróneas hacían que en ocasiones abandonaran el puesto, porque no se correspondía con lo que esperaban.

Nadie cuestionó la empresa, ni a los directivos. Convertidos en mano de obra barata, aunque profesionales, se enfrentaron a la competencia con Europa con la única posibilidad que tenían de ganar: ingenieros y profesionales a mitad de precio.

¿Y las muchachas, las hijas de aquellas *babyboomers* incansables, las nuevas mujeres del nuevo país? Estudiaron como ellos, se independizaron antes que sus hermanos y sus novios. Aprendieron, después, a cocinar, a enfrentarse a las tareas cotidianas del hogar. No todas salieron de casa, como sus madres, sabiendo guisar, llevar una casa. Los chicos, casi ninguno. Continúan apoyándose en los consejos, los cuidados y la generosidad femenina.

Existe una hipocresía cruel respecto a lo femenino, una expresión cada vez más oída “el mundo es de las mujeres”, que oculta lo lejos que eso está de convertirse en realidad: la ficticia admiración por la capacidad de las mujeres para combinar tareas, o para conservar un buen aspecto pese al estrés, por su inteligencia o sensibilidad, enmascara discriminaciones y acosos laborales.

¿Trabaja quien quiere trabajar? Sí, posiblemente. Pero, ¿en qué? El esfuerzo de los padres, de los hijos, el motivo de autoestima y de orgullo de tres generaciones se doblega ante la realidad. Los sueldos son pequeños, las condiciones muy inferiores a las esperadas. Nada se regala. Nunca ha sido así, pero en esta ocasión pareció que sí...

Los de fuera, los de dentro

Regresaron los *babyboomers* de Europa cuando la crisis del petróleo hizo a los españoles prescindibles. Ya no resultaban rentables. Poco tiempo más tarde, casi sin interrupción, llegarían los turcos, los africanos, los latinoamericanos. En la Península aún no; el éxodo rural continuaba, imparable, pero interno. Madrid,

Bilbao, Barcelona crecieron, se llenaron de andaluces, gallegos, extremeños. Sus hijos aprendían lenguas nuevas, para integrarse lo antes posible. No se trataba del origen, sino de la delatora huella de la pobreza.

Luego llegaron los otros. Los de fuera. Hablaban castellano, o no.

Los inmigrantes han ocupado los puestos de trabajo que los jóvenes españoles no consideran adecuados, bien porque están sobrecualificados o bien porque las condiciones son tan pobres que se niegan a aceptarlos. Por desgracia, los problemas no resueltos por los españoles no han mejorado para los inmigrantes: la precariedad temporal, los bajos sueldos, la falta de derechos se unen a las circunstancias de muchos inmigrantes ilegales, que no sólo no están en condiciones de elegir, sino que tampoco pueden denunciarlas, por miedo a ser extraditados.

Y por desgracia para los mileuristas, ni siquiera son ya necesarios en los puestos de baja cualificación: los inmigrantes, que forman unidades familiares mucho menores, con una conciencia de derechos mucho menor, y dispuestos a vender su mano de obra más barata, los han sustituido. A ellos, y a muchas mujeres españolas, también poco cualificadas, que de pronto resultaban caras.

No se trata de quejarse, o de negarlo. No es ni bueno, ni malo. Es. De nada sirve mirar hacia otro lado.

Y ahora ¿qué?

Inteligentes, formados, irónicos, rápidos para juzgar, lentos para reaccionar... Extraño que una generación a la que tan poco le importa el dinero se vea tan condicionada por el mismo.

No les sirve la educación vigente, ni la economía inmobiliaria, ni la contratación vigente. No les sirve, pero poco hacen para ponerle remedio. Sienten que alguien vendrá para arreglarlo. Como siempre.

El modelo capitalista ha dejado atrás la cultura del bienestar y la ha sustituido por la importancia del consumidor. El mileurista, pobre y consumidor al mismo tiempo, ve cómo se justifica la importancia del aprendizaje y la innovación como un modo de incrementar las ganancias de empresas, y asiente. Solo, sin poder, y con un sistema económico que no eligió pero que comparte, se dirige hacia la ratificación de ese sistema, a no ser que antes algo lo detenga y le obligue a cambiarlo.

Y no lo hará. **M**



“Trabajamos para ser pobres”: informe sobre el mileurismo en Cataluña

© Eva Guillamet

La mitad de la población laboral catalana de entre 20 y 29 años, unos 375.000 jóvenes, tienen sueldos que no superan los 1.000 euros brutos mensuales (contando 14 mensualidades), según un informe de Avalot, la organización juvenil de la UGT de Cataluña, elaborado a partir de datos oficiales del año 2005.

El informe, presentado el año pasado bajo el título *Treballem per a ser pobres. Informe sobre la precarietat salarial del jovent català*, afirma que “el mercado de trabajo actual condena a los jóvenes, en caso de querer tener acceso al mundo laboral, a hacerlo necesariamente en condiciones de precariedad y, significativamente, en condiciones de precariedad salarial”. Esta precariedad afecta con más fuerza, lógicamente, al sector de edad comprendido entre los 16 y los 20 años (que globalmente posee un salario bruto anual inferior a los 10.000 euros), pero también se encuentran importantes bolsas de mileurismo en franjas de mayor edad, en concreto entre los trabajadores de 25 a 44 años de la agricultura y la pesca.

Avalot establece como perfil más extendido del mileurista el de un joven de entre 25 y 29 años, autóctono o inmigrante, del sector servicios, con estudios inferiores a la secundaria del segundo ciclo. Como menos que mileurista, habría el joven de entre 16 y 25 años, de la industria, la construcción o los servicios, y de cualquier nivel de estudios. Dentro de este grupo, el peor situado sería el joven menor de 25 años que trabaja como guardia de seguridad, con un sueldo medio inferior a los 600 euros mensuales.

La situación se agrava en el caso de las mujeres, habitualmente con sueldos más bajos que los hombres. Los casos más extremos de precariedad salarial corresponderían a la mujer del sector servicios menor de 20 años (con un sueldo mensual de 598 euros) y a la mujer de entre 20 y 29 años con estudios de formación profesional de grado superior (497 euros).

Con respecto a la influencia del nivel de estudios, el informe de Avalot establece “que haber terminado los estudios de secundaria o de formación profesional no condiciona para nada el sueldo al que se podrá tener acceso si se busca un trabajo alrededor de los 20 años”. Los datos incluso contradicen lo que sería lógico esperar, puesto que los jóvenes que han cursado la secundaria de segundo ciclo o cualquiera de los dos ciclos de formación profesional cobran menos que los que han cursado la primaria (762 euros/mes). Avalot resume la situación afirmando que “los menores de 20 años que se ponen a trabajar después de haber terminado sus estudios de secundaria o de FP se ven abocados a cobrar salarios que superan en muy poco el salario mínimo interprofesional. Y, en todo caso, las pequeñas variaciones tendrán más que ver con la idiosincrasia del sector escogido (sobre todo si se trata de un sector con fuerte demanda de mano de obra y poca oferta) que no con el nivel de estudios cursados”. El salto retributivo en la franja de la veintena sí que es apreciable cuando se tienen estudios universitarios. Con respecto al aumento de sueldos que se registra en edades superiores, se explica fundamentalmente por la adquisición de experiencia.

La principal conclusión es que “un trabajador joven sólo puede elegir entre el paro o trabajar a cambio de unos ingresos que no cubren las necesidades de consumo mínimas”, con la consecuencia de que “en muchos casos los jóvenes tienen que eliminar como bien de primera necesidad el acceso a la vivienda, lo que les condena a retrasar su emancipación efectiva”. La organización sindical denuncia la discriminación salarial que sufren las mujeres y el hecho de que no se valore la formación de los trabajadores y especialmente de las trabajadoras. - **Jordi Casanovas**



(Mal)vivir en la ciudad

Prostitución

La evolución de la prostitución barcelonesa ha estado marcada por la intervención de los poderes públicos. Las mujeres prostitutas han ido mapeando la ciudad, inaugurando nuevos espacios de comercio sexual.

Unas relaciones ve(ci)nales siempre difíciles

Texto **Isabel Holgado Fernández** Antropóloga

“Higienizar es gobernar”.
Juan Giné y Partagás, s. XIX

Barcelona, 1350: el rey Pedro IV el Ceremonioso prohíbe que los prostíbulos aledaños a la Rambla de Barcelona estén situados a menos de cuarenta pasos de las iglesias. Barcelona, 2006: el Consistorio, a través de la Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona, restringe, amén de otros usos, el comercio sexual en la calle y sanciona, entre otras conductas, la oferta y demanda de servicios sexuales en lugares situados a menos de doscientos metros de los centros educativos.

La evolución urbana de la prostitución barcelonesa ha estado marcada, a lo largo de la historia, por la intervención de los diferentes poderes públicos. En función de ésta, las mujeres prostitutas han ido mapeando la ciudad, inaugurando nuevos espacios de comercio sexual que, hasta próximo aviso, quedarán al margen del control oficial. Desde la Corona, el Consejo de Ciento, el Estado central o el Ayuntamiento, el comercio sexual ha sido puntualmente prohibido, mayoritariamente regulado y tolerado, pero invariablemente objeto de políticas de control, sobre todo la prostitución en espacio público y, como colectivo predilecto, las numerosas mujeres clandestinas que, en todos los tiempos, han tratado de trabajar “por libre” y evitar ser inscritas en los registros municipales. La gestión pública de la prostitución ha sido una fuente constante de ingresos para el erario público, desde que Alfonso X el Sabio consolidara el sistema de burdeles públicos, a través de la concesión de licencias *ad usum meretricale* –en exclusiva a los hombres.

Otra de las constantes en la historia de la prostitución ha sido el sinfín de restricciones sobre las mujeres prostitutas que no les ha permitido tener una vida normalizada y ser personas socialmente aceptadas. Sin entrar a citar las dramáticas consecuencias derivadas del estigma social persistente, y obviando aquí épocas

y castigos de gran brutalidad (rapado de pelo con escarnio público, corte de orejas, latigazos, muerte...), la mayoría de las prohibiciones se han referido al uso del espacio público y el aspecto en el vestir, buscando mantener diáfana la diferencia crucial para el orden social entre las mujeres decentes y las mujeres incastas. Alfonso X, por ejemplo, impuso a las mujeres prostitutas el color pardo –de ahí la expresión “irse de picos pardos”– o la prohibición de usar joyas, además del encierro durante la Semana Santa. Desde 1446, las mujeres públicas debían quedarse encerradas en sus burdeles. Más tarde, se les impuso el encierro de Cuaresma en los conventos de mujeres “arrepentidas”. El primero en la ciudad Condal fue el convento de las Magdalenes, y ya en el siglo XV, el más usado fue el de la calle Egipcíaques, nombre derivado de una prostituta bíblica arrepentida y convertida en mártir. Todavía hoy se usa coloquialmente la expresión: “estar más pobre que las putas en Cuaresma”.

Itinerario histórico y humano

Cuentan las crónicas que, durante la Edad Media, la Barcelona extramuros –por ejemplo, la actual zona de Canaletes y calle Tallers– fue el escenario habitual de la prostitución de clase pobre, espacio compartido junto con mendigos y otros grupos marginados socialmente. A partir de 1400, a la prostitución de calle se unen los burdeles –o “*bons llocs*”– tolerados por el gobierno. Tallada en la piedra del edificio, una cabeza grande y con impactante expresión, denominada *carassa*, anunciaba la cercanía de un burdel.

A partir del siglo XVI, la prostitución como medio de vida proliferó a ambos lados de la Rambla. Conocido como Raval o distrito V hasta 1981, es este un distrito populoso, rico en efervescencia cultural y política, pero también muy pobre, con grandes problemas de vivienda, sociales y sanitarios, y que recibe sin tregua nueva población en busca de mejores oportunidades en la ciudad. La prostitución se convierte en un opción económica para poder hacer frente a la miseria endémica y buscar mayores márgenes



© AHCB-AF



© AHCB-AF

genes de autonomía en un contexto de exclusión sociolaboral normalizada para la población femenina.

A finales del siglo XIX la prostitución de calle se localiza principalmente en la parte baja de la Rambla, en su margen derecho. Conocida como “los bajos fondos”, fue rebautizada como “el barrio chino” en los años veinte. Este espacio prostitucional, protagonizado por mujeres de clase pobre y hombres con bajo o medio poder adquisitivo, convive con los burdeles más chic que comienzan a aparecer a comienzos del siglo XX. Destinados a un público masculino “selecto” y cosmopolita, en ellos trabajaban mujeres españolas y francesas, y algunos se destacaron por el nivel de sus servicios. Entre ellos, el Chalet del Moro, en el Passatge de la Pau, o Madame Petit, situado en la calle Arc del Teatre, famoso por ser el primero en Europa en incorporar el bidé en el ritual higiénico.

La farándula y la intelectualidad europea, junto con la población masculina autóctona y los marinos que visitaban regularmente Barcelona, aseguraron la buena salud del trabajo sexual y el esplendor del barrio chino. Las mujeres en prostitución se erigieron en el motor del tejido socioeconómico del Raval durante más de un siglo. Rosa, una mujer prostituta y vecina durante treinta años del barrio chino, se lamentaba al evocar esa época: “Nosotras dimos una vida increíble a este barrio. Todo el mundo ganaba dinero con nosotras: pero mira, ni una triste estatua. A los puteros sí, a ellos les ponen hasta una plaza”.¹

Hasta 1935, cuando el gobierno derechista español suprimió la prostitución como “medio lícito de vida”, la política municipal se basaba en la ideología higienista clásica (mujeres prostitutas como primeras responsables de las enfermedades venéreas) y de

orden público, centrando su política en el censo y control higiénico de las mujeres en prostitución. Tras la guerra civil, se retoma la reglamentación y se reabren los burdeles de la ciudad, mientras se refuerza el acoso a la numerosa y autónoma prostitución de calle, multiplicada por la gran penuria económica que trajo la posguerra. Las mujeres prostitutas debían ejercer en prostíbulos públicos, inscribirse en el registro y cumplir con las restricciones y las revisiones higiénicas semanales estipuladas por la Sección de Higiene Especial.

La tolerancia reglamentada se acaba en 1956, cuando España firma el convenio abolicionista de las Naciones Unidas (1949) y vuelve a considerarse la prostitución como “tráfico ilícito”, siguiendo la estela de la corriente abolicionista mundial, y en coherencia con la mentalidad ultraconservadora franquista sobre la virtud y la respetabilidad de las mujeres. El impacto en el mercado del sexo de pago fue demoledor: solo en Barcelona se cierran 98 prostíbulos y 42 casas clandestinas, y se disparan el acoso y el confinamiento de las mujeres prostitutas.

Pero ni los prostíbulos, ni las mujeres que recurrían a la prostitución para afrontar la vida, ni la demanda masculina de sexo de pago desaparecieron de la coreografía social. Buena parte de los burdeles se convirtieron en bares, barras americanas, snack bars... Las profesionales del sexo se transformaron en camareras, emigraron a otros países o engrosaron la prostitución clandestina de calle, con lo que asumieron mayores riesgos ante la contundente persecución oficial. Con el auge de las barras americanas y los *meublés*, un nuevo barrio chino, denominado “perfumado”, se conforma en el Eixample izquierdo, en los alrededores de

“La farándula y la intelectualidad europea, juntamente con la población masculina autóctona y los marinos, aseguraron la buena salud del trabajo sexual y el esplendor del barrio chino”.

la calle Urgell y la avenida de Sarrià. La popularidad del coche también facilita nuevos lugares de prostitución callejera.

En 1962 España ratifica la Convención internacional que identifica prostitución con trata y explotación. Diez años después, el gobierno clausura la mayoría de los *meublés* de Barcelona y reactiva una campaña de “limpieza” y represión de mujeres en prostitución. La zona del “barrio chino perfumado”, Rambla Catalunya y la Ronda de Sant Antoni fueron las más sancionadas. Según la oficialidad, el objetivo principal era desarticular las organizaciones de proxenetas extranjeros y “evitar la proliferación de drogas, de la trata de menores y de la delincuencia en general”. El resultado fueron algunos presuntos proxenetas detenidos y una actuación durísima contra las mujeres, muchas de las cuales fueron detenidas, multadas por “escándalo público” y confinadas en centros de reeducación de todo el país.

Pese a la persistente presión y a las redadas habituales, las mujeres meretrices siguieron buscando nuevos escenarios y usando el espacio público para ofrecer sus servicios, especialmente en la Rambla, durante veinticuatro horas al día. Se ampliaban las zonas de trabajo sexual en la ciudad y el aumento del número de mujeres, como ilustran las protestas vecinales documentadas en esos años. Tras el cambio social y político en los setenta, se diversifica la procedencia de las mujeres (comienzan a visibilizarse las personas travestís y transexuales) y la oferta de servicios sexuales remunerados²: el uso de anuncios en prensa de casas de masaje, *call-girls*, servicios a domicilio u hotel, etc., coexisten con la prostitución de calle, cuyo epicentro era la calle Robador. Carandell señala que esta calle, en 1982, albergaba casi treinta bares, algún *sex-shop* y una docena de *meublés*. Draper calcula que entonces debía de haber entre 40.000 y 45.000 prostitutas “de toda especie” en Barcelona³.

A raíz de los Juegos Olímpicos de 1992, el barrio chino y el resto de Ciutat Vella se convierte en prioridad de la política renovadora de la ciudad. Se pone en marcha un ambicioso plan urbanístico y, en 1999, se aprueba un nuevo Plan de Usos del Distrito I. La nueva normativa se traduce en el cierre progresivo de numerosas pensiones y *meublés*, así como la desaparición de calles donde se ejercía la prostitución. Esta intervención municipal provocó una mayor visibilización de las mujeres prostitutas, y también las primeras protestas de las mujeres profesionales, secundadas por algunos dueños de locales, que buscaron el amparo del Síndic de Greuges para vindicar su derecho al trabajo.

A partir de 1997, se produce un cambio significativo en el perfil de las mujeres. Como consecuencia de las nuevas dinámicas globales y laborales, el número de mujeres inmigrantes extracomunitarias en el sexo comercial no ha dejado de aumentar, hasta alcanzar hoy día entre el 60% y el 90% según los espacios.

Procedentes de Latinoamérica, la Europa del Este y África principalmente, pero también de países occidentales, esta nueva realidad ha modificado las políticas públicas y la valoración social del fenómeno. Cabe decir, en este punto, que siempre ha habido personas extranjeras en el sexo comercial de Barcelona, tanto en las calles como en los espacios cerrados. Además de su presencia en los prostíbulos de lujo a lo largo del siglo XX, Barcelona acogía regularmente a las mujeres extranjeras, denominadas “gaviotas”, que seguían a los marines estadounidenses por los diferentes puertos mediterráneos. Además de estancias temporales de mujeres de diferentes procedencias, las protestas vecinales en los setenta se derivaban sobre todo de los conflictos presuntamente ocasionados por la presencia de mujeres latinoamericanas.

Actualmente, tras la aplicación de la ordenanza municipal –fuertemente criticada por diferentes sectores de la sociedad civil, algunos políticos, prestigiosos juristas y las propias personas prostitutas– y la macrorredada realizada en noviembre de 2006 contra presuntas redes delictivas de prostitución rumanana, la fisonomía de la prostitución barcelonesa de calle ha cambiado sustancialmente, sobre todo en el centro de la ciudad. Pese a la precarización de las condiciones de trabajo y la mayor vulnerabilidad por la situación administrativa, las mujeres y transexuales (albanesas, rumanas, chinas, latinas, españolas, etc.) buscan lugares urbanos donde poder gestionar su trabajo sin concitar conflictos vecinales. Una dificultad añadida es la caída de la demanda por parte de los hombres en espacios abiertos, ya que, por primera vez, son también objeto de sanción administrativa. Mientras tanto, se consolida la industria del sexo en los espacios ocultos a la ciudadanía. Barcelona despunta como uno de los lugares predilectos de sexo a la carta en Europa. La prostitución es solo uno de los múltiples modos englobados en la mercantilización de la sexualidad. La oferta de perfiles, espacios y experiencias de sexo de pago es extraordinariamente diversa y, más que nunca, al alcance de todos los bolsillos.

Perspectivas y políticas

Como nos recuerda Ordóñez⁴, la Unión Europea consensuó la política respecto a la trata de personas con fines de explotación sexual a partir de la Convención de Palermo de 2000. Pero el abordaje legal del fenómeno de la prostitución difiere en cada país. Y en este sentido, las posiciones ideológicas en torno a la sexualidad y la migración, entre otros, cristalizan en normas y abordajes jurídicos concretos. Lo que sí comparten todos los modelos es la consideración delictiva del proxenetismo. En España, partiendo del ordenamiento jurídico, la prostitución es una actividad permitida, pues ningún precepto constitucional ni legal la prohíbe expresa-



© Cristhian Maury



© Cristhian Maury

“Barcelona despunta como uno de los lugares predilectos de sexo a la carta en Europa. La oferta de perfiles, espacios y experiencias de sexo de pago es diversa y está al alcance de todos los bolsillos”.

mente. Otra cuestión es la práctica legal y judicial, especialmente cuando de mujeres migrantes y espacios abiertos se trata.

Existen, básicamente, tres perspectivas: la penalización (que se traduce en prohibicionismo y abolición), la reglamentación (en su versión clásica y su versión posmoderna) y la despenalización o legalización.

El prohibicionismo se inició con el emperador Justiniano, que estableció castigos severos para todas las personas que intervinieran en la prostitución. Con un componente religioso ultraconservador, que considera pecado toda actividad sexual fuera del matrimonio, contempla el intercambio de sexo por dinero como delito en sí mismo, y a las personas que ejercen la prostitución como seres “delincuentes y depravados”. La práctica histórica ha significado a las mujeres como las principales perseguidas. Estados Unidos e Irlanda son ejemplos de este posicionamiento.

El abolicionismo parte del axioma que toda actividad sexual previo pago, sea pactada o no, es una violencia contra todas las mujeres, un reducto de dominación patriarcal que hay que abolir. Sostienen que las mujeres son siempre víctimas de un hombre, una red de tráfico o la compulsión de miseria, y que los clientes hombres son siempre culpables, pues buscan saciar su dominio sobre las mujeres a través de “la compra del cuerpo de una mujer”. Las medidas a tomar se centran en la sanción y persecución del “hombre prostituidor”, además de la lucha contra las redes de proxenetas. Suecia es el país que ha adoptado el abolicionismo como política de Estado. Desde 1999, penaliza la compra de servicios sexuales y los hombres clientes son multados y expuestos a penas de hasta seis meses de prisión. En el Estado español, el feminismo institucional apuesta por seguir el ejemplo sueco.

La reglamentación o regulación de la prostitución, en su versión clásica, parte de la consideración de la prostitución como “mal necesario”. Las tesis de San Agustín de Hipona estipularon la tolerancia y el control férreo de la prostitución hasta el siglo XIX, como modo de prevención de “peores pecados” y salvaguarda de la castidad femenina de las mujeres núbiles. A partir del siglo XIX, y ante la creciente preocupación por los problemas sanitarios de la población masculina, se extiende el reglamentarismo en todo el Estado español. Las acciones principales de la regulación son la persecución de la prostitución independiente, el censo de las mujeres prostitutas, la obligación de controles sanitarios periódicos, así como la acotación de zonas y horarios y las obligaciones tributarias.

Desde los años noventa, la reglamentación, en su versión actual, es uno de los abordajes más utilizados a escala municipal, asimilándose, en ocasiones, con los preceptos del prohibicionismo. Ahora el énfasis se pone en restringir el uso del espacio público, además de la zonificación de los clubes y medidas de

control higiénico y sanitario. El otro ámbito de acción, inédito hasta ahora, son las normativas municipales que visibilizan a los hombres clientes e intervienen con respecto a ellos. En Madrid se impulsó el pasado año la campaña “Porque tú pagas existe prostitución”, junto con medidas disuasorias y sancionadoras para los hombres que acuden a los espacios abiertos de prostitución. La normativa barcelonesa de 2006 y la elaborada por el Ayuntamiento de Reus en 2007 también amplían el objetivo al sancionar a los usuarios de sexo de pago.

La legalización de la prostitución como actividad laboral y económica, con sus inherentes derechos y deberes, es la respuesta jurídica que han adoptado Holanda (2000), Alemania (2002) y parcialmente países como Suiza y Australia. Fue en la Europa occidental y en Estados Unidos donde se inició, en los años setenta, un movimiento pro derechos, liderado por las propias profesionales del sexo y reforzado por sus aliadas feministas. En 1985 tuvo lugar el primer Congreso Mundial de Putas, celebrado en Bruselas, donde denunciaron el maltrato social y legal y reivindicaron sus derechos como *sex workers*. Este movimiento pro derechos tiene, en la actualidad, alcance planetario, y son numerosas las organizaciones de profesionales del sexo que se organizan para defender, en primera persona, sus intereses. En 1997, en Calcuta se manifestaron más de mil mujeres prostitutas que denunciaron la práctica paternalista y represiva que las consideraba siempre objeto de intervención y nunca sujetos de derechos. Entidades como Hilo Rojo de Holanda, la Net Work Sex Worker Project, de incidencia global, Empower en Tailandia, el Movimiento Autónomo de Trabajadoras del Sexo en Ecuador, Hetaira en España, etc. están trabajando por el fortalecimiento político del colectivo de trabajadoras del sexo. El último hito fue la celebración en Bruselas del Congreso Internacional por los Derechos Humanos y Laborales de las Personas Profesionales del Sexo, en otoño de 2005. Uno de los aspectos centrales de las demandas del movimiento pro derechos es la urgente distinción entre las personas que optan, consciente y deliberadamente, por el trabajo sexual, y aquellas que sufren violencia y coacción en contexto de prostitución y tráfico. Realidades radicalmente distintas que requieren intervenciones igualmente diferentes. 

Notas

- 1 Se refiere al escritor francés Pierre de Mandiargues, autor de la novela *La Marge* y homenajeadó con una plaza en el epicentro del barrio chino.
- 2 Carandell cita la presencia de “prostitutos”, hombres que ofertaban servicios sexuales y de compañía para mujeres. En Carandell, J. M. (1982), *Nueva guía secreta de Barcelona*, Martínez Roca, Barcelona.
- 3 Draper Miralles, R. (1981), *La guía de la prostitución en Barcelona*, Martínez Roca, Barcelona.
- 4 Ordóñez, A. L. (2006), *Feminismo y prostitución. Fundamentos del debate actual en España*, Trabe, León.



(Mal)vivir en la ciudad

Jubilados

España será el país más envejecido de la Unión Europea en 2050. Aunque hay muchos ancianos que disfrutan de una salud excelente, el reto es llegar a estas edades en buenas condiciones de autonomía. Y superar el miedo al tedio.

Un territorio situado más allá del abandono

Texto **Núria Escur** Periodista

La primera vez que vi a María fue en una fotografía de prensa. Tenía 83 años y estaba enferma de Alzheimer. Se la veía bien cuidada. No era una anciana abandonada, ni un ser desprotegido; no deambulaba sola por las calles ni pedía limosna. Era una mujer saliendo de la ducha, perdida en su propia oscuridad, eso sí, pero allí, en una esquina de la foto, había una mano que la asía fuerte, una mano ostentosamente más joven que la guiaba. Esa era la diferencia, apenas un detalle en una esquina, que la separaba de otros ancianos.

No fue hasta más tarde que supe que aquella foto formaba parte de la serie que había recibido uno de los premios Foto Press de este año 2007. María era la abuela de la autora del reportaje, Elisa González Miralles, galardonada por las instantáneas tomadas. Escuché, incluso, alguna queja de profesionales del medio porque aquello no era, estrictamente, una foto de prensa al uso. Tenían razón. Ni siquiera era arriesgada, el fotógrafo no puso su vida en peligro ni se trataba de una instantánea bélica o una terrible imagen tercermundista. Pero ahí había dolor. Así que da igual, cumplió su función. La función de obligarnos a reflexionar sobre agonías que tenemos más cercanas, pequeños pero profundos pozos de dolor cotidiano, de desazonar, de despertar, de alertar a cualquiera de que nosotros podemos ser, un día, María Canelo.

La muerte de los amigos

Como María, otros ancianos forman parte de ese sector de la tercera edad que vive el abandono de una sociedad que poco piensa en ellos. No son los más necesitados. No les faltan recursos económicos, no carecen de medicinas, ni de comida, ni de ropa, ni de techo. Mantienen los suficientes lazos familiares para que sus hijos se encarguen de ellos o paguen a quienes les puedan ayudar. Pero tampoco escapan a la soledad. Es una soledad que va algo más allá de la miseria económica. La propia de ese milagro científico que ahora nos permite vivir tantos años; la soledad de tener muchas horas por delante y casi nada para llenarlas. Unos

mantienen la memoria casi intacta; otros, como María, se perdieron en el camino. Como explicaba su nieta, “la miro y me pregunto cómo será aquel mundo en el que ella vive. Es un lugar que yo no conozco y al que no puedo viajar para acompañarla”.

Al grupo de quienes conservan la memoria pertenecen hombres tan significativos como el periodista Carles Sentís. En una entrevista reciente, reflexionaba el nonagenario: “¿Sabe qué es lo peor? Lo peor de envejecer es que se te han ido muriendo los tuyos. Los que han vivido lo mismo que tú. Los amigos, la familia. A veces me siento solo, realmente solo, pero no por falta de personas a mi alrededor, sino por falta de personas de mi edad. ¿Entiende? ¿Con quién quiere que recuerde, que rememore, si ya no queda nadie que haya vivido lo mismo que yo?”

Jubilarse de algunas cosas

“Tengo que recurrir repetidamente al vademécum, como mi padre, que fue médico, porque se me olvidan las dosis y el nombre de los medicamentos. Me pongo a andar en mi casa para buscar las llaves y en el camino se me olvida qué era lo que iba a buscar. De pronto voy a meter mis gafas en el congelador, como le pasó a un paciente mío en sus alteraciones mentales”. Así explicaba su entrada en la vejez el doctor Javier Gutiérrez, profesor del Medicina Interna de la Universidad del Valle y presidente del Comité de Ética Médica en la Clínica de la Fundación Valle del Lili.

Su texto *Mis primeros setenta años* constituye una lucidísima reflexión sobre la vejez. Esa vejez de quienes en la frontera de la jubilación ven cómo va cambiando su vida. Los achaques, la pérdida de memoria, el descontento, incluso la poca confianza en los seres humanos que les rodean. La soledad. Algo que va más allá de la precariedad. A veces ni siquiera tiene nada que ver con ella. Gente que vive acomodadamente, profesionales liberales que han evolucionado desde una sólida y segura existencia, ven cómo su trayecto se va acortando y se sienten invadidos por el abandono. “¡Qué dificultad para los nombres propios, los tengo



© Elisa González

en la punta de la lengua y no los puedo recordar! Confundo los nombres de mis hijos y mis nietos. A veces llamo a un residente con el nombre de otro. Cuando estoy en familia cuento las anécdotas de mi vida y ellos, con cariño y reproche dicen: 'Papá, eso ya nos lo contaste' (...)"

La vejez empieza cuando los recuerdos pesan más que las esperanzas. España será el país más envejecido de la Unión Europea en el año 2050 según datos recientes de la Oficina de Estadística Europea (Eurostat), facilitados por el Instituto de Estudios Económicos. Alrededor de 10.000 españoles tienen cien años o más y algunos de ellos tienen mejor salud que sus hijos, casi octogenarios. Las mujeres son las más longevas de Europa, con una esperanza de vida de 83,8 años (para los hombres es de 77,2). Pero el 36,7% de la población española en ese 2050 superará los 65 años. Casi el 30% de la Unión Europea pertenecerá a la tercera edad. Tal vez eso obligue a las administraciones a trabajar más y mejor para ese sector. España será la población más envejecida del siglo seguida de Grecia, Portugal, Dinamarca, Alemania, Eslovenia, República Checa y Austria.

Llegar al siglo en la ciudad

Hay centenarios en unas condiciones de salud especialmente buenas, pero "(...) la pérdida de autonomía y la dependencia, la necesidad de una persona que les ayude a mantener una mínima calidad de vida, es muy alta", explica el geriatra Leocadio Rodríguez Mañas. El reto, pues, es llegar a la vejez en buenas condiciones de autonomía. Prevenir esa dependencia a la que casi siempre, al principio, se resisten.

El cuerpo humano aguanta más de cien años, pero el declive físico y mental comienza antes a manifestarse clínicamente. El

deterioro funcional empieza mucho antes de que nos demos cuenta. "La memoria real no puede perderse -explica desde el humor el doctor Javier Gutiérrez- porque cada equis meses los jubilados tenemos que firmar el documento de supervivencia, para poder recibir la jubilación. Ya me han declarado muerto en vida en dos ocasiones por haberme retrasado un día en firmar el odiado documento. Cada equis meses el Estado nos recuerda que debemos estar vivos o que nos acercamos rápidamente a la muerte".

Tienen que pedir con frecuencia que les repitan las preguntas. En casa les critican porque ponen demasiado alto el volumen del televisor, porque tardan demasiado en arreglarse, porque comprueban repetidas veces si el gas está cerrado, porque rompen de vez en cuando algún vaso. "Al leer la prensa tengo que alejar el periódico y casi ponerlo a nivel de los pies". Tratan de agradar y no molestar. "Ese es otro tormento: no molestar a los familiares, esa sensación de que no quieres ser un estorbo". Con los años, continúa Javier, nos volvemos más sentimentales. "No entendía a mis pacientes de edad cuando les hacía una pregunta en su historia personal que llegaba a lo íntimo de su alma y se ponían a llorar. Ahora los entiendo porque lloro lo mismo. Médico que no entiende el alma, no entiende el cuerpo, dijo Hipócrates".

Duermen menos horas. Les quedan demasiadas para llenar. A veces ni la espiritualidad basta para evitar el miedo a la muerte. Y más acá, el miedo al tedio, al aburrimiento, a esa rutina infinita de hacer cada día las mismas, pocas, cosas, del mismo modo, a la misma hora. A menudo, ese sentimiento es más patente en ciudades que en el ámbito rural. El anciano de la ciudad es un anónimo. A veces ni siquiera le devuelven el saludo en el ascensor. "Hay días -explica Rosa- en los que no hablo con nadie, absolutamente nadie, desde que me levanto hasta que me acuesto".



© Elisa González

Rosa Foixà vive en el barrio de la Sagrada Família. Lleva allí toda su vida. Ahora, a sus ochenta y muchos, se encuentra en una situación difícil. Primero murió su marido, enfermo del pulmón durante varias décadas, luego su madre, hace un par de meses su hermana, con la que vivía desde que enviudó. No tiene hijos. No tiene a nadie más. Continúa ahí, en un sexto sin ascensor. Le duelen las piernas, me cuenta, y la espalda, y los hombros. Y los recuerdos, pienso yo. “Creo que en los últimos diez años nunca he pasado una hora sin un dolor u otro”. Sale poco de casa, sólo para ir al médico y comprar lo imprescindible “y los martes y jueves por la tarde, porque cada día no me veo capaz de subir y bajar las escaleras” para ir a tomar un suizo o una magdalena a la granja de la avenida Gaudí donde la encuentro.

Sentirse útil es vivir

Rosa tuvo una juventud esperanzadora, trabajó como técnica en un laboratorio químico; pasó a una madurez económicamente holgada y ahora, ahora es uno más de esos mayores a los que la soledad abraza. De poco sirve lo ahorrado si no hay con quien compartirlo. También el doctor recordaba a un paciente de quien su esposa explicaba: “No le gusta nada. No ve televisión, no lee, no escucha música. ¡Qué tristeza! Su mente sólo da vueltas constantemente a sus limitaciones y dolores”.

Sentirse útil es vivir. “Cuántos de nuestros pacientes ven cómo se les acelera la muerte –apunta Javier– cuando dejan de hacer algo, cuando ya no se consideran útiles. Por eso, ahora que estoy jubilado estoy trabajando y produciendo más que antes”. Como Picasso, “cuando me dicen que soy demasiado viejo para hacer una cosa, procuro hacerla enseguida”. Pienso en esa frase mientras Rosa me cuenta que, con los años, se ha vuelto malhu-

morada, intransigente, irascible: “¿Ve esa mesa de la entrada? Pues iba a sentarme al lado pero he visto que había una madre con su hijo pequeño lloriqueando. Me he apartado. No soporto lo pesados que son los críos. Sus gritos, sus exigencias, que no paren de moverse. ¿Se imagina lo triste que me resulta sentir eso...?, ¡con lo que me habían gustado a mí los niños!”. Y Rosa sigue con su ritual de cada jueves. La dejo ahí, sentada en la mesa, con su suizo delante y un *pa de pessic* indefinible, que no termina nunca para que no la echen del local.

Al levantarme me dice: “Ya sabe, estaré aquí cada jueves”. Y me viene a la cabeza la frase de García Márquez: “El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad”. Rosa, como muchos otros ancianos de esta ciudad, ya no espera mucho de los políticos. Sólo del prójimo. Cada día se sientan en los bancos de esta avenida abuelos que se explican sus vidas. A veces no se conocen de nada, pero diluyen así sus fantasmas. Porque el silencio es terrible, el silencio es el estrés de los mayores. Les carcome, les desespera, les anula. Miro su ir y venir cerca del templo de Gaudí. No son gentes que pasen graves apuros económicos aunque vivan sencillamente. Se les ve aseados, con su ropa cuidada. Algunos solos. Muchos acompañados de mujeres latinoamericanas que les atienden. Otros manejando sus sillas de ruedas.

Los expertos en gerontología coinciden en apuntar que se ha perdido el respeto a la tercera edad. Que se abandona a la gente mayor con una jubilación mínima que no les alcanza para nada y les obliga a depender de un grupo familiar con el que no vivían mientras fueron independientes o de un ayudante a sueldo. “A veces las personas de edad prefieren una vida de privaciones para mantener lo que para ellos era la imagen de su propia indepen-



“Gente que vive acomodadamente, profesionales liberales que han evolucionado desde una sólida y segura existencia, ven cómo su trayecto se acorta y se sienten invadidos por el abandono”.

dencia” escribe Eleonora Lotersztein en su estudio *La vejez: ¿fuente de sabiduría o abandono?*

Pacientes con enfermedades terminales insisten a sus médicos en que quieren dejar en buenas manos su testamento vital. Otros manifiestan a sus hijos su voluntad de ser ingresados en residencias antes de pasar a ser una carga diaria para ellos. Lo hacen a pesar de saber que eso comportará la pérdida de su libertad, porque “al ser depositados en un geriátrico deberán cumplir horarios, normas y actividades. Vuelven a la escuela, se les exige respeto y obediencia. Se sienten niños”. Es esa cadena de desesperanzas, de dudas pensadas una y otra vez, que les atenaza.

Urgencia de respuestas

El 1 de enero de este año entró en vigor la ley que crea el Sistema de Autonomía y Atención a la Dependencia (SAAD), aprobada en el Congreso por amplia mayoría (sólo votaron en contra CIU, PNV, EA y Nafarroa Bai). Nace así un nuevo derecho universal de ciudadanía que garantiza la atención del millón y medio de personas que, en España, no pueden valerse por sí mismas. Se la ha considerado como el cuarto pilar del Estado del bienestar, tras la salud, la educación y las pensiones. Fue una respuesta a la crisis del modelo de solidaridad familiar. Esta iniquidad es particularmente dolorosa en los servicios sociales cuyo grado de cobertura es uno de los más bajos de Europa

Un estudio reciente de la Fundación BBVA señala que, a partir de los 65 años, alrededor de un tercio del sector requerirá el apoyo de terceros. Desde la entrada en vigor de la ley, la ayuda a personas dependientes ha dejado de ser un problema de ámbito familiar para convertirse en una responsabilidad social. Pero hay mejores ejemplos. En Alemania o Austria este sistema de ayudas se integra en la Seguridad Social.

Voy a recoger uno de esos cuestionarios que hay que rellenar para solicitar ayuda a domicilio y se lo llevaré a Rosa. Pero creo que todavía me agradecerá más que hable con ella algún otro jueves. **M**





Bienvivir o malvivir la vejez: ésta es la cuestión

Texto **Cristóbal Pera** Cirujano

“El cuerpo se derrumba / desde encima / de sí / como ciudad roída / corroída / muerta”¹. José Ángel Valente

Bienvivir la vejez, como tramo final de una larga vida, más o menos afortunada, puede convertirse en un malvivir. En realidad, la vejez es malvivida por demasiada gente, en cualquier lugar del mundo. Pero cuando esto sucede en una ciudad tan luminosa, atemperada y llena de vitalidad como Barcelona, resulta aún más doloroso para quienes lo sufren con la conciencia todavía lúcida. Se vive mal en la vejez cuando se está demasiado lejos de esa armónica y difícil conjunción entre el bienestar físico, mental y social que hace que la vida, mientras dure, sea merecedora de ser vivida.

En la ciudad de Barcelona, según las estadísticas de población publicadas por su Ayuntamiento en el año 2006, de una población total de 1.629.537 habitantes empadronados, vivían 334.101 personas mayores de 65 años, de los cuales 130.090 eran hombres y 204.011 eran mujeres. Según datos del informe *La salud en Barcelona 2005*, la esperanza de vida es de 77,5 años para los hombres y de 84,3 años para las mujeres.

El Consell Assessor de la Gent Gran de la ciudad de Barcelona apuesta por unas condiciones que permitan vivir una vejez satisfactoria. ¿Qué cabe entender por una vejez vivida con satisfacción?

Toda reflexión sobre lo que pueda ser una vejez satisfactoria será más fácil si se acepta que los cuerpos humanos –complejísimas entidades biológicas con una historia y una conciencia personales– son vulnerables, deteriorables y caducables². En el ineludible proceso biológico que conduce al envejecimiento del cuerpo aumenta la vulnerabilidad frente a las agresiones de todo tipo y se acumula un progresivo deterioro biológico que afecta, con preferencia, a los sistemas nervioso, cardiovascular y locomotor, mientras que la caducidad, sin fecha fija, se acerca. Son las enfermedades crónicas más relevantes las que afectan a los ancianos: enfermedades cardiovasculares, diabetes, cáncer, enfermedad respiratoria obstructiva crónica, artrosis y osteoporosis, problemas de visión, depresión, enfermedad de Parkinson y demencias, como la enfermedad de Alzheimer. La esperanza de vida y la calidad de esa vida en la vejez dependen de las consecuencias negativas acumuladas por el deterioro biológico y por la acentuada vulnerabilidad.

Cicerón, en su *Diálogo sobre la vejez*³, enumera las cuatro razones que aducen los que la encuentran miserable: “una, porque debilita el cuerpo; otra, porque nos aparta de los negocios; la tercera, porque nos priva de casi todos los placeres, y la cuarta, porque no dista mucho de la muerte”. La debilidad del cuerpo envejecido se debe a que éste pierde progresivamente firmeza hasta que, al final, arrastra su pesantez, a duras penas, cansino e inestable, propicio a los tropiezos, caídas y atropellos, con las consiguientes lesiones traumáticas. La dura fábrica del cuerpo –cuello, espalda– se encorva poco a poco hacia la tierra.

Pero es lo cierto que cada persona envejece a su manera. En ausencia de enfermedad crónica relevante, el proceso de envejecimiento se desarrolla con gran variabilidad personal, en cuanto a intensidad y ritmo, lo que sugiere la conjunción de factores genéticos, sexuales, geográficos, étnicos, culturales, además del estilo de vida seguido en las edades previas a la senectud.

El apartamiento de los negocios, según la expresión ciceroniana, es algo más que la jubilación administrativa, ya que implica su inclusión en el status social de ciudadano pasivo, tan solo utilizado, en ocasiones, en actividades complementarias, familiares o sociales. La pérdida del espacio laboral suele ir asociada a la progresiva reducción del espacio personal en el que vive, de su vivienda, y de una incipiente marginalización social, e incluso familiar. Esa constante retracción del espacio del mundo donde asienta el cuerpo envejecido sería –para Elaine Scarry⁴– casi una representación de la vejez.

Acortamiento del horizonte vital

Desde esa perspectiva, la vejez supone, para quien así la malvive, un doloroso proceso asociado a un progresivo acortamiento del horizonte vital inmediato, del perímetro de sus placeres, cada día más encerrada en soledad, si mucho antes no se había procurado soluciones alternativas que le permitan vivir una vejez activa.

La persona que, ya retirada, se ve obligada a vivir sumida totalmente en su vejez, sin espacios alternativos en los que pueda desarrollar una vejez activa, queda fuera de los circuitos de la actividad física, mental y social, y entra en el opaco territorio de la pasividad, donde, en ausencia de un entorno familiar acogedor, puede terminar sus días marginada y solitaria en un deteriorado e inseguro espacio personal, o bien en un espacio comunitario en el que compartirá otros muchos envejecimientos, y en donde la precariedad de estímulos vitales potenciará su progresivo desaliento.

En cualquiera de estos escenarios posibles para el último acto, si la conciencia de su yo todavía permanece lúcida, sobrevivir en soledad, con penuria física, económica y emocional [“La soledad./ El miedo./ Hay un lugar/ vacío, una estancia que no tiene salida”⁵], es, sin ninguna duda, un malvivir. Porque en la vejez, la soledad provoca no solo un impacto emocional, sino también físico, lo que acelera el definitivo derrumbe del estado de salud.


La progresiva dependencia del cuerpo envejecido –entendida ésta como la incapacidad para realizar por sí mismo las acciones necesarias para el vivir de cada día– va cercenando poco a poco las posibilidades de vivir una vejez activa. Unas dependencias que desde las calificadas como moderadas y graves puede llegar a la dependencia total, mucho más difícil de manejar por quienes asisten a estos ancianos, ya que a la pérdida de la autonomía física se añade la dependencia ligada a la pérdida de la capacidad cognitiva, como sucede en la demencia senil, cuando la mirada, ausente, ya no reconoce a los suyos. Una dependencia que atañe a todas las actividades cotidianas relacionadas con el básico funcio-

namiento y mantenimiento de ese cuerpo, ya muy deteriorado por su prolongado uso: levantarse de la cama o de la silla, sostenerse en pie, caminar unos pasos sin tropezar y caer, sentarse, realizar su higiene corporal y manejar con seguridad instrumentos de uso cotidiano para su alimentación, para su entretenimiento y para pasear por el entorno de su casa.

Lo cierto es que para aspirar a vivir una vejez satisfactoria es necesario prepararse en las edades previas, y en esta prevención debe jugar un papel muy importante la apuesta de la sociedad del bienestar por una cultura de la salud. Una vejez activa cuyo bienestar ha de propiciarse en el seno de la sociedad del bienestar, mediante la “participación continuada de las personas que envejecen en los asuntos sociales, económicos, culturales, religiosos y cívicos, y no solo en la promoción de su actividad física” (Organización Mundial de la Salud).

Para bien vivir la vejez, cuando se inicia paulatinamente el camino de cierta dependencia, se necesita una vivienda saludable, segura y accesible con facilidad, preparada para prevenir las caídas, evitar las manipulaciones torpes que provoquen incendios y otros accidentes caseros, con una asistencia apropiada al grado de dependencia –incluida la teleasistencia cuando sea necesaria para la seguridad del anciano o anciana que vive solo–, una convivencia familiar y social que evite el desconsuelo de la soledad no deseada, un entorno de la vivienda con espacios libres y seguros para pasear, libres de violencia, que no atemorice al anciano o a la anciana y que le encierre, por miedo, en su casa. Si estas condiciones no son posibles en un espacio personal propio, es preferible la vida en una residencia geriátrica en la que se cumplan estas mínimas exigencias.

Malvivir la vejez es sobrevivir en soledad, con penuria física económica y emocional, pasando los días y las noches en una vivienda insalubre e insegura, de difícil acceso para el grado de su dependencia física, sin la necesaria asistencia, sin el apoyo de su comunidad, en un “espacio personal” progresivamente retraído por el temor a la inseguridad y la violencia del entorno. Un malvivir aún más dramático cuando el cuerpo envejecido, enturbiada ya la conciencia de su yo, se comporta como si acogiera “pensamientos de un cerebro seco en una estación seca”⁶.

A pesar de todo, frente a la visión sistemáticamente negativa del envejecimiento del cuerpo, la que conduce en nuestro tiempo a la búsqueda compulsiva de una presunta juventud aparental, hay que apostar, personal y socialmente, por crear las condiciones más propicias para mantener, a pesar de los años acumulados, un suficiente bienestar físico, mental y social, como consecuencia de haber optado, a su tiempo, por el estilo de vida más apropiado para hacer más lento el ineludible deterioro biológico. Para bien vivir una vejez que, asumiendo la natural decadencia, sea vivida sin demasiado ruido y, siempre que sea posible, con curiosidad y dignidad. 

Notas

- 1 Valente, José Ángel, *Obra poética 2: Material memoria [1977-1992]*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- 2 Pera, Cristóbal, *Pensar desde el cuerpo. Ensayo sobre la corporeidad humana*, Ed. Triacastela, 2006.
- 3 Cicerón, Marco Tulio, *De Senectute*, Bosch, Casa Editorial, 1992.
- 4 Scarry, Elaine, *The Body in Pain, The Making and Unmaking of the World*, Oxford University Press, 1987.
- 5 Valente, José Ángel, *El Fulgor, Antología poética [1953-1996]*, Galaxia Gutenberg. Circulo de Lectores.
- 6 Eliot, TS, “Gerontion”, en *Collected Poems, 1909-1962*, Faber and Faber, Londres, 1963.



Los años no vienen solos

Texto **Águeda Quiroga**
Experta en políticas públicas

Según los últimos datos del Padrón de Habitantes de la ciudad¹ viven en Barcelona 1.629.537 personas, de las que 334.101, es decir el 20,5%, son mayores de 65 años. Una rápida caracterización demográfica muestra que de cada 100 barceloneses, 21 tienen menos de 24 años, 59 entre 25 y 64 años y los restantes 20 son mayores de 64 años. Dentro de este grupo, que es el que nos ocupa, destaca el amplio porcentaje que representan los mayores de 75 años, aproximadamente el 11% de la población total de la ciudad.

La distribución de la población de Barcelona por grandes grupos de edad permite definirla como una ciudad envejecida, una ciudad en la que el peso porcentual de los mayores es más importante que el de los menores. Por otra parte, la esperanza de vida al nacer de los habitantes de la ciudad es una de las más altas de Europa, 77,5 años para los hombres y 84,3 para las mujeres², y las proyecciones indican que continuará creciendo. Es decir, que es altamente probable que en los próximos años la tendencia de envejecimiento se acentúe.

La longevidad, presente y potencial, de los barceloneses es una buena noticia, una aspiración y un logro compartido por

todos los habitantes de la ciudad. Sin embargo, debería recordarse el dicho popular que señala que los años no vienen solos. En ocasiones la edad trae aparejada una serie de cambios (físicos, psíquicos, económicos, familiares) que afectan a la capacidad de las personas para mantener las actividades que conforman su vida cotidiana, y que incluso dificulta sus posibilidades para llevar adelante un plan de vida autónomo. En esa situación, para mantener una buena calidad de vida, o por lo menos una calidad de vida no mucho peor de la que se tenía, se hace necesario contar con ayudas que permitan subsanar limitaciones, acompañar, adecuar espacios o completar ingresos. Y no siempre es sencillo el acceso a tales ayudas, de hecho, para una gran parte de la población que las necesita, conseguirlas es una tarea enormemente costosa.

Las cifras del bienestar de las personas mayores de nuestra ciudad no son muy alentadoras, pero menos aún si las observamos en relación con los recursos socioeconómicos, el sexo y la edad de cada uno. Una muestra de ello nos lo ofrece el informe *La salut de la gent gran a Barcelona*, que presenta los resultados de

“Las cifras del bienestar de las personas mayores de nuestra ciudad no son muy alentadoras, pero menos aún si las observamos en relación con los recursos socioeconómicos, el sexo y la edad de cada uno”.

la Encuesta de Salud de Barcelona ³. En dicho informe se analiza el conjunto de la población de mayor edad dividiéndolo en cinco clases sociales en función de su ocupación profesional actual o pasada. Las clases se numeran de I a V de manera que las personas que pertenecen a las categorías I y II poseen una ocupación vinculada a mayores ingresos, mientras que los que pertenecen a los grupos IV y V perciben normalmente ingresos inferiores. En Barcelona el 49% de los hombres y el 70% de las mujeres mayores de 65 años pertenecen a las clases sociales de las categorías IV y V, las de menores ingresos, que agrupan a los trabajadores manuales cualificados y no cualificados, frente a un 18% de hombres y 12% de mujeres en las clases I y II, profesionales y directivos.

El informe muestra las variaciones que se producen en diversos aspectos de la vida de los mayores en relación con la clase de pertenencia. No es posible resumir aquí la extensa información que presenta. Pero, por poner sólo un ejemplo, el 63% de los mayores que viven en edificios de más de dos pisos cuenta con ascensor, pero mientras que en las clases I y II la proporción alcanza un 78%, las clases IV y V, las más pobres, sólo disponen de ascensor en un 11% de los casos.

Indicadores de autonomía personal

Así pues, ahora nos centraremos en tres indicadores presentados en el citado estudio que se relacionan directamente con la autonomía personal: el estado de salud percibido, las limitaciones en las actividades de la vida diaria y la dependencia.

Sobre el primero, el 46% de los mayores encuestados declara tener un estado de salud bueno o muy bueno (54% de los hombres y 41% de las mujeres). Pero las cifras varían al analizarlas por clase: este porcentaje sube para las clases con mayores ingresos de las categorías I y II (74% de los hombres y 67% de las mujeres) y baja en las clases más pobres, las de las categorías IV y V (57% de los hombres y 34% de las mujeres).

Respecto de las limitaciones en las actividades de la vida diaria, el 21% de los mayores declaró tener bastante o mucha dificultad para realizar tres o más acciones, entre una lista de dieciséis acciones básicas referidas al cuidado personal y a la atención de los asuntos propios ⁴. El porcentaje varía al analizarlo por sexo (es mayor en las mujeres que en los hombres), por edades (aumenta con la edad) y por clase social (es mayor en las clases más pobres). Por ejemplo, tienen dificultades con tres o más actividades el 9% de los hombres entre 65 y 74 años y el 13% de las mujeres del mismo grupo. Pero el porcentaje se eleva al 16% de los hombres y 38% de las mujeres para los que tienen entre 75 y 84 años. La anterior variación es esperable, puesto que es normal que con la edad las personas mayores tengan más dificultades con su vida cotidiana, pero ello no explica, una vez más, las variaciones observables por niveles de ingresos. En el análisis por clase social encontramos que tienen dificultades el 23% de las

clases más pobres, las categorías IV y V, frente a sólo un 6% de las mujeres de las clases I y II y el 10% de la clase III.

El último indicador es el de la dependencia, y se relaciona directamente con el anterior. La encuesta valora la dependencia de una persona de acuerdo con el número de actividades de la vida diaria que no puede realizar sin ayuda ⁵. Los datos muestran que el 35% de la población mayor es dependiente (56% con dependencia media y 44% con dependencia grave). Es superior en las mujeres, y se acentúa con la edad: tienen dependencia grave el 7% de las mujeres entre 65 y 74 años, el 23% de las que tienen entre 75 y 84 años y el 48% de las mayores de 85 años.

Por último, llegamos a una de las preguntas cruciales: ¿cómo se resuelven las necesidades de atención que genera la limitación de la autonomía personal? Hay dos caminos: el privado y el público. El primero consiste en recurrir a la ayuda de la familia o a la compra de servicios de atención en el mercado. El segundo, en el acceso a los servicios sociales de cuidado. Regresando a los datos de la encuesta, el 68% de las personas dependientes recibían cuidados de sus familiares, frente al 27% que era cuidada por personas contratadas en el mercado (formal e informal) o de los servicios sociales. El cuidado familiar continúa siendo la única fuente de ayuda posible para miles de barceloneses, que no tienen medios para acceder a servicios que son altamente costosos en el mercado y que sufren una limitadísima oferta por parte del sector público: los servicios de atención domiciliaria para personas dependientes, del Ayuntamiento de Barcelona, sólo alcanzan al 1,6% de las personas mayores ⁶, cuando en un escenario poco ambicioso la población que requiere cuidados importantes es del 10%. La situación se agrava porque las personas con mayores necesidades de atención son aquellas que tienen menos medios para hacer frente a esta necesidad, y quienes menos recursos tienen son la mayor parte de la población anciana de la ciudad, no la minoría, y la población mayor es el 20% de sus habitantes. El problema está servido, y nos incumbe a todos, por eso de que el tiempo y la suerte a todos nos alcanzan. **M**

Notas

- 1** Padrón de habitantes a 30 de junio de 2006, Departamento de Estadística del Ayuntamiento de Barcelona.
- 2** Fuente: Informe *La Salut a Barcelona 2005*, Agencia de Salud Pública de Barcelona.
- 3** Agencia de Salud Pública de Barcelona (2003), *La salut de la gent gran a Barcelona* (disponible en www.aspb.cat). De aquí en adelante, excepto que se indique lo contrario, todas las cifras provienen de esta fuente.
- 4** En la encuesta, el entrevistado debe señalar si tiene o no dificultad, y en qué grado, para realizar cada una de las dieciséis actividades que se le mencionan.
- 5** Considera independientes a quienes pueden realizar todas las actividades, dependientes de grado medio a los que necesitan ayuda para menos de la mitad de las actividades y dependientes graves a quienes tienen problemas con más de la mitad de ellas.
- 6** Fuente: *Memòria 2004, Sector de Serveis Personals*, Ayuntamiento de Barcelona.

Propuestas/ respuestas

En opinión de Roberto Bergalli, el modelo de ciudad puesto en circulación por los urbanistas pre y postolímpicos ha revelado una pérdida de rumbo a quienes viven en ella, a la vez que Barcelona se ha ido transformando en un ámbito de malvivir para crecientes sectores excluidos o marginados. Josep Ramoneda se interroga sobre el mal urbano, sobre lo que pone en peligro la ciudad y hace que ya no sea merecedora de ese nombre. Xavier Roig, finalmente, considera que si algo le sobra a Barcelona es chovinismo y ufanía, unos defectos que están provocando su decadencia.

La in(ex)clusión en una ciudad sin rumbo

Texto **Roberto Bergalli** *

Los términos “inclusión/exclusión social” son, al día de hoy, absolutamente vulgares y se relacionan con la situación de separación o privación en la que se encuentran determinados individuos o grupos en una sociedad dada. La caída del bienestar y el avance de una globalización arrasadora han sido los disparadores de la exclusión social, tanto en las sociedades hiperdesarrolladas como en las menos avanzadas. La española se ha acercado a las primeras, y muchas de sus metrópolis hoy se exhiben como las arenas en las que se mueven diferentes tipos de excluidos. No obstante, en lo más superficial, la exclusión (y su contrario, la inclusión) quizá se perciba en la desposesión de bienes, no sólo de raíces o valores mobiliarios, sino hasta en los más superfluos. En un medio urbano estas situaciones son asimilables, ante el auge de los frecuentes desplazamientos por y para placer, a la presencia contemporánea de turistas y marginados o excluidos. Claro está, las atracciones generadas por las bellezas panorámicas, climas benignos, comodidades de transporte y movimientos, visitas culturales y contactos por negocios son los motivos por los cuales los primeros son seducidos. En este sentido, aunque en menor medida que Berlín, Barcelona se ha constituido en un enorme polo europeo-continental de captación turística.

En 2006 la visitaron más de seis millones de turistas, generando una auténtica euforia entre los hoteleros por esta superación histórica en el número de visitantes. Más, la mitad de los 285 hoteles registrados en la ciudad pertenecen a la categoría de cuatro estrellas, que, si bien no es homologable a la misma aplicada en otras plazas hoteleras, hace presumir precios elevadísimos. A esto deben agregarse los costes de los esparcimientos, los consumos de alimentos y bebidas en restaurantes y bares, junto con los reiterados aumentos de las tarifas en taxis y otros servicios públicos. La consecuencia es que, poco a poco, se va ahuyentando a los turistas de baja capacidad económica, como a los jóvenes de otros países europeos, que habían constituido un rasgo de la explosión en el número de visitantes. ¿Cabe todavía agregar los precios de la vivienda –de alquiler o de compra– para demostrar que la transformación postmoderna de Barcelona y el llamado “modelo” de ciudad que se supone que han puesto en circulación los renombrados urbanistas “pre” y “post” Juegos Olímpicos, de acuerdo con los negocios especulativos alentados por la Administración municipal –como ha quedado demostrado con áreas tan cacareadas como el 22@, el Fórum de las Culturas y Poblenou, y el Mercado de Santa Caterina, que ha encubierto el Forat de la Vergonya– han venido a revelar una manifiesta pérdida de rumbo para quienes vivimos en la ciudad? Con una expresión coloquial, permítaseme decir que se “está matando a la


gallina de los huevos de oro”. Pero a la vez, se ha transformado en un ámbito de (mal)vivir para cada día más vastos sectores de la exclusión o la marginación. Pienso que quienes viven en la ciudad desde hace más de veinte años recordarán las operaciones de “barrido y limpieza” que la Guardia Urbana llevó a cabo, intensa y eficazmente, con los y las pordioseros/as, vagabundos/as y sin techo que ya pululaban en las calles y que, particularmente en las zonas aledañas a la plaza Catalunya, pernoctaban en los recintos de cajeros automáticos o en los grandes zaguanes de comercios después de las horas de cierre. Todo ello en prevención para que los visitantes que llegarían a la ciudad con motivo de los Juegos no se vieran sorprendidos ni asaltados por los mendigos. En definitiva, para mostrar a la ciudad con un rostro “limpio”.

Inmediatamente después de la Barcelona olímpica, comenzamos a ser testigos de la presencia de un nuevo subjetivismo, casi desconocido para el consciente colectivo ciudadano. En la medida en la que los fenómenos migratorios, impulsados por la transfronterización y las expulsiones de los mercados de trabajo locales, empezaron a atravesar el planeta Tierra, se dejaron aparecer, aunque algo más tardíamente, en España y especialmente en Barcelona las expresiones más brutales del trato a los inmigrantes, en particular a los “sin papeles”, y sobre todo hemos asistido a la criminalización de que fueron objeto. Rápidamente se llenaron las cárceles urbanas con estos nuevos internos, acusados de pequeños tráfico prohibidos, raterías y comportamientos ilegales de “subsistencia”. Se habla de un 37,8% de la población (3.469), un 3,6% más que en 2006. En primer lugar, la mal y de triste memoria llamada “Modelo”, pero también se colmaron algunas iglesias que hospitalariamente abrieron sus recintos para que los “huéspedes” así acogidos pudieran hacer manifiestos sus reclamos de permisos de trabajo y residencia. Organizaciones humanitarias, porque las hay y de muy abnegadas expresiones, se han desgañado por los derechos de los otros, de los recién llegados. Los abusos policiales estuvieron en aquellos años en primera página.

Es posible todavía mencionar las diversas situaciones que rodean la exclusión social impulsada hacia el consumo de sustancias prohibidas, las que producen “espectáculos” en las plazas y vías de la ciudad. El trapicheo, que se dice, la ingestión o la inyección, mientras que se rechaza el emplazamiento de “narcosalas”. Ésta es obviamente la cara visible, pues la invisible, que se expresa en los recintos de diversión, en los salones de los círculos y en la vida cotidiana de las personas de negocios o de actividades varias, incluida la política, ésa no ofende, no parece agravar la moral social.

Casi de manera inesperada, pero sí absolutamente sin consultar y sobre todo antidemocrática, el Ayuntamiento de Barcelona impulsó una ordenanza municipal a la que denominó eufemísticamente como “Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público”, pero que en esencia está dirigida a subsanar situaciones incívicas, que tienen lugar en la ciudad. Las conductas cívicas se quieren imponer mediante la pena, no mediante la persuasión y la educación. Tanto por la falta de discusión pública de un instrumento como el aludido, como por lo innecesario de aplicar sanciones a situaciones que ya se encontraban reguladas municipalmente, y también por lo arbitrario de pretender eliminar situaciones que tienen otras raíces sociales (como la mendicidad o la prostitución callejera), ha sido seriamente cuestionada por organizaciones e instituciones ciudadanas, incluidos recursos jurisdiccionales aún no sustanciados. A un año vista de la vigencia de la tal ordenanza, el Ayuntamiento se jacta de haber reducido la mendicidad y la venta ambulante, mediante la imposición de miles de denuncias y la recaudación de casi medio millón de euros. ¡Ya podemos ver a un guardia urbano exigiendo el pago de una multa a un mendigo que duerme en el banco de una plaza!

Cabe todavía aludir a las intervenciones urbanísticas y de reformas edilicias, que se han convertido casi en una fiebre para los transeúntes y habitantes de los barrios, ciertamente poco consultados o nada oídos acerca de tales iniciativas. Se trata de la erradicación de entornos con fines de embellecimiento urbano que han provocado airadas protestas de los vecinos. De la transformación de los pocos espacios verdes de la ciudad, como está sucediendo en Montjuïc, donde con el único fin de hacer agradables las visitas a los turistas se está alterando el equilibrio ecológico del monte. De la clausura de calles o eliminación de vías. Éstas son apenas las muestras de un hacer municipal poco sensible a las necesidades de los vecinos y, en especial, de poco calado democrático.

Ciertamente, después de este rosario de calamidades ciudadanas, cabe preguntarse si los turistas alcanzan a percibir las. Quienes sí las perciben y en forma creciente las padecen son aquellos que se encuentran en el otro extremo de la “inclusión/exclusión”; estos sí que (mal)viven en Barcelona. 

* Roberto Bergalli es presidente del Comité Científico del Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos de la Universitat de Barcelona.



© Cristhian Maury

Propuestas/respuestas

El mal urbano: cuando la ciudad peligra

Texto **Josep Ramoneda** Ensayista

Río de Janeiro y Johannesburgo son dos ciudades marcadas por desigualdades abismales, pero en Río, a pesar de todo, todavía hay puntos de contacto, mínimos roces entre clases sociales, marcados a menudo, eso sí, por la violencia. La playa de Copacabana, por ejemplo, es un lugar en el que, en mayor o menor medida, todos están representados. Las primeras favelas se encuentran a escasos metros de los hoteles más lujosos. En Johannesburgo, las plazas y las calles del centro de la ciudad están angustiosamente vacíos. Sólo hay sitio para el miedo. No responden a la más elemental definición de espacio público como lugar abierto y compartido. Hay que ir a Soweto para encontrar alguna zona que recuerde mínimamente la idea de espacio público. Los guetos de los ricos y los guetos de los pobres están separados por bastantes kilómetros. La fractura parece irreversible. Esta fractura es el mal urbano. Y, desgraciadamente, hay demasiados indicadores que apuntan a que el futuro de las ciudades va por ese camino.

Durante el siglo pasado se ha agudizado la escisión entre *urbs* y *civitas*, entre la mera ocupación de un territorio y el hecho social, cultural, político e incluso moral que denominamos ciudad. La urbanización general del mundo ha coincidido con un proceso de globalización –de reducción del espacio y de aceleración del tiempo– marcado, como ha señalado Zygmunt Baumann, por la acumulación de personas en lugares que ya son muy densos (al revés que otros procesos de globalización guiados por la idea de exploración y conquista). La ciudad se ha convertido en el contenedor de casi todos los problemas de la humanidad.

Este proceso ha determinado un cambio muy importante en la relación con el tiempo: hemos dejado de vivir entre el pasado y el futuro para instalarnos en el presente continuo. Al mismo tiempo, los flujos de personas –pero también de ideas y de mercancías– han convertido las concentraciones urbanas en espacios enormemente heterogéneos, donde coexiste gente muy diversa, con situaciones conflictivas que desbordan los problemas sociales redoblándolos por efecto de factores culturales. Nuevos imaginarios pueblan el espacio urbano.

De manera que se nos impone una pregunta. En el estadio actual, ¿podemos seguir hablando de ciudad en los términos en los que se ha hecho durante la modernidad? Aristóteles, en la antigua Grecia, allí donde las leyes dissociativas del logos crearon la polis y la filosofía, definió lo que es esencial en la idea de ciudad: “La unidad no es objeto de la ciudad porque éste es pluralismo”. Y pluralismo quiere decir pugna por el sentido y la conflictividad. A partir de aquí, nos podemos preguntar sobre el mal urbano; sobre lo que pone en peligro a la ciudad y hace que ya no sea merecedora de ese nombre. Es decir, que ya no sea vivida como el lugar en el que el hombre puede conseguir cotas más altas de autonomía y de libertad.

En un ensayo que escribí ya hace algunos años intentaba explicar aquellas categorías que definen la ciudad. La primera, y fundamental, es el cambio: la ciudad nunca es una forma acabada, es una forma en cambio permanente. La segunda es la pluralidad: la ciudad es un espacio intercultural que no se puede concebir en términos de homogeneidad identitaria. La ciudad es la sociedad abierta por excelencia. La tercera es la elección: el hombre, en cuanto es socialmente insociable, ser social y autónomo a la vez, encuentra en la ciudad el lugar para su realización, frente a las determinaciones establecidas por las leyes insuperables de la voluntad divina, de la naturaleza o de la historia. La ciudad es el lugar propio de esta figura excepcional en el Universo que es el hombre, como decía Montesquieu: el único ser conocido que dispone de dos rarezas en el marco de la naturaleza, la razón y la libertad. La cuarta es, precisamente, libertad, ámbito de camuflaje y de escapatoria de los ámbitos orgánicos de convivencia, la familia, el clan. La quinta es complejidad: cualquier intento de simplificación en la ciudad es un ejercicio de fragmentación, de creación de espacios reservados –guetos– incompatibles con la ciudad. La sexta es representación: la ciudad no puede ser un espacio homogéneo, anónimo, sin expresión. La monumentalidad es urbana. La ciudad como escenario de la diversidad representativa. La séptima es sentido: la ciudad como espacio de la humanidad, frente al espacio de la divinidad, como espacio cultural frente al espacio natural. La octava es transformación frente a inmutabilidad: hay una cierta lógica autónoma de la evolución de la ciudad –la forma de la ciudad, podríamos decir– que hace que las intervenciones en ella sean muy delicadas. Por eso, el poder ha destruido tantas veces la ciudad. Le da miedo su lógica propia. Por último, la novena es lo singular: la ciudad como ámbito del yo, mientras la comunidad es el ámbito del nosotros. La irreductibilidad del yo es el gran valor de la ciudad. Y siempre que se pasa del yo al nosotros, perdemos algunas briznas de libertad por el camino.

Si estas son las categorías distintivas de la ciudad, el mal urbano es cualquier intento de destruirlas o minimizarlas. La resistencia al cambio es un mal de la ciudad. El impulso conservador que se asusta frente a la novedad, frente a una nueva utilización de los viejos espacios es letal para la ciudad. Pero este cambio no puede olvidar la forma de la ciudad –octava categoría– porque hay un espíritu de la ciudad que anima las grandes transformaciones y les da consistencia. Ésta es una cuestión esencial en el debate urbano. El miedo a lo desconocido –al turismo, a las infraestructuras, a los habitantes que vienen de fuera– coloca a la ciudad frente a los riesgos de inmovilidad e inmutabilidad que la condenan a una muerte segura. Pero la obsesión por la transformación –el cambio por el cambio– puede acabar matando la ciudad por el

otro extremo: su desarticulación. Inmovilidad e incapacidad de interpretar la forma de la ciudad son dos males de lo urbano.

También lo es la idea de identidad cerrada. Una ciudad es también un lugar mental y cultural, pero es, por definición, abierto. La ciudad nunca puede tener una identidad cerrada, al estilo de las identidades nacionales; la heterogeneidad está en su esencia. Es el lugar de los ciudadanos, no de los habitantes. La pretensión de una identidad cerrada es un mal urbano, porque excluye. Y la ciudad nunca puede ser exclusiva. Coartar la elección de los ciudadanos es otro mal de la ciudad. Kundera decía que el totalitarismo es el amontonamiento de personas unas sobre otras, sin espacio para respirar. Si la ciudad se convierte en un simple contenedor de personas, revienta. La ciudad tiene que respetar el espacio propio de los ciudadanos. Y eso significa el reconocimiento pleno del otro. En ambas direcciones. La relación entre el espacio público y el espacio privado es, en este sentido, básica. Una ciudad sin espacio público –en el que cada uno puede ser tal y como es– no es ciudad, pero una ciudad en la que el espacio privado no está protegido y separado del espacio público, tampoco. Porque el ciudadano es libre. Y la libertad impide la imposición de sumisiones orgánicas y determinaciones de origen. Siguiendo a Dipesh Chakrabarty, la idea de raíces es incompatible con la idea de ciudad. La ciudad es estancia (*morada, dwelling*): nunca estamos en un lugar en el que nadie haya estado antes. Éste es el espíritu de la ciudad.

Por esta razón, cualquier intento de simplificación mata la ciudad. Y la forma más tradicional de simplificación es la parcelación en guetos, es decir, la ruptura del vínculo intercultural e intersocial. El *apartheid* como forma suprema del mal urbano. Si la creación de sentido es una fuerza de la ciudad, las imposiciones simbólicas sobran. La ciudad no se debe ni a Dios, ni a la patria, ni a la naturaleza; es patrimonio de los hombres. Y eso se tiene que expresar en una pluralidad simbólica. Reducir y concentrar el simbolismo urbano, llenar la ciudad de fronteras interiores son dos formas de mal urbano.

Todo nos conduce a un punto: el ciudadano. La defensa de la singularidad de todo aquel que tiene un nombre: autonomía. La negación de la autonomía de los individuos es el fracaso de la ciudad. Una ciudad es una sociedad abierta hecha de ciudadanos autónomos unidos por un hilo muy fino: la forma de la ciudad. Y para que este equilibrio sea posible, hay un requisito imprescindible: el reconocimiento. Reconocer al otro como un igual, en su diferencia, y aceptar que el reconocimiento tiene que ser recíproco y, por tanto, que, cuando lo reconocemos, también le estamos reconociendo el derecho que tiene a reconocernos. Es la ley básica de las ciudades heterogéneas actuales, principio de una nueva ciudadanía. ●



© Cristhian Maury

Propuestas/respuestas

Barcelona ¿para quién? Barcelona ¿para qué?

Texto **Xavier Roig** Empresario

Quizá no se han fijado nunca, pero hay un tipo de gente que siempre está estudiando idiomas. “¡Tengo que estudiar inglés!”, dicen. Nadie tiene valor para preguntarles: “Oye, quieres estudiar inglés, pero ¿para decir qué?”. Si ya hay mucha gente que en su propio idioma tiene pocas cosas que decir... Pero la realidad es que son escasas las personas que se cuestionan la finalidad que persiguen sus actos. Hay quien se lo pasa bien moviéndose, haciendo cosas -su objetivo es precisamente ése. Pero la mayoría nos fijamos objetivos estúpidos, sin sentido, y vivimos atareados y ufanos. Todo esto lo digo porque, si la cuestión de los objetivos habitualmente ya se acostumbra a pasar por alto, en el caso de Barcelona, como colectivo, se ha perdido totalmente el tino. En realidad, ¿qué persigue Barcelona?

Tendrán que perdonarme, pero yo soy de los que siempre he creído que las Olimpiadas de Barcelona eran del todo innecesarias -puesto que ya lo decía en el año 1990, no me considero un esnob. Pero con la perspectiva que da el paso del tiempo he ido cambiando de opinión: creo que fueron perjudiciales. Y mucho. Para organizarlas se adujeron tres motivos básicos: 1) la necesidad de renovar la ciudad (infraestructuras incluidas), 2) el interés de un proyecto común que uniese colectivamente a los barceloneses, y 3) la conveniencia de que Barcelona se diese a conocer al mundo. Puesto que quiero centrarme en este último punto (las misteriosas razones que impulsaban a Barcelona a darse a conocer), déjenme despachar los otros dos apartados de forma breve. Por lo que respecta a las infraestructuras (rondas, trenes, aeropuerto, etc.), hoy, quince años después, volvemos a estar donde estábamos. Porque la enfermedad no era la falta de infraestructuras, no se engañen. El problema era, es, y continuará siendo durante muchos años, el déficit fiscal. Centrar la discusión en la falta de infraestructuras que sufre Barcelona equivale a distraerse hablando de la fiebre que tiene el enfermo sin querer reconocer su enfermedad. Con un agravante: las actuaciones en infraestructuras ejecutadas utilizando como excusa las Olimpiadas han retrasado hasta hoy la discusión real, la verdadera raíz de los problemas. Todo el mundo encontró lógica la explicación de los políticos de la época: “Barcelona siempre ha avanzado a golpe de acontecimiento”. Está claro que había una diferencia. En el año 1929 (Exposición Universal), el Estado apenas controlaba el 10% del PIB español. Eran épocas en las que hacían falta excusas y complicidades para llevar a cabo grandes actuaciones públicas. En el año 1992, este control del PIB era del 45%. La excusa, por tanto, no valía. La responsabilidad del Estado era ineludible. En 1992, a pesar de las inversiones olímpicas, el déficit fiscal de Cataluña alcanzó el 7,5% del PIB.

En cuanto al otro punto (unir a los barceloneses en un proyecto común), tiendo a pensar que la operación fue interesante para unir a los barceloneses con políticos que querían capitalizar una

presencia que las elecciones al Parlamento de Cataluña no les ha dado nunca. Y, la verdad, si algo le sobra a Barcelona es chovinismo y ufanía. Son precisamente estos defectos los que están provocando su decadencia.

Ahora bien, la pregunta que siempre me ha intrigado, y que nadie me ha sabido responder aún a día de hoy, es por qué demonios Barcelona se tiene que dar a conocer al mundo. Y si, imaginémoslo, la respuesta es que efectivamente interesa que así lo haga, nos encontramos inmediatamente con la siguiente pregunta: ¿y cómo lo logramos? En resumen, si Barcelona tenía que darse a conocer al mundo (necesidad que aún está por demostrar), ¿de qué forma debía hacerlo?


Explotar los encantos de la ciudad

Puesto que en los últimos años he ido conociendo a la gente que gobierna el país, me atrevo a asegurar que detrás de la Barcelona postolímpica no ha habido nunca ninguna estrategia. Simplemente se descubrió una mina que se había pasado por alto. A los extranjeros les gustan determinadas cosas de Barcelona. En consecuencia, algunos que han visto negocio en ello se han dedicado a explotarla empleando la conocida metodología de “que me quiten lo bailao” y bajo la advocación del dicho que nos hace más felices: “¡Dame pan y llámame tonto!”. La experiencia ha demostrado lo que muchos nos temíamos: la explotación de los encantos de Barcelona que tanto gustan a los extranjeros nos llevan hacia un turismo carente de cualquier clase y que, por más que la verbosidad inflamada lo quiera distraer, no se diferencia mucho de aquel que se enamora perdidamente de Lloret. Con una diferencia: el atractivo que ha permitido edificar este tipo de parque temático de Gaudí que ahora tenemos fue hecho por nuestros abuelos -nuestro valor añadido ha sido ciertamente minúsculo. El conchabamiento y el buen posicionamiento de determinados empresarios turísticos dentro de las estructuras organizativas públicas han hecho de Barcelona una especie de Lloret al por mayor. Por lo tanto, la respuesta a título individual, por parte de algunos, a mi pregunta “Y todo eso ¿para qué?” es evidente, rápida y concisa: “Lo hemos hecho para hacernos ricos”.

Como en toda operación en la que lo que se pierde es mayor de lo que se gana, el acto ha requerido gran dosis de maquillaje. Aquellos interesados en explicarnos las excelencias del turismo masivo no pueden hacer otra cosa. ¿Han oído ustedes alguna vez a una prostituta divulgar las bondades de ser virgen? Porque la pregunta real, la que de verdad interesa, es la siguiente: ¿es mejor la Barcelona de hoy que la que teníamos en los ochenta? Más específicamente: ¿viven mejor los barceloneses ahora que hace veinte años? Un matrimonio de jubilados de Gracia, ¿vive mejor?

¿Se siente como en casa o se siente extranjero dentro de su propio barrio? El acceso a la vivienda para los jóvenes, ¿ha mejorado o ha empeorado? Todo parece indicar que la renta per cápita ponderada según el nivel de vida no ha aumentado, sino más bien al contrario. Es decir, el ciudadano no se ha beneficiado de ello. En lo que a los negocios en general se refiere, y ahora que se habla tanto del aeropuerto que quisiéramos tener, miren, por ejemplo, los datos de Milán. Su aeropuerto tiene 27 conexiones con Asia, 16 con África y 23 con América. Y tiene una población equivalente a la de Barcelona. ¿Aspira Milán a ser una ciudad olímpica abierta al mundo? La verdad, habríamos podido abrir Barcelona al mundo empleando otros métodos: nuestras raíces productivas, nuestra tradición -al fin y al cabo, es la que permitió construir los monumentos con los que ahora nos prostituimos. Milán nunca ha abandonado el rol que le corresponde -ni lo pretende. Nosotros sí. Milán es la capital de la Lombardía (la potencia económica de Italia). Barcelona, que también era capital, ha bajado hasta llegar a ser la capital desustanciada de la decimosegunda región española en renta per cápita disponible. No lo duden, son los efectos del camino escogido. Se ha pasado de una ciudad laboriosa a una ciudad ligera. De una ciudad industrial mediterránea a una ciudad festivo-tropical. Deberíamos irnos acostumbrando a que los actos tienen consecuencias.

Si prefieren discutir de aspectos menos objetivos, podemos hablar de otras facetas, como la pérdida de personalidad que la operación ha comportado, las incomodidades generadas por bares de tapas en cada esquina, la falta de categoría general, etc. La sensación global es que la tradición barcelonesa se ha desviado. Y yo, a los que han provocado todo este desbarajuste tan desagradable, no se lo perdono.

Tristemente, ahora hemos pasado unas elecciones y hemos vuelto a no estar a la altura de una renovación que en otros países está empezando a aparecer. Nuestra clase política no hace propuestas que vayan más allá de seguir haciendo de Barcelona una manoseada ciudad de provincias conocida en el mundo -como lo es Nápoles-, una ciudad que lo único que ha aprendido desde las Olimpiadas es a ponerse el dedo en la nariz orgullosamente porque piensa que eso le da importancia. Pero nadie responde a aquellas cuestiones básicas que todos los dotados de un mínimo sentido de la responsabilidad que habiten en un lugar y que aspiren a modificarlo se deberían plantear: Barcelona ¿para quién? Barcelona ¿para qué? 

Barcelona no és bona, o mi paseo solitario en primavera

A Fabián Estapé

*Este despedazado anfiteatro
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago*

Rodrigo Caro

En los meses de aquella primavera
pasaron por aquí seguramente
más de una vez.
Entonces, los dos eran muy jóvenes
y tenían el Chrysler amarillo y negro.
Los imagino al mediodía, por la avenida de los tilos,
la capota del coche salpicada de sol,
o quizá en Miramar, llegando a los jardines,
mientras que sobre el fondo del puerto y la ciudad
se mecen las sombrillas del restaurante al aire libre,
y las conversaciones, y la música,
fundiéndose al rumor de los neumáticos
sobre la grava del paseo.

Sólo por un instante
se destacan los dos a pleno sol
con los trajes que he visto en las fotografías:
él examina un coche muchísimo más caro
-un Duesenberg sport con doble parabrisas,
bello como una máquina de guerra-
y ella se vuelve a mí, quizá esperándome,
y el vaivén de las rosas de la pérgola
parpadea en la sombra
de sus pacientes ojos de embarazada.
Era en el año de la Exposición.

Así yo estuve aquí
dentro del vientre de mi madre,
y es verdad que algo oscuro, que algo anterior me trae
por estos sitios destartalados.
Más aún que los árboles y la naturaleza
o que el susurro del agua corriente
furtiva, reflejándose en la hojas
-y eso que ya a mis años

se empieza a agradecer la primavera-,
yo busco en mis paseos los tristes edificios
las estatuas manchadas con lápiz de labios,
los rincones del parque pasados de moda
en donde, por la noche, se hacen el amor...
Y a la nostalgia de una edad feliz
y de dinero fácil, tal como la contaban,
se mezcla un sentimiento bien distinto
que aprendí de mayor,
este resentimiento
contra la clase en que nací,
y que se complace también al ver mordida,
ensuciada la feria de sus vanidades
por el tiempo y las manos del resto de los
hombres.

Oh mundo de mi infancia, cuya mitología
se asocia -bien lo veo-
con el capitalismo de empresa familiar!
Era ya un poco tarde
incluso en Cataluña, pero la pax burguesa
reinaba en los hogares y en las fábricas,
sobre todo en las fábricas -Rusia estaba muy lejos
y muy lejos Detroit.

Algo de aquel momento queda en estos palacios
y en estas perspectivas desiertas bajo el sol,
cuyo destino ya nadie recuerda.
Todo fue una ilusión, envejecida
como la maquinaria de sus fábricas,
o como la casa en Sitges, o en Caldetas,
heredada también por el hijo mayor.

Sólo montaña arriba, cerca ya del castillo,
de sus fosos quemados por los fusilamientos,
dan señales de vida los murcianos.
Y yo subo despacio por las escalinatas
sintiéndome observado, tropezando en las piedras
en donde las higueras agarran sus raíces
mientras oigo a estos chavas nacidos en el Sur
hablarse en catalán, y pienso, a un mismo tiempo,
en mi pasado y en su porvenir.

Sean ellos sin más preparación
que su instinto de vida
más fuertes al final que el patrón que les paga
y que el salta-taulells que les desprecia:
que la ciudad les pertenezca un día.
Como les pertenece esta montaña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una burguesía.

Jaime Gil de Biedma

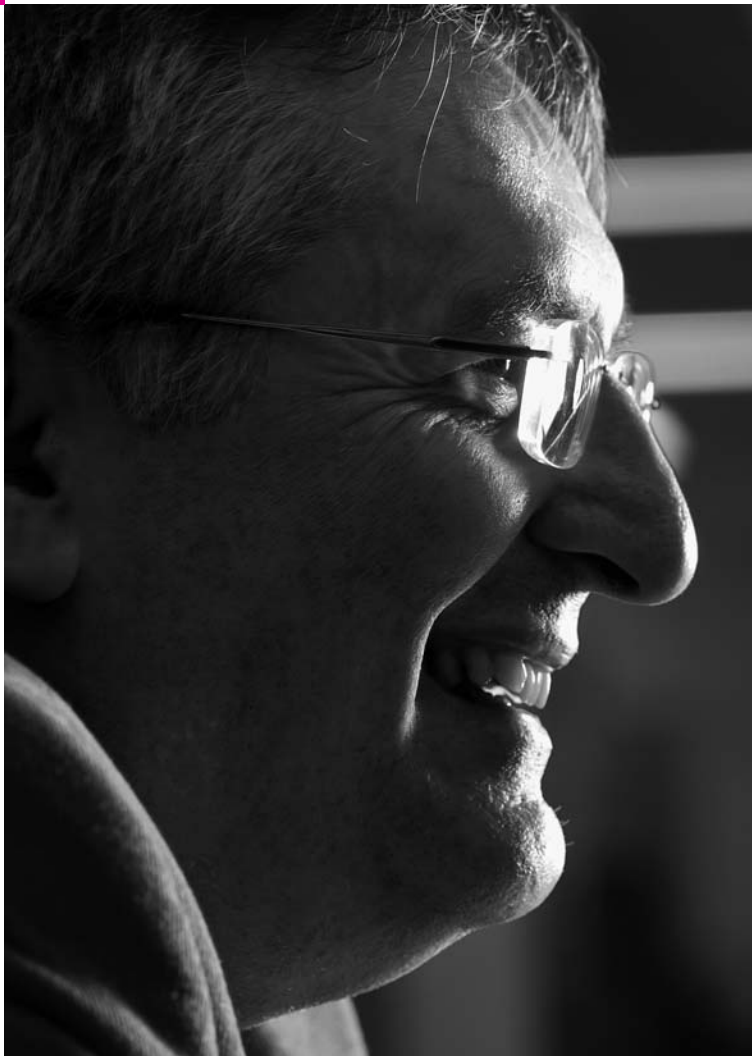


En tránsito

John Gray

Entrevista **Sergi Doria**

“Cuando la utopía
ocupa el poder provoca
una catástrofe”



Si tuviera que recomendar unos autores de cabecera, John Gray optaría por Chamfort, Benjamin Constant, John Stuart Mill y Hobbes. Crecido en los veneros de la nueva derecha que sostuvo la revolución conservadora de Thatcher, hoy es un crítico acerbo del neoliberalismo. Lo demuestra la docena de ensayos (editados en España por Paidós) que han consolidado un pensamiento que supera esquematismos.

Si en *Falso amanecer* denunció los embelecos del capitalismo global cuando lo apoyaban un Tony Blair y un Bill Clinton en la cresta de la ola, con *Perros de paja* John Gray –profesor de Pensamiento Europeo en la London School of Economics– volvía a aguar la fiesta: cuestionaba el protagonismo de una humanidad avalada por la Ilustración en su dominio de la naturaleza.

Tras los atentados del 11-S, Gray diseccionó en *Al-Qaeda y lo que significa ser moderno* (2003) los diversos intentos de reorganizar la humanidad. Una modernidad con licencia para matar: del jacobinismo al positivismo comtiano; de los genocidios bolchevique y nazi a las utopías globalizadoras y los “mártires” de Bin Laden. Gray advierte que, lejos de la salmodia medieval y su fraseología anti-Occidente, el islam radical es moderno y se apoya en la tecnología. “Al igual que los marxistas y los neoliberales, los islamistas radicales consideran la historia como el prelude de un mundo nuevo...”

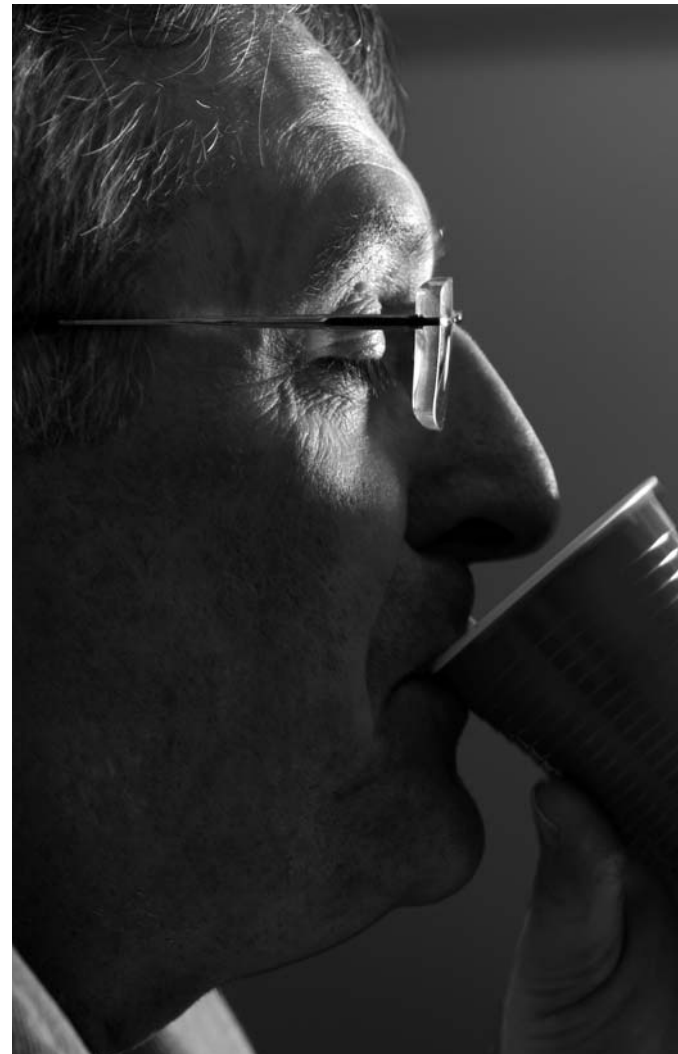
Fustigador de los mitos, en su libro más reciente, *Contra el progreso y otras ilusiones*, lanza una nueva andanada contra la fe en la ciencia como liberadora del género humano. El humanismo liberal le parece “una versión laica de un mito cristiano”. Escuchar a Gray provoca un desaso-

siego que se percibe al final de sus conferencias: justo cuando llega el turno de preguntas y ha pinchado los últimos flotadores que le quedaban a un auditorio que asiste al hundimiento de las últimas certidumbres.

Su pesimismo deja algún resquicio para el humor británico. Aunque ni la sociedad del conocimiento ni Internet nos harán libres, el autor de *Falso amanecer* reconoce que ya no hay dolor de muelas: “Uno no puede ser un relativista radical con el dolor de muelas...”. La ironía la remata con un proverbio polaco de los años ochenta: “No pongas demasiada esperanza en el fin del mundo”.

Su biografía como pensador ilustra el tránsito del pensamiento liberal thatcheriano a una crítica severa del capitalismo global. ¿Cómo se concreta ese proceso?

Fue un momento en que Gran Bretaña pasaba por ciertas dificultades económicas y el mundo estaba dividido en dos bloques. Mi oposición al comunismo constituyó el elemento fundamental para apoyar la política de Margaret Thatcher. Mis críticas comenzaron entre 1987 y 1988 y se confirmaron en el 89, con la caída del Muro de Berlín. Me seguía oponiendo al marxismo y al comunismo, pero lo hacía de igual manera con el neoliberalismo. Recuerdo que en agosto de 1989, Francis Fukuyama publicó su célebre artículo *The end of history* en *National Interest*; pues bien, en octubre de aquel mismo año le repliqué desde las páginas de *National Review* con otro artículo que acabó convirtiéndose en un ensayo sobre el posliberalismo.



¿Y qué decía?

Que estábamos retrocediendo a una fase que era histórica en sentido clásico, y no hacia adelante, a la era vacía y posthistórica que proyectaba Fukuyama. Que la nuestra es una época en la que la ideología política, tanto la liberal como la marxista, tienen una influencia cada vez menor sobre los hechos, mientras que unas fuerzas más antiguas y más primitivas, de tipo nacionalista y religioso, fundamentalista y pronto, quizás, maltusianas, se enfrentan entre sí... Que si la Unión Soviética se desintegraba, esa catástrofe benéfica no inauguraría una nueva era de armonía posthistórica, sino una vuelta al clásico terreno de la historia, un terreno de rivalidades entre las grandes potencias, diplomacias secretas, reivindicaciones y guerras irredentistas.

Estamos hablando de liberalismo, un concepto polisémico... ¿Cómo es su retrato-robot de un liberal del siglo XXI?

El concepto de liberalismo permite, en efecto, muchas lecturas, pero de lo que estoy seguro es de que ser liberal no supone dar rienda suelta a un capitalismo que no conoce límites. Podríamos decir que John Stuart Mill, uno de los pensadores que más admiro, era un socialista liberal y, a finales del siglo XX, esa posición resultaba anacrónica. Algunos significados del liberalismo continúan vigentes; por ejemplo, la tolerancia. Spinoza o Hobbes son filósofos liberales. Escribían en épocas de guerras civiles y conflictos de religión, como sucede en estos momentos. La idea de tolerancia es hoy más necesaria que nunca...

En sus ensayos señala la necesidad de volver a Hobbes, el autor de *Leviatán*, el del *Homo homini lupus*...

Hobbes era un hombre de paz; creía que todas las actividades humanas debían regirse por la paz. Su pensamiento es diametralmente opuesto al neoliberalismo. Y ahora se acrecienta su relevancia porque, a diferencia de lo que postulan la mayoría de liberales, advertía que la anarquía amenaza la libertad tanto o más que la tiranía. En Iraq se derribó a un tirano, pero no se ha conseguido instaurar un sistema democrático, sino una mezcla de anarquía y teocracia. Actualmente en Iraq si eres cristiano, judío, mujer, homosexual o simplemente agnóstico sufres más persecución que en la época de Sadam Hussein. El caos unido al fundamentalismo religioso produce un cóctel terrible que los liberales no han conseguido asumir todavía. Hace cuatro años, en vísperas de la invasión, ya advertí que el Estado iraquí, una estructura destartada e improvisada a la carrera en su momento por los funcionarios británicos, se fracturaría y se fragmentaría al más puro estilo yugoslavo o, incluso, checheno.

Pero... elogiar a Hobbes, ¿no consolida más al Estado, en detrimento del individuo?

El monopolio de la violencia del Estado resulta menos dañino que el caos, no le quepa duda. Y Hobbes no consagra el Estado, lo concibe como un instrumento para la paz. El principal problema de ahora mismo es la proliferación de armas nucleares, sin ningún control de los Estados. Irán o Siria son peligrosos, pero el peligro es todavía mayor si esas armas caen en manos de grupos terroristas... Sin seguridad no se puede ser libre.

En su libro sobre Al-Qaeda apunta que el islam radical “es similar al fascismo por el hecho de ser inequívocamente moderno”...

Bin Laden y sus seguidores tienen una visión del mundo muy moderna. Son fundamentalistas suníes que, sobre el papel, quieren retornar a los orígenes del islam, pero que están influidos por el leninismo y el anarquismo. Vienen de esos movimientos y utilizan conceptos que no aparecen en el Corán: hablan de una sociedad sin gobierno, por ejemplo. Su mentalidad tiene algo que ver con los jacobinos: creen que el mundo se debe purificar con una violencia espectacular...

Como el Comité de Salud Pública de Robespierre y Marat...

Jacobinismo, comunismo, anarquismo y fascismo son movimientos tan oscuros como netamente modernos y antiliberales. Al-Qaeda no puede reducirse a la denominación de islamofascismo. Las cámaras de gas y los gulags son productos modernos. Sólo en los tiempos modernos ha llegado a considerarse el asesinato en masa como medio de perfeccionamiento de la humanidad. Por lo tanto, no hay peor tópico que presentar a Al-Qaeda como un retroceso a los tiempos medievales.

Hablando de tópicos, en su ensayo *Perros de paja* denuncia el uso y abuso de la palabra “humanidad”.

Podemos hablar de “humanidad”..., no cabe duda. Nadie va a negar que existen valores universales como la tolerancia y males universales como el genocidio o la deportación... Pero es peligroso utilizar la humanidad como un símbolo de proyectos concretos o particulares, por la sencilla razón de que los seres humanos son muy diversos: lenguas, religiones, formas de vida...

Eso nos llevaría a pensar que no existe una forma de gobierno asumible universalmente, que la democracia puede interpretarse de muchas maneras... Sería una forma de releer a Montesquieu de *L'esprit des lois*. El bolivarianismo de Hugo Chávez o el indigenismo de Evo Morales, ¿son una versión original de la democracia popular o simples derivados del castrismo?

Son gobiernos universalmente malos, pero eso no quita que existan otras formas válidas y que nos limitemos a instaurar un solo modelo. Extender la democracia por todo el mundo siempre da la primacía a los más poderosos de cada sociedad. Le pongo otro ejemplo: los gobiernos de Irán e Iraq son una plasmación de la idea de democracia que propagaba Rousseau, un filósofo antiliberal. Hay que decir que Rousseau era un escritor brillante, como demuestra en sus *Confesiones*, pero en el plano político estaba como una cabra y sus ideas han inspirado los totalitarismos, tanto de izquierda como de derecha. Volviendo a su pregunta, desde los años noventa, con el caso argelino, se tenía que haber previsto que en muchos países surgirían democracias antiliberales. Otro ejemplo es Rusia; el régimen de Putin es peligroso y, sin embargo, es popular y está más legitimado en las urnas que el de Yeltsin.

Y China, que mantiene la parafernalia comunista y reconoce el derecho a la propiedad privada...

La opinión occidental oscila entre dos concepciones absurdas: una es que cuando China sea más rica, adoptará un formato plenamente occidental que muchos políticos europeos y norteamericanos juzgan inevitable. La otra es que, cuando eso no ocurre, los analistas occidentales se asustan y entonces emiten opiniones racistas y hostiles hacia un país que no será nunca como pretende Occidente. El régimen chino no es benévolo: persigue la religión, promueve una política genocida hacia los agricultores y mantiene muchos defectos del comunismo. Pero internamente está legitimado, como Putin en Rusia, más que cuando gobernaba Mao. Desde hace veinte años, cuando formulé esta afirmación, mis interlocutores me siguen contestando que Rusia y China acabarán siendo democracias occidentales. Lo dicen como un dogma de fe, entre la fantasía y la histeria.

Su libro más reciente se titula *Contra el progreso y otras ilusiones*. Afirma que la fe en el progreso es una superstición...

Es una afirmación de quien se ha distanciado por igual del marxismo y de los verdes porque son dos soluciones utópicas: el utopismo está muy enraizado en el pensamiento contemporáneo. En los siglos XIX y XX se vinculaba a la izquierda, los anarquistas, comunistas y sindicalistas que pretendían superar y trascender a las sociedades existentes. Pero al final del siglo XX, el impulso utópico ha pasado de la izquierda a la derecha. La utopía se sitúa en Estados Unidos y la postulan los neo-

“El concepto de liberalismo permite muchas lecturas, en efecto, pero de lo que estoy seguro es de que ser liberal no supone dar rienda suelta a un capitalismo sin límites”.

conservadores con un tono de movimiento utópico radical, tal vez la última revolución utópica. Alguien pensará que el utopismo es positivo, que sin una visión utópica nuestra concepción del mundo se empobrece... Yo sostengo todo lo contrario: cuando la utopía asume el poder estatal, acaba provocando una catástrofe. Vuelvo a reiterar el ejemplo de Iraq. Además de ser un proyecto geopolítico y económico, la invasión de Iraq propugnaba un proyecto utópico: destruir una sociedad y sustituirla por otra de nuevo cuño. Han pasado cuatro años y se ha confirmado la catástrofe y la violencia infinita.

Cuestiona la ciencia y la tecnología. Le van a acusar de antimoderno...

La ciencia y la tecnología suponen avances acumulativos que no pongo en cuestión. No coincido con los posmodernos cuando presentan la ciencia como un sistema de creencias; es un hecho que el aumento de la esperanza de vida y el crecimiento de la población se debe al progreso científico y sanitario. Lo que digo es que en la ciencia política la palabra “progreso” es un mito, una ilusión. Acepto que existen valores universales, que la paz es preferible a la guerra y la prosperidad mejor que la pobreza, pero me identifico con el pensamiento premoderno que demuestra que la historia es cíclica y que los bienes y derechos que hemos conseguido se acaban perdiendo... No hay ningún derecho que no pueda perderse.

¿Son los “engaños del capitalismo global” que enumera en su libro *Falso amanecer*?

La esclavitud había sido abolida a mediados del siglo XIX, pero en el siglo XX resurgió en la Alemania nazi, la Unión Soviética y China. Y ahora, en la era de la globalización resurge el tráfico de seres humanos. Otro ejemplo es la tortura. La campaña contra la tortura nace en la Ilustración y culmina en los derechos del hombre. Pues bien, en los últimos tres o cuatro años la tortura ha reaparecido. En febrero de 2003 publiqué un artículo al estilo de Jonathan Swift, *Una propuesta modesta en torno a la tortura*. La tortura se ha convertido en un arma en la batalla global contra el terrorismo que están justificando muchos liberales. La prohibición de la tortura es una exigencia de la civilización y un avance fundamental en el pensamiento moral. Y yo creo que la creencia en el progreso nos anestesia y los males antiguos retornan hasta reaparecer como situaciones normales: cuando alguien minimiza que en un interrogatorio se sumerja la cabeza del detenido en un cubo de agua debemos preocuparnos por la salud de nuestras democracias. Y vuelvo a Stuart Mill: el auténtico progreso, además de aportar riqueza, debe ser ético y político.

Otra de sus afirmaciones, digamos subversivas, es que el saber no nos hace libres...

Es un pensamiento tan remoto como el Génesis y parte de que el conocimiento humano es ambiguo por esencia. Una vez hemos comido del árbol del Bien y del Mal, ya no podemos volver atrás. Me dirá que la genética nos permite curar enfermedades, pero le contestaré que en el siglo XXI la biotecnología servirá, una vez más, para el perfeccionamiento de armas, para mantener guerras entre Estados o provocar el terror. El mundo contiene cerca de doscientos Estados soberanos, muchos de ellos desmoralizados o seriamente corroidos por el crimen y la corrupción... Los usos militares de la biotecnología podrían plantear una ame-

naza comparable a la de la guerra nuclear. Y lo mismo sucede con la ingeniería genética. Si se intenta rediseñar a los seres humanos, no será sobre la base de un consenso internacional ilustrado, sino de manera caprichosa e irregular, como resultado de la competencia y el conflicto entre Estados, corporaciones empresariales y redes criminales.

También su crítica al ecologismo es políticamente incorrecta...

Se enmarca en una visión más amplia. Establezco tres concepciones de la tecnología. La primera es la clásica ilustrada: la tecnología como aportación emancipatoria ya le he dicho que la rechazo por su ambivalencia. La segunda es el “tecnoprimitivismo” de los ecologistas. Los verdes arremeten contra la tecnología, que consideran una trampa medioambiental. Consideran que hay que distanciarse de la industrialización y promover las economías locales, en la tradición de Tolstoi y Gandhi, el elogio de la vida sencilla. Diseñan parques eólicos y hablan de economía sostenible, pero 9.000 millones de habitantes no sobrevivirán con parques eólicos y agricultura ecológica orgánica. Hemos de aprovechar todo nuestro arsenal tecnológico y no podemos deshacernos tan fácilmente de los combustibles fósiles ni de la energía nuclear. Y esa sería la tercera interpretación de la tecnología: promover la alta tecnología para reducir el impacto sobre la tierra y no precisamente volviendo atrás; la agricultura ha sido tan destructora como la industrialización, como se puede apreciar en la Amazonia. El retorno a la vida agrícola es la receta para un desastre todavía peor.

Y el cambio climático y los biocombustibles...

El cambio climático es irreversible, aunque muchos políticos no se atrevan a confesarlo. Si no podemos pararlo, hemos de pensar cómo evitaremos las inundaciones. Creer que la acción humana puede remediar un proceso físico que no se da de forma regular sino a grandes saltos, me parece una muestra de antropocentrismo presuntuoso. En cuanto a los biocombustibles... Convertiríamos lo que queda de los bosques en campos. Miles y miles de hectáreas de caña de azúcar, como sugieren en Brasil y Estados Unidos... De esta manera, lo único que vamos a propiciar es un inmenso desierto verde. No debemos temer a la energía nuclear y abolir la agricultura tradicional. ¡No reinventemos al agricultor, por favor! ¡La alta tecnología puede suministrarnos alimentos artificiales en el futuro!

Hace setenta años, un compatriota suyo, Eric Blair, más conocido como George Orwell, combatía en la guerra civil española. En estos momentos se promueve una ley de memoria histórica que está produciendo cierta crispación en una democracia de sólo treinta años...

No creo que la memoria histórica perjudique a la democracia, porque está consolidada. La reacción de la ciudadanía española a las atrocidades de Al-Qaeda en la estación de Atocha fue muy madura, quizá la más madura del mundo.

¿Y cómo ve la ciudad de Barcelona?

He estado varias veces en los últimos cinco años. La planificación de las ciudades industriales demuestra que el vivir urbano puede ser elegante y reconfortante. Las ciudades son formas muy válidas de ecología humana, que no deben convertirse en megalópolis. 🍷

OBSERVATORIO



Proyecto de modernidad, producto cultural

Para decirlo lisa y llanamente, la cultura es todo aquello que los seres humanos hacen de sí mismos y de su mundo, y que piensan y dicen, y que construyen. La cultura es todo aquello que es humano. Por tanto, tiene que ver con cómo vivimos, cómo convivimos con los demás, qué pensamos de nosotros mismos, qué pensamos de los demás, qué valores elegimos para lograr que crezca la riqueza, cómo gestionamos nuestra creatividad o nuestra libertad. Así pues, la cultura se despliega en varias dimensiones: la simbólica e identitaria, la expresiva y creativa, la económica y de progreso (producción de riqueza) y la constituyente y comunitaria (la política).

Desgraciadamente todavía no hemos aprendido a apreciar todas estas dimensiones como parte del todo cultural en el que los seres humanos estamos inmersos. A los humanos nos pasa con la cultura lo mismo que a los peces con el agua. Así lo escribió Marshal McLuhan (1911-1980): “Si pudiésemos preguntar a un pez dónde vive, posiblemente no se le ocurriría mencionar la respuesta más obvia: en el agua”. A nosotros nos pasa lo mismo con la cultura. Si preguntamos a un ser humano dónde vive, casi nunca da la respuesta más obvia: en un océano de conocimientos y de valores, de ideas y de hechos.

Y entre los hechos humanos hay uno particularmente significativo: las ciudades. Una ciudad es ante todo un producto cultural. Estoy absolutamente de acuerdo con la forma en que lo escribió Claude Levi-Straus: “No tenemos derecho a comparar de manera metafórica una ciudad con una sinfonía o un poema: son objetos de la misma naturaleza. La ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artificio. Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura: individual y grupal, vivida y soñada: humana por excelencia”. Las ciudades nacen del pensamiento, de la capacidad de imaginarlas, de soñarlas, de construirlas, de deconstruirlas, de vivirlas.

Así es como tenemos que aprender a mirar las ciudades –nuestra ciudad–: como uno de los hechos culturales más significativos que los humanos hemos materializado. Precisamente entonces es cuando la ciudad adquiere sentido y cuando tiene sentido la ciudad que tenemos, el capital cultural que hemos recibido de las generaciones anteriores, nuestras opciones de futuro e incluso todos nuestros sueños colectivos. Así es como tenemos que aprender a mirar Barcelona: como un espacio urbano que ha acumulado el peso cultural de mucha gente, como un espacio pensable, dominable, transformable.

El capital cultural de la Barcelona de hoy está tejido con un hilo imperceptible pero real en el que se encuentran las opciones culturales de los antiguos habitantes layetanos, de la antigua ciudad romana, visigótica, árabe, medieval y moderna. De aquella ciudad que fue capital en la forja de Cataluña, que inventó la democracia municipal, que creó un imperio mediterráneo, que fue burguesa y proletaria, revolucionaria y conser-



vadora, sometida y derrotada, monárquica y republicana, pero siempre reinventada por quienes habían nacido y vivido en ella.

Los últimos 150 años de esta larga historia de dos milenios han sido particularmente intensos en dinamismo cultural. Barcelona se convirtió en la fábrica de España; supo poner en marcha el primer ferrocarril español que la enlazaba con Mataró; con el grito castellanizado de “abajo las murallas”, rompió su encorsetamiento medieval e hizo aparecer el moderno ensanche diseñado por Ildefons Cerdà; inventó la Exposición Universal de 1888, que todavía vive en el Arc de Triomf y la Ciutadella. En sus calles tomó cuerpo el Modernismo y el Novecentismo. Su Ayuntamiento se dotó, en 1908, de un primer presupuesto de cultura que clamaba por políticas más decididas y propias de aquellos tiempos. En 1929 la ciudad promovió una nueva exposición internacional que urbanizó Montjuïc y dejó muchos equipamientos culturales que todavía hoy usamos plenamente.

Esta larga historia es la que certifica la particular lista de paradojas que han hecho de Barcelona una ciudad particular. Es una de las pocas ciudades europeas que han pasado de ciudad romana a metrópoli sin grandes discontinuidades; se convirtió en capital mediterránea sin un gran puerto natural, se constituyó como urbe bisagra entre la Cataluña antigua y la Cataluña nueva, fue capaz de convertirse en ciudad catalizadora de una nación, fue ciudad industrial sin materias primas en su entorno, se convirtió en capital sin tener un estado que la amparara, se ha configurado como ciudad de cultura por agregación continua de nuevas realidades culturales sin renunciar a la tradición siempre renovada y sintetizada por cada una de las generaciones anteriores. Ha sabido mantener una lengua propia sin renunciar a la otra lengua de muchos de sus hijos. Ha sabido forjar una notable cultura democrática, como lo pone de manifiesto el arraigo de los movimientos culturales más destacados que en ella se han fraguado: el Novecentismo, y el imperativo democrático que guió la dinámica cultural desde el franquismo y la denominada transición a la democracia de los años ochenta y noventa.

En definitiva, la cultura es la corriente de fondo profunda “que ha permitido a la ciudad existir y desplegar una formidable capacidad para construir y materializar sueños, quimeras, panaceas y escamoteos”, como ha escrito Jorge Luis Marzó.

Lo que de verdad permite explicar lo sucedido en el periodo transcurrido entre 1979 y el cambio de siglo es el haber desplegado la ciudad como un gran proyecto cultural. Los ciudadanos y ciudadanas que vivían en ella decidieron poner toda su energía en un proyecto cultural de transformación. Eso es lo que fueron esencialmente los Juegos Olímpicos de 1992: un gran proyecto cultural compartido de transformación.

Un proyecto compartido que materializó la última gran paradoja que la ciudad ha sido capaz de construir: Barcelona fue capaz de construir un gran proyecto cultural de modernidad precisamente cuando la modernidad comenzaba a ser cuestionada. Barcelona se hizo moderna cuando el discurso postmoderno empezaba a ser hegemónico en el discurso cultural planetario; cuando el discurso cultural mantenía que no podían existir discursos; cuando el relato cultural decía que no podían existir relatos, Barcelona construyó un discurso y un relato de moder-

nidad. Eso es lo que el mundo ha reconocido y ha llevado a hablar del modelo Barcelona. La clave de su éxito fue haber sabido desplegar un inmenso proceso cultural que sintetizó las propuestas surgidas de la ciudad compacta de los arquitectos, de la ciudad del conocimiento de los economistas, de la ciudad participada de los movimientos sociales, de la ciudad del bienestar de los sociólogos y de la ciudad de la sabiduría de los culturalistas. En este despliegue es donde adquiere sentido el éxito del modelo Barcelona y de las políticas de estricto carácter cultural, como por ejemplo: el despliegue de los centros cívicos, la ocupación festiva de la calle, las esculturas al aire libre, la renovación museística, la Olimpiada Cultural, la implementación de una nueva generación de equipamientos públicos; el renovado apoyo a la creatividad, a los emprendedores culturales y al asociacionismo cultural; la modernización bibliotecaria, el apoyo a las nuevas empresas creativas, los años temáticos, la implementación de la nueva generación de centros de arte y la puesta en marcha de proyectos colectivos alumbrados en el marco del Plan Estratégico de Cultura de la ciudad.

Son sólo ejemplos. Todo ha respondido a una misma lógica que el arquitecto Joan Busquets describió así: “Los cambios experimentados por Barcelona en los últimos 25 años no se pueden explicar solamente por los diseños aportados por uno o dos individuos, ni por la voluntad singular y personal, sino por una tendencia o exigencia colectiva más amplia que implica la iniciativa pública municipal, la de sus cuadros, pero también la de los arquitectos, grupos de vecinos, operadores privados, etc., que han definido claramente una conciencia de cambio con respecto a las condiciones precedentes y que ha sido la base de su propia concepción”. Así es como se ha configurado una ruptura y una fuerte modernización de la ciudad y sus espacios, pero también de la base económica, de la ambición colectiva, del orgullo cívico y de la afirmación identitaria.

Miguel Delibes escribió que un pueblo lo hacían sus hombres y mujeres y su historia. Y en el caso de las ciudades más aún. Las ciudades son un reto de conocimientos y de valores; un reto de cultura. Ahora Barcelona se enfrenta a un reto. Ha sabido transitar del color ala de mosca de la década de los setenta, que tan bien supo captar Robert Hughes, al azul cromático de la sardina, como afirman los críticos del Fomento de las Artes Decorativas. Ahora hay que aportar sustancia a este renovado y brillante color. Y la sustancia se obtiene de pensarla como una globalidad de cultura, es decir, inteligencia compartida para transitar hacia un espacio urbano que será comunitario, transcultural, analógico, creativo, expresivo, conectado, participado, sin límites, nodal de flujos y necesariamente más democrático.

Barcelona lo hará. Siempre lo ha hecho. Forma parte de la manera de ser de la ciudad: “*El temps s’ha cuidat de demostrar aquella manera de donar la volta a les intencions [...] del nostre destí, tan característica d’una forma de ser barcelonina que es posa el vestit de la rauxa quan en té ben bé prou dels hàbits del seny [...]*”. (“El tiempo se ha encargado de demostrar esa manera de dar la vuelta a las intenciones [...] de nuestro destino, tan característica de una forma de ser barcelonesa que se viste de arrebató cuando se harta de los hábitos de la sensatez [...]”). Rosa Regàs dixit.

OBS ZONA DE OBRAS



Manuel Delgado *Sociedades movedizas*

**Anagrama,
Barcelona 2007,
278 páginas**

Sociedades movedizas reúne varios textos que Manuel Delgado ya había presentado en otras ocasiones, con mínimos retoques para relacionarlos entre sí, acompañados de una introducción y un epílogo también confeccionados con párrafos de anteriores trabajos. No crean que mi espíritu inquisidor ha descubierto ese *patchwork* textual: el mismo Delgado lo revela, sin complejos, en la introducción y aduce al respecto que “este libro no es una mera compilación de textos (...) fue concebido desde el principio como esbozos adelantados de lo que luego sería la presente obra”. A esto se llama previsión y clarividencia.

Sociedades movedizas inicia su primera parte sobre “texturas urbanas” con un capítulo en el que se establece la diferencia entre el dentro (privacidad) y el afuera (espacio público). De esos dos ámbitos, definidos a tenor de los argumentos de autores bien conocidos (Simmel, Sennett, Remy, Mafesoli, Le Bon...), Delgado aboga por el afuera y para ello hace una apología de la plural fertilidad de la calle, pues en ésta se conjuga lo funcional y lo simbólico; constituye un proscenio de prácticas sociales, emociones (desde el asombro hasta el estupor) y códigos de conducta; establece un territorio de flujos de individuos ambulantes; conforma una red variada que permite el encuentro, la comunicación y el anonimato; sirve

como ágora política de adhesiones y rechazos, de sociabilidad y conflictos; celebra lo vivido y percibido en contra de la querencia de los poderes institucionales y económicos que intentan hacer de la vía pública un espacio reglamentado, vigilado y productivo. El segundo apartado se centra en las categorías de no-ciudad (símil de la noción de no-lugares que inicialmente apuntó Certeau y que popularizaron Augé y Duvignaud), la mirada, el transeúnte y el callejear nómada. La no-ciudad, según Delgado, es “el espacio absoluto de y para el discurso y la acción sociales”; un “espacio vivo y vivido en el que no vive nadie” (¡agárrese ese oxímoron!).

Los capítulos tercero y cuarto (conferencias impartidas en Colombia en la Universidad Nacional de Medellín en 2001 y en la Universidad Católica Popular de Ripalda en 2006) se suponía que debían contener ese esbozo de antropología de la calle que Delgado anunciaba; sin embargo, por más que se agregue alguna pincelada sobre la calle, apenas aportarán novedad alguna respecto a lo que se prometía. Ciertamente se citan a Radcliffe-Brow o Malinowski y se recurre a nociones de antropología cultural ya tratadas por Joseph, Goffman o Mondana. Empero, no hallaremos ningún bosquejo de método, categorías, valores o instrumentos precisos que mesuren y aquilaten lo que acaece en la calle, ni trabajo de campo al respecto del propio autor. No obstante, ello no es óbice para que Delgado proponga un peculiar tipo de antropología a la que denomina naturalista, cualitativamente mejor que la antropología predominante, que aprende el “reflejo fisiológico de los hechos y sus actores” y que “no aspira a probar nada; muestra, pero no demuestra; describe, pero no prescribe; trata –sabiendo que no puede; desesperantemente por ello– de ver y relatar luego lo que sucede”. Si esa audaz propuesta deja perplejo, qué decir de las recomendaciones de Delgado en posteriores párrafos: “La etnología ha de preocuparse por ser exacta, completa, debe tener el sentido de los hechos y sus relaciones mutuas,

así como el de las proposiciones y conexiones”. Esa conciliación final de los opuestos, después de apologar una de las opciones, es una constante en todo el discurso de Delgado. Así, elogia la subjetividad radical apoyándose en Deleuze y luego preconiza la racionalidad explicativa de Dilthey; pone de ejemplo la minuciosidad de Maus para captar la totalidad del espacio antropológico investigado y, a continuación, señala que “lo incierto y lo inestable de cualquier sociedad” determina sobremanera a ésta. Y el caso es que parece conocer las nefastas consecuencias epistemológicas de ese incongruente proceder, pues en uno de sus párrafos dice: “Esa disolución de la antropología en la retórica hermenéutica y la hegemonía de lo discursivo –representar representaciones– ha implicado en buena medida un desmantelamiento del plan con que la antropología nació”.

La segunda parte del libro se dedica a “conflicto y exclusión en contextos urbanos”. En el primer capítulo trata de los rituales del deambular, del paso del movimiento (dispersión individual) a la movilización (fusión colectiva); expresividad y simbolismo de los flujos ambulantes y de la fiesta y la revuelta (¡qué ocasión perdida para elucidar los diversos conflictos actuales o revisar añejas estrategias de luchas sociales!). El siguiente capítulo versa sobre el derecho a la indiferencia y el anonimato, las lecturas sociolingüísticas de la calle y los procesos de comunicación e interacción. El penúltimo capítulo lo dedica a la diversidad, la diferencia y la desigualdad; los equívocos inherentes a la tolerancia y los discursos supuestamente antirracistas (especialmente de una determinada izquierda), pero que, a la postre, contribuirán a subsumir a los inmigrantes en un orden de dominación que les identifica, controla, margina y excluye. Finaliza el libro con un capítulo sobre la mujer en la calle (“factor diluido, punto ciego en los registros empíricos y la elaboración teórica”) donde, tras un largo y anacrónico repaso de los agravios de la mujer sufridos a través de los tiempos, se dice que, aunque ha ganado en “visibilidad”, sigue

“Delgado inicia su primera parte sobre ‘texturas urbanas’ donde establece la diferencia entre el dentro (privacidad) y el afuera (espacio público).”

estando discriminada, sobre todo en su derecho al anonimato.

No encontraremos tampoco en esta segunda parte, pese al talento de Delgado para titular sugerentemente los capítulos y apartados, nada novedoso a nivel teórico o antropológico. Delgado despliega su facunda prosa, emplea un tono predicativo y hasta conminatorio, pero de otros (Tcherkézoff, Gumperz, Ketzer, Sansot, Aramburu, Goffman...) son las ideas. Por lo que atañe a la estructura del libro, ésta presenta notorias deficiencias. Tanto el origen y destino de los textos, como su formato de *patchwork*, propician que se privilegie la frase y el párrafo en vez de un discurso continuado. Ello implica que se empiece hablando de una cosa, se divague en otras y se concluya evanescentemente. Esa discontinuidad textual y lógica provoca contradicciones e incoherencias, anima la proclividad de Delgado a las filigranas retóricas (¡atribuir a la calle “estallidos gláuquicos”!) e, incluso, promueve definiciones de Perogrullo tales como que “la ciudad es un sitio, una gran parcela en que se levanta una cantidad considerable de construcciones”; o esta otra: “A los individuos y las agrupaciones humanas que uno puede contemplar desplegando su actividad hormigueante en los espacios exteriores y accesibles de cualquier ciudad solemos llamarles gente”.

Para concluir, señalaré mi acuerdo total con la crítica de Delgado a “esa etnología posmoderna policroma, esa suerte de fantasía objetiva narcisista que pretende –y consigue– disolver la antropología en pura literatura ficcional”. Con un matiz: ¿no es ésa la más precisa calificación que merece *Sociedades movedizas*?

Alberto Hernando



La gran rutina Valentí Puig

Edicions 62
Barcelona, 2006
190 páginas

Las campanillas del jurado del premio Sant Joan Caixa Sabadell de 2006 (Gimferrer, Alan Yates, Villatoro o Dolors Oller) no suenan en esta novela, ni casi resuenan. La culpa no es exactamente del narrador; lo es en todo caso del novelista, si por el novelista entendemos a Valentí Puig y por el narrador al personaje que siempre hay que inventar para narrar una historia, sea la que sea, verosímil, fantasiosa, histórica o melodramática. Y quien falla en esta novela es su autor, quizá precisamente porque es demasiado autor para tan poca historia, y es demasiado leído y demasiado sabio, demasiado listo, si me aceptan una simplificación algo grotesca: es listo porque es un hombre de una formación densa y meditada, porque es un hombre plenamente integrado en el mundo moderno y enterado de las cocinas políticas, periodísticas y empresariales que lo mueven, lo dirigen o lo asustan según convenga. Él es uno de ellos, en realidad y desde hace muchos años, además de ser un autor con obra algo más que solvente en géneros periféricos al mercado, deficitarios quizá para las empresas editoriales o poco rentables, pero absolutamente centrales para construir una cultura madura y ágil, bienhumorada y escéptica, libre y atada como va siendo la nuestra. Todo eso lo ha dado Valentí Puig en otros lugares después de un título fun-

dacional, del que seguramente debe de estar hartísimo de oír hablar, que fue su primer libro, y que era ya un libro definitivo, concluyente, para decidir sobre el valor de un autor; aludo a su dietario de juventud *Bosc endins*, publicado en 1982, y desde el título mismo hasta la educadísima pero nada embustera ironía escéptica, allí había un escritor que ha ido dispersándose a la fuerza y seguramente por vocación, y ha dado algunas grandes cosas, con apariencia de menores, sin serlo, y ahora pienso en su *Diccionari Pla de literatura*, también en algún otro libro de notas, como *Matèria obscura*, y en tantísimos artículos de alguna extensión donde medita en paz y verdad con agilidad de estilo y de ideas, que a menudo son la misma agilidad (o lo son al menos en su caso).

Pero no aquí. O mejor dicho, aquí sí, pero en retales que no se sabe muy bien qué pintan en medio de una trama vulgar de semiestafadores, medios editoriales de ringorrango, familias que evolucionan y padecen (Viluma es el lugar sagrado, a la altura de Altafulla pero sin mar), contactos con el poder y una intriga desmayada e intrascendente. Y tiene algo de directamente enfadoso porque la prosa que hace en algunas de estas páginas, la calidez reflexiva y el acierto de página es tan descarnadamente bueno que empeora las cosas, como si Valentí Puig hubiese accedido a preparar un mixto literario: colocar literatura de calidad para lectores que se conformarían con mucho menos y hacer pagar ese precio a lectores que buscarían esas páginas sueltas sin el aparato de la novela, esos cortes súbitos donde un jardín, un recuerdo, la media luz de un cuerpo o los sombras de la decrepitud se hacen vibrantes y poderosas. Y en el punto y aparte siguiente se vuelve a una fabulación rasa o banal, que evoca a ratos cosas de la tele para pasar el rato, y que no es nada estimulante hasta que no vuelve a cogerse otro párrafo o un par de páginas que vuelven a dejarlo a uno sentado confortablemente en la literatura, aunque sea sólo un rato, antes de retomar la acción. Los personajes tienden a parecer inspirados en seres reales, pero se rehuye identidad

“En ese párrafo está justamente el mejor Puig, con las dotes de un observador lúcido y lírico, tocado por la placidez del hedonismo resabiado y nunca ni escandaloso ni escandalizado”.

alguna, simula ser una novela en clave y no lo es, pero quizá quiso serlo o le rondó al autor la tentación de hacerla, y de ahí quizá que los retratos que pudieran ser hirientes en el fondo cuelgan en el vacío, como si al narrador le faltase convicción y quizá tiempo para modelar personajes de novela real, al margen de su vinculación imaginaria con personajes de nuestros días. Diría que su vocación de gran farsa de la Barcelona *nou-vinguda* al poder de la democracia se queda en guiñol, aunque rebasa ampliamente el aca burlona.

Pasaba algo parecido en otro libro anterior de Valentí Puig, aquel volumen titulado *Cien días del milenio* (2001), donde debía ceder a la actualidad política nacional e internacional demasiadas páginas de tono y voluntad periodísticos, pero de vez en cuando volvía a reaparecer el mejor Valentí Puig. Ya sé que es un premio, ya sé que es una caja quien lo financia y entiendo que las cosas son como son. Pero precisamente por eso se hace difícil callar la nostalgia de un escritor con libro entero, en lugar de un libro con páginas de buen escritor, como la que dedica a los locos, hacia el final, y que allí es una suerte de deformidad novelesca, aunque sea la deformidad de la excelente literatura: “*Hi havia uns bancs i tot traspuava la humitat dels vells murs que el sol mai no toca. Algú donava miques de pa als ocells. La ciutat passava de llis amb el brogit d’una torrentada d’aigües brutes. Gairebé era una litúrgia perquè cada dia hi havia algú assegut en un dels bancs, parlant sol. Eren monòlegs en una mica estripats, fragments d’un teatre cru i despolit. Homes i dones, mig encarant el cel, repensaven les seves vides, i com per efecte d’una espiral dialèctica anaven a parar finalment a la gran ferida, a la traïció que els havia malmès. La veu irreprimible, esgarrifosa, contra el batec uníson del món. Ells es revoltaven contra una conjuració primària i devastadora, la dona infidel, el soci que t’estafa, els fills que et rebutgen. Parlar sol era a la vegada una manera d’evitar la trencadissa definitiva. Parlar sol els feia una mica més forts que la fragilitat extrema de l’existència.*” Cuando unas líneas después el narrador retoma al personaje principal, el lector se desinfla y encuentra lo que suele encontrar

en la novelaría que tanto cansaba, y con razón, al mismísimo Pla (la buena novela, como sabe Puig mejor que nadie, nunca cansó a Pla). En ese párrafo está justamente el mejor Pla y el mejor Puig, con las dotes de un observador lúcido y lírico, tocado por la placidez del hedonismo resabiado y nunca ni escandaloso ni escandalizado, *malmès* seguramente por la obstinación, ni siquiera demasiado real, de hacer novelas.

Jordi Gracia



Loïc Wacquant
Los condenados de la ciudad.
Gueto, periferias y Estado

Siglo XXI Editores
Buenos Aires y Madrid, 2007

Durante los últimos veinte años hemos venido consagrando en nuestros usos cotidianos del lenguaje conceptos difusos e intuitivos que nos sacan de algún que otro atolladero emocional, pero que si no estamos atentos a su utilización apropiada, nos pueden imponer también un buen número de prejuicios sociales; prejuicios que por la senda de la reflexividad y las profecías que se cumplen a sí mismas contribuyen a realizar una devastadora labor de fragmentación y pérdida del sentido social de los procesos históricos que vivimos. Un buen ejemplo de esto es el concepto de exclusión social, y asociado a él, en un campo semántico borroso, pero eficaz, se encuentran términos como inmigración, nueva pobreza, inseguridad, minoría étnica y un largísimo etcétera que en

su inscripción en el espacio urbano ha venido a fortalecer la noción de gueto.

En este libro nos encontramos con un muy buen estudio de la sociogénesis de la nueva miseria urbana de las grandes metrópolis occidentales. No es, según Wacquant, ni la pérdida de valores tradicionales, ni la religión, ni la inmigración, ni la llegada de nuevas culturas, lo que crea zonas conflictivas y potencialmente explosivas en el entramado urbano de nuestras ciudades, sino que es un modo de regulación social, de gestión política y de organización económica que ha sustituido el objetivo del pleno empleo, los derechos sociales, la asalarización segura y las políticas públicas redistributivas y generalistas por un discurso y una práctica del riesgo, la precariedad, el recorte de derechos, la cicatería en el acceso a la ciudadanía, la agresividad económica, el individualismo y una concepción de la competencia prácticamente hobbesiana.

Wacquant argumenta con un abanico de ilustraciones y explicaciones sociológicas de todo orden que lo que produce la explosión de los barrios no es la inmigración –que ha existido en diferentes grados y niveles, casi siempre altos, desde los orígenes mismos de los sistemas metropolitanos modernos–, ni el choque de civilizaciones –tan espectacular en su enunciación como indemostrable como fenómeno general en la práctica cotidiana–, ni el multiculturalismo –todas las ciudades han sido multiculturales por el solo hecho de ser ciudades–, ni la crisis de valores, que han estado permanentemente en crisis como forma de ajuste de las sociedades complejas. Por el contrario, el origen de la violencia recurrente en las periferias desestructuradas de las grandes urbes occidentales está en la violencia social y simbólica de un modelo de (anti)gestión económica mundial que debilita los Estados del bienestar sin alternativa asistencial alguna y refuerza los mecanismos de competencia económica personal con un modelo añadido de encuadramiento represivo destinado a los que se acaban presentando para este modelo de gestión como incompetentes en un sentido polisémico y profundo.

En el centro argumental del libro se nos avisa de la necesidad –y se nos anima, por tanto, a emprenderlo– del estudio sociohistórico de las diversas formas y procesos de gestación de las zonas de vulnerabilidad urbana en los diferentes países, así como según los modelos de políticas públicas de referencia, y aquí la diferencia entre las tradiciones y trayectorias norteamericanas, británicas y europeas continentales ha sido radical. Aplicar etiquetas establecidas y conceptos preconcebidos sólo sirve para bloquear la posibilidad de construir un conocimiento realista y plausible de estos espacios que vuelven así a quedar estigmatizados también en los análisis más o menos técnicos. Cuando utilizamos la palabra “gueto” para nombrar las actuales zonas conflictivas de nuestras ciudades damos por hecho un encierro construido por una diferencia étnica previa, sostenido por normas (formales e informales) específicas y con un funcionamiento monocultural autónomo, lo que comporta también una función socioeconómica casi única de cara al resto de territorios urbanos.

Gran parte de las *banlieues* francesas, o de lo que fueron los nuevos barrios y ciudades periféricas producto de las políticas de vivienda de posguerra en la Europa continental, no pueden considerarse funcionalmente como guetos: son espacios multiétnicos, combinan diferentes grados de asalarización y diferentes grados de riqueza, comunican por múltiples vías con el resto de la ciudad, en ellos siguen actuando políticas públicas activas aunque estén en decadencia, etc.; en suma, son universos complejos con los que hay que interactuar y a los que hay que estudiar en su complejidad, en contacto con sus propios sociólogos profanos. El estudio sociológico crítico de la ciudad en su diversidad histórica es la condición previa para eliminar los estigmas y las etiquetas preasignadas, así como para poder emprender potentes políticas públicas consensuadas sobre las zonas más degradadas del tejido urbano, evitando caer en el discurso del colonialismo interior, cuyo resultado final es el de la imposibilidad de la redención de

los marginados (porque son culpables de su marginación), el del fatalismo étnico (o cultural) y el del *apartheid* a escala micro, cuyo peligro y presencia es cada vez más real.

Aplicar la noción de gueto donde no se debe es provocar una exclusión simbólica y una inacción absoluta de las políticas públicas, despreciando además la diversidad histórica y social que han experimentado nuestras ciudades y nuestras periferias. Presentar las *banlieues* como cubos de basura sociales de donde vienen todos nuestros males, guetos sin futuro donde se pierden y malgastan todos los valores patrióticos –como ha venido haciendo el pensamiento conservador y ultraconservador francés y en buena medida europeo–, es practicar la profecía que se cumple a sí misma y amparar un modo de intervención represivo que sólo engendra más violencia. Decía en *Le Monde* Gerard Mauger –otro gran discípulo de Pierre Bourdieu, como el mismo Wacquant–, que las revueltas, disturbios o cualquiera de las desconcertantes y muy preocupantes reacciones anómicas de las *banlieues* francesas son comportamientos protopolíticos de una terrible violencia simbólica que sólo pueden entenderse en el campo político del conflicto por las significaciones y las representaciones sociales generales.

En suma, un buen, y bello, ejercicio de sociología cívica de uno de los sociólogos con mayor proyección internacional en este comienzo de siglo. El impresionante bagaje teórico de la obra y el buen tratamiento empírico de los problemas abordados –si algo se puede criticar en el libro es ese aplastante sociologismo objetivista que deja fuera los propios discursos y construcciones simbólicas de los implicados–, hacen de este volumen una herramienta intelectual de primer orden para acabar con tópicos y estereotipos sobre la exclusión, imágenes que pueden tener, y de hecho tienen, efectos mortales para agravar los procesos de fragmentación de las ciudades actuales.

Luis Enrique Alonso



Martha C. Nussbaum

Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión

Ediciones Paidós

Barcelona, 2007

448 páginas

¿Cómo se puede dar contenido a la idea según la cual todos los seres humanos son iguales desde el punto de vista moral? Ya en la década de los ochenta del siglo pasado, Martha Nussbaum –reconocida filósofa norteamericana y actualmente profesora de Derecho y Ética en la Universidad de Chicago– trató de encarar esta cuestión a través de su trabajo centrado en el punto de vista de las capacidades. Articulado conjuntamente con Amartya Sen, este punto de vista pretende ir más allá de la concepción común que mide las desigualdades en el desarrollo de los pueblos y regiones del mundo solo en términos del PIB. Conscientes, por una parte, del hecho de que esta concepción obvia la cuestión de una distribución justa de libertades efectivas y, por otra, de la escasa fiabilidad de los ingresos y la riqueza como índice de bienestar, Amartya Sen y Martha Nussbaum propusieron también medir el desarrollo en términos de “capacidades”.

Cuando Nussbaum habla de “capacidades”, se refiere a capacidades centrales en el funcionamiento humano –vida, salud corporal, integridad corporal, sentidos, imaginación y pensamiento, emociones, razón práctica, afiliación, relación con las otras especies y control

político y material del propio entorno-, y lo hace en un intento de concreción de los derechos humanos, es decir, hasta cierto punto, hablando de libertades sustantivas y tratando de ir más allá de la justicia procedimental a través de atender a los resultados. Quiere evitar el peligro de que, al considerar a todo el mundo igual, pueda resultar un trato desigual para aquellos que, de hecho, se encuentran en una posición desfavorable.

En particular y, desde esta perspectiva, en *Las fronteras de la justicia* intenta perfilar una concepción de la justicia que permita hacer frente a algunos problemas de inequidad y formas de exclusión, presentes en nuestro tiempo, que exigen cambios teóricos: el lugar de las personas con discapacidades, las relaciones internacionales en la época de la globalización y nuestra relación con las criaturas no humanas. Todo eso la conduce a una reflexión muy interesante y valerosa en torno a los límites de una de las teorías más notables en la tradición occidental de filosofía política: la del contrato social.

A pesar de situar su pensamiento en el marco del liberalismo político de John Rawls, Nussbaum señala los problemas de la concepción rawlsiana del contrato social. Más allá de las complejidades y diferencias entre los pensadores de esta tradición, en conjunto nos han legado una imagen general de la sociedad como resultado de un contrato orientado al beneficio mutuo entre personas racionales, “libres, iguales e independientes”; entre personas que obtienen de su vida en común algo que no obtendrían si viviesen separadamente. Las limitaciones de esta concepción están vinculadas al hecho de que, en todos los casos, se asume que los agentes del contrato son hombres más o menos iguales en capacidad y aptos para desarrollar una actividad económica productiva, lo que conlleva que los niños, las mujeres y las personas mayores queden excluidos de la posición de negociación. Aunque las teorías contemporáneas han enmendado, hasta cierto punto, estas omisiones, lo que

no hacen es incluir a personas con graves deficiencias físicas o mentales, así como tampoco a criaturas no humanas. Y el motivo de esta exclusión –señala con acierto Nussbaum– radica en un rasgo estructural de todas las concepciones del contrato social: siempre se confunden dos cuestiones que, de entrada, son diferentes, a saber, quién diseña los principios de justicia y para quién están pensados dichos principios básicos. Es decir, las partes diseñan principios para ciudadanos que, como ellos, son seres humanos racionales y adultos que no sufren deficiencias graves y que pertenecen, por lo tanto, a la misma especie.

En línea con Marx, Nussbaum concibe, en cambio, los seres humanos como criaturas necesitadas de una pluralidad de actividades vitales, de manera que la racionalidad queda como un aspecto –no el único– que define la idea de un funcionamiento auténticamente humano. Trata de perfilar una teoría en que muchos seres vivos, tanto humanos como no humanos, sean sujetos primarios de la justicia, pese a no tener facultades para participar en el procedimiento mediante el cual se escogen los principios políticos. Nussbaum apuesta por una concepción de la justicia que, sin exigir una igualdad aproximada en poderes y facultades, sostenga la igualdad de todos y cada uno de los seres humanos. Así, subraya que el hecho de ser capaz de establecer un contrato y de poseer facultades que hacen posible el beneficio mutuo en la sociedad no tienen por qué ser condiciones necesarias para ser un ciudadano dotado de dignidad y merecedor de ser tratado con respeto en un plano de igualdad con el resto.

El trabajo de Nussbaum está animado por el reconocimiento de la heterogeneidad de los seres humanos y por la idea aristotélica de que hay algo de maravilloso y digno de respeto en cualquier organismo natural complejo. La perspectiva es claramente valorativa y abre un camino que permite extender la justicia al terreno de los animales. En esta perspectiva, lo verdaderamente importante no es la igualdad de facultades,

sino la igualdad moral, y lo que es significativamente trascendente es que, con independencia de las facultades naturales y supuestamente normales, los sujetos reciben exactamente el mismo trato. En este contexto se presentan buenos argumentos para reconsiderar las apelaciones a Groci o Pufendorf a la ley natural como base más sólida, no solo para la ampliación de las fronteras de la justicia, sino también para repensar la justicia internacional en un mundo cada vez más interdependiente y para abordar las desigualdades entre países ricos y pobres.

De todos modos, a pesar de que reivindique, contra la tradición secular, la óptica de la ley natural, heredera de los modelos estoicos romanos, como vía para fundamentar la igualdad moral, Nussbaum esquiva, de acuerdo con su liberalismo político, cualquier fundamentación metafísica específica, ya que el punto de vista de las capacidades se basa en aquello que todas y cada una de las personas son efectivamente capaces de hacer y de ser, según una idea intuitiva de qué es una vida de acuerdo con la dignidad humana.

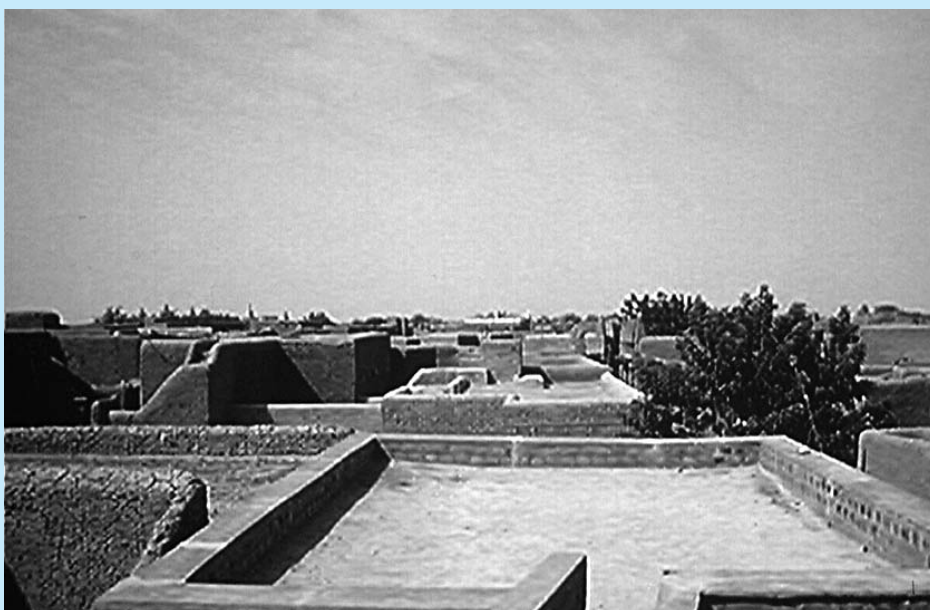
Al poner en evidencia los límites del contractualismo y al especificar un umbral para cada una de las capacidades, por bajo del cual se considera que los ciudadanos no pueden funcionar de manera auténticamente humana, Nussbaum nos ofrece la descripción de una pluralidad de derechos sociales mínimos que permiten un amplio acuerdo intercultural. Ahora bien, es consciente de que su propuesta de justicia básica presupone necesariamente no solo que las personas hagan gala de una solidaridad y una benevolencia muy grandes y que mantengan este sentimiento a lo largo del tiempo, sino también que las instituciones desempeñen un papel importante a la hora de estabilizar esta benevolencia... Pero quizá éste es el precio de una especificación de los derechos humanos.

Fina Birulés

“Nussbaum apuesta por una concepción de la justicia que, sin exigir una igualdad en facultades, sostenga la igualdad de todos los seres humanos”.

OBS ARTES PLÁSTICAS

De la era digital al redescubrimiento del celuloide



La trayectoria artística de Patricia Dauder (Barcelona, 1973) define a una generación de creadores nacidos a principios de los años setenta y que en los noventa, liberados de los prejuicios de anteriores generaciones, y en pleno desarrollo de sus inquietudes artísticas, protagonizaron un cambio en la forma de hacer del arte y del artista. Dauder pasó por Hangar, un centro de producción artística, situado en Poblenou, que ha sido un espacio en el que los anhelos, las circunstancias y los tropiezos se han visualizado de manera compartida y colectiva. Un espacio que ha promovido los intercambios con otros países europeos, lo que constituye uno de los factores que ha contribuido a la formación de la actual Barcelona cosmopolita que sirve de referencia lúdica y estética a muchos jóvenes de todas partes del mundo.

Dauder y su generación rompen los límites del soporte artístico. No son pintores o escultores, exclusivamente. Son todo o nada. Han crecido en el momento en el que se ha abaratado la tecnología digital y utilizan de manera natural el vídeo, la fotografía digital y el lápiz de grafito. El dibujo, curiosamente, escondido durante muchos años en las cajoneras de los estudios de los artistas como un soporte subalterno, adquiere mucha importancia. El ordenador personal no elimina nada de lo que había antes de su uso generalizado por los artistas, sino que más bien lo potencia. En este camino, Dauder utiliza la fotografía digital como lienzo, como una pintura de nuevas texturas que expresa una nueva sensibilidad. Participa en muestras colectivas en las que se expresa este nuevo cambio, y también en muestras individuales en las que hace esculturas con alambre que parecen flotar en el espacio, que dibujan la atmósfera consiguiendo acercarse al concepto de inmaterialidad a pesar de utilizar materiales tangibles. En cierta manera la herencia del arte virtual o el arte en red (*net.art*) producido con ordenadores contamina el mundo de lo que hasta entonces se denominaba real. De hecho, la realidad se amplía y los límites entre soportes y estilos se rompen, aunque en la década de los noventa todavía había quien establecía una barrera entre el arte abstracto y el figurativo. En cier-

La Barcelona artística se redescubre

Barcelona continúa redescubriéndose artísticamente. Es una especie de reinención constante. Se reinventa Poblenou y se reinventa el paseo de Gràcia, zonas con raíces artísticas. Ahora se reinventa la zona de la calle Montcada, conocida principalmente por el Museo Picasso. El verano pasado abrió, o

mejor dicho, también se reinventó, una sala que ya estaba abierta: la galería Montcada, que ha pasado a manos del editor Rafael Martínez, propietario de Norma Editorial, una de las editoriales del cómic más importantes y con una más larga trayectoria de toda España. Y como editor de cómics intenta mostrar, con la dirección artística de Cristina Sempere, un universo artístico que se mueve en la con-

fluencia de la pintura, el cómic y la ilustración. La exposición inaugural de la nueva etapa tuvo lugar el verano pasado con obras de Rómulo Royo, hijo de un dibujante de cómics y prestigioso ilustrador internacional. La pintura de Royo hijo, aunque se desmarca de la ilustración, deja entrever sus influencias familiares a pesar de rehuir la estricta representación. La obra de este pintor iba acompaña-

da del trabajo pictórico de Daniel Torres, uno de los más destacados autores de cómic de la Escuela Valenciana de la década de los ochenta y noventa del siglo pasado. En esta ocasión abandonaba el mundo de la narrativa para realizar un trabajo de descripción muy subjetiva de Barcelona. Con este cambio de orientación de la galería, la calle Montcada se prepara para nuevas transformacio-

Jaume Vidal

ta manera, la generación de Dauder es heredera en Cataluña de los artistas conceptuales de los años setenta que, de manera mucho más condicionada por la incompreensión de sus trabajos, incorporaron la idea, el cuerpo, la acción y el paisaje natural como elementos de creación.

Con este bagaje, Patricia Dauder ha dado últimamente un paso contrario a la evolución tecnológica. Se ha lanzado, también sin mitificaciones, al celuloide. Una exposición en la galería ProjecteSD de Barcelona le sirvió para experimentar con el cine no narrativo. Eso la llevó a concebir un proyecto más ambicioso, que ha podido financiar en parte gracias a una beca de la Fundació Botín.

Con la ayuda del cámara Jordi Gambús, y con un aparato de super-16, se fue a Mali, donde rodó, en la primavera de 2007, una película en la que no hay acción ni historia, sólo paisajes (en pocas ocasiones hay protagonistas humanos) y quietud. “Mi intención no era hacer un documental exótico, sino reflejar el paso del tiempo, casi como si fuese una fotografía en movimiento”. Para la artista la película era un reto en cuanto al contenido: “llegué a África con unas imágenes muy claras de lo que quería encontrar”, y también un reto de carácter técnico: “el cine no es como el vídeo, no puedes ver el resultado hasta que la película no ha sido revelada. Y eso supone un gran riesgo. Podríamos haber vuelto sin nada”. La película estará montada y lista en otoño de 2007.

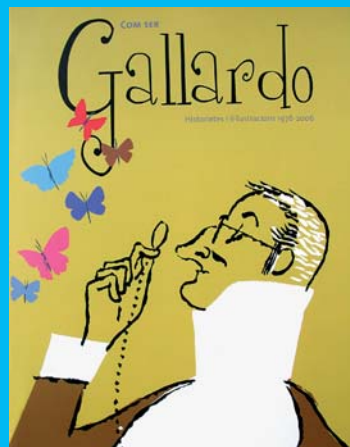
Uno de los obstáculos con los que se ha encontrado esta generación está constituido por las contradicciones del mundo artístico barcelonés. Por una parte, muchas galerías apuestan por las nuevas tecnologías, pero no por los nuevos autores. Los coleccionistas de la ciudad suelen guarecerse en su colección de manera discreta, como si mostrar o hacer públicos sus intereses artísticos fuese un gesto de ostentación de mal gusto. Sólo “salen del armario” cuando pueden montar una fundación que muestre el seguimiento personal que hacen del mundo del arte de manera pública en un espacio determinado. Entonces, rompen su pudor artístico.

nes derivadas, por ejemplo, de la intención del coleccionista José Manuel Iniesta de abrir el Palau Gomis para mostrar su colección en la confluencia de la calle Montcada, Princesa y Barra de Ferro, y de la construcción, muy cerca, en la calle Princesa, de un centro cultural promovido por Caixa Penedès para mostrar su colección de obras de Josep Maria Subirachs. La antigua Sala

Montcada, gestionada por la Fundació La Caixa, será ahora una dependencia dedicada a las exposiciones temporales del Museu Barbier-Mueller d'Art Precolombí.

OBS CÓMIC

Joaquim Noguero



Elegante gallardía

Como la película de título similar hace con el eco de John Malkovich, la exposición *Com ser Gallardo* (1976-2006), coproducida por el Ayuntamiento de Palma y la Caja de Ahorros del Mediterráneo, juega a situarnos tras los ojos de quien ahora ya es considerado con justicia un referente de peso.

Tanto el magnífico catálogo como la exposición itinerante o el vistoso trabajo de vídeo que la acompaña ambicionan recrear el largo proceso de creación de una mirada personal conformada por una riqueza de modelos y de experimentaciones situados muy por encima del tópico de sexo, drogas y *punk and roll* en el que muchos —a causa de Makoki— todavía tienen recluido al barcelonés de adopción que es el leridano Miguel Ángel Gallardo. Desde sus orígenes en la línea clara hasta un relativo, pero enriquecido, cierre en círculo en una versión mucho más personal de la misma claridad formal, pasando por los años de explosión vital en la década de los ochenta, cuando la colaboración con Mediavilla le ensuciaba orgánicamente las viñetas de aquella vía que fue bautizada como *línea chungu*, lo que hay es una misma actitud vital que las declaraciones del dibujante ponen una y otra vez al descubierto en el catálogo:

capacidad para ilusionarse en un continuado aprendizaje. Por eso afirma habérselo pasado muy bien trabajando. Las páginas han sido ventanas. Y cuando en la década de los ochenta, el país y Barcelona se transformaban a toda máquina, él estaba allí, fascinado por lo que pasaba en la calle y por las mil variadas formas de recrearlo que descubría en el pasado y en los autores precedentes: del periodo más incisivo de la escuela Bruguera al *underground* americano, de Vázquez y Figueras a Hanna-Barbera o a Crumb, todo confluyendo en Chaland y en tantos otros. Fíjense en la ilustración bautizada irónicamente *The modern* y verán en ella un claro homenaje a Tintín, cómic que había leído fuera del ámbito familiar (menos refinado, nada burgués, más menestral), en la biblioteca. La otra cara de la memoria, la más íntima y palpitante, búsquela en *Un largo silencio*.

En cualquier caso, por medio del desgarramiento juvenil, de la madura desnudez o de la ironía más o menos omnipresente, lo que mejor le caracteriza como autor de historietas e ilustrador es un mismo pilar de vivencias: asumir que cualquier línea emprendida, clara o chungu, no es una simple cuestión estética, sino una ética. Pretende un pronunciamiento y una actitud frente al mundo. Su elegancia es gallarda porque asume un compromiso y contiene ideas, lo no quiere decir propaganda, sino un “hablemos” fundacional. No se trata de tenerla, sino de saberla, muy larga. Éste es un buen modelo para Barcelona: un recordatorio de que el paso de los años puede hacernos renunciar a muchas cosas y presentarlo todo esencializado, de que la vitalidad desmesurada de los comienzos puede converger en un diseño mucho más calmado, coloreado y brillante. Puede, pero siempre que se mantenga coherencia con los orígenes y deje traslucir lo que uno era. Eso es lo que hace de él un maestro Gallardo.

Giulia Valle, imaginación y “contrabajismo” al poder



“Compositora con una imaginación exuberante y un sentido preciso de la estructura, hace como Picasso, a quien la inspiración siempre le hallaba trabajando”.

Aclamado por la prensa especializada nacional e internacional, *Danza imprevista* es uno de los mejores discos que se hayan fraguado nunca en el ámbito de nuestro jazz. No deja de resultar paradójico que la autora de esta lograda maravilla sónica sea una mujer y contrabajista, en un género y con un instrumento tradicionalmente relegados a un papel secundario. No obstante, Giulia Valle no cree que el hecho de ser mujer le haya dificultado las cosas: “Quizás al principio me costó un poco adaptarme, ya que en ambientes de hombres siempre hay machismo. Pero de todas formas, en el mundo

de la música hay menos, y lo tienes que tener claro. No he sufrido de ninguna manera, no”.

De hecho, la irrupción al más alto de nivel de Giulia Valle como solista y líder no es un caso aislado, y marca una tendencia que parece imparable a escala mundial. Recientemente, la prestigiosa revista francesa *Jazzman* dedicaba buena parte de uno de sus números a analizar el fenómeno, que calificaba de revolución, a través de las doce primeras figuras internacionales, entre las que Giulia Valle emerge con una fuerza inusitada en un mundo donde hasta hace poco el papel femenino parecía circunscrito a la voz.

Por otra parte, también está siendo cada vez más habitual el liderazgo de los contrabajistas en la escena jazzística. Giulia Valle, que primero tocaba el piano, se enamoró de este instrumento a los diecisiete años: “Fue de forma casual, cuando un amigo en una fiesta me dejó tocar un bajo eléctrico muy psicodélico que tenía, y a partir de ahí comencé como autodidacta”. Más tarde, la artista se pudo comprar un contrabajo, y siguiendo un plan de estudios totalmente autofabricado, combinó sus progresos personales con las clases de jazz y de clásico: “Mario Rossy fue mi primer maestro, después Ben Street, y en el apartado clásico fui a estudiar a París con François Rabbath, todo un monstruo del contrabajo. Por último, Alvaro Is me instruyó en la armonía aplicada a la improvisación”. A Giulia Valle, que cree que la música se apren-

de básicamente en los escenarios, lo que le atrae del contrabajo es “el concepto de contramelodía, por debajo de lo que hacen los otros músicos, como si se tratase de una coral a varias voces. Es un instrumento que tiene muchísimas posibilidades. Del mismo modo que el violín o el cello tienen una altura de cuerdas determinada, el contrabajo es anárquico, no hay ninguna ley que seguir. Puedes tocar desde rock progresivo a sonatas de Beethoven”.

Compositora de altísimos vuelos, con una imaginación exuberante y un sentido preciso de la estructura, Giulia Valle hace como Picasso, a quien la inspiración siempre lo encontraba trabajando. “Para ir bien –explica–, necesito escribir cada día. La composición me ha interesado desde siempre, ya sea su estudio o la transcripción de composiciones. Y no paro de pensar en nuevas composiciones para el quinteto”. Desde hace cuatro años, la contrabajista lidera su propio grupo, formado actualmente por Martí Serra (saxo), Pintxo Villar (saxo), Sergi Sirvent (piano) y David Xirgu (batería). El quinteto de Giulia Valle ha realizado últimamente una exitosa gira por Cataluña y se prepara para el asalto internacional. La mánager de Valle, otra mujer con empuje, la inquieta Rosa Galbany, también tiene muy claro que inexorablemente los tiempos están cambiando.



Una barcelonesa de San Remo

Nacida en San Remo en el año 1972, Giulia Valle llegó con cinco años a Barcelona. Decían los clásicos que la imaginación era el arte de combinar los recuerdos, y la contrabajista lo ha hecho de forma magistral en una preciosa gema, *San Remo*, incluida en su disco *Danza imprevista*: “Es un tema que evoca la ciudad de mi infancia, cuando me subía al tejado de la casa de mis abuelos y veía el espectáculo del mar con los barcos iluminados”.

Sobre la diversidad de sus gustos musicales, Giulia Valle explica: “Mi padre vivía en Brasil y a mi madre le gustaba escuchar música clásica, así que crecí escuchan-

do a Mozart y a Elis Regina. No descubrí el jazz hasta la adolescencia, cuando Louis Armstrong y Miles Davis despertaron en mí un interés brutal por este tipo de música. En cuanto al rock, el músico que más me ha influido ha sido Jimi Hendrix, y también *flipaba* mucho con Pink Floyd y The Pixies. De hecho, el hilo conductor de lo que me gusta es que tenga psicodelia. Probablemente, todo comenzó cuando de pequeña vi la película *Fantasia*, de Walt Disney”. Antes de publicar esta primavera su segundo disco, *Danza imprevista*, y después de una brillante carrera como acompañante de algunos de los mejores músicos de su generación, Giulia Valle debutó como *bandleader* con el álbum *Colorista* (2004).

OBS ARTES EN LA CALLE

Martí Benach

¿Adiós al grafito? La ordenanza cívica ahuyenta a los artistas del “street art”

A principios de verano, Barcelona se convirtió por unos días en capital mundial del arte urbano con dos festivales simultáneos y estimulantes: el Difusor, centrado en el stencil (ilustración mural con plantillas), y el Urban Funke, cóctel de cultura en la calle con ingredientes de hip-hop, grafitos, baloncesto y skate. El éxito de asistencia –únicamente el Difusor ya reunió a 100 plantilleros de 17 países– sirvió para difundir el *street art* entre la sociedad y reivindicar el espacio público para usos artísticos y creativos en una ciudad que hasta ahora era una referencia internacional en arte urbano.

Paradójicamente, la realidad cotidiana es muy diferente en la actualidad. La efervescencia de la década de los noventa, cuando grafiteros y plantilleros de todo el mundo peregrinaban a Barcelona para pintar en la calle, ha desaparecido del todo. Las facilidades que ofrecía la ciudad se han vuelto impedimentos. Ahora, de hecho, la ordenanza del civismo prohíbe cualquier pintada o mural, y los castiga con multas de hasta 3.000 euros. Desde que entró en vigor, en enero de 2006, se han interpuesto por este motivo más de 53.000 denuncias y 4.000 multas. Y en el primer semestre de este año, sin ir más lejos, se han registrado hasta 122 sancionados.

La normativa, que no hace excepciones, ha cortado en seco el arte urbano sin darle alternativas. A raíz de la presión legal, las intervenciones en la calle han sufrido un notable descenso, y algunos artistas han cesado en la actividad o bien se han trasladado a otras ciudades europeas, como Lisboa, Oporto o Berlín. “Se ha perdido la oportunidad de regular de forma lógica y normal el arte urbano, como en muchos otros países”, opina David García, abogado e impulsor de la agencia GraffitiStreetArt Barcelona. García considera que la ordenanza cívica “criminaliza a los artistas con un absoluto desconocimiento” de su actividad, ya que, en su opinión, son los artistas los primeros interesados en desvincular los actos vandálicos de algunos de las creaciones artísticas de la mayoría. En este sentido, aboga por una regulación propia,

como la de los músicos, y por la tolerancia o el diálogo con los artistas. Como en Gerona, en donde el Ayuntamiento les facilita acreditación y les proporciona muros en los que pintar. O Bilbao, que potencia los murales en paredes medianeras para después promocionarlas en un recorrido turístico. O incluso en Nueva York, cuna del grafito, en donde una ordenanza propia incluye alternativas y subvenciones a los artistas urbanos.

A Gemma Galdon, portavoz del Observatori RiSc, dedicado a proyectos de recuperación de la calle como espacio público, le parece “inconcebible” el grado de represión contra los artistas. “Choca de lleno”, dice, “con la imagen de ciudad de referencia en nuevas tendencias urbanas”. Ella lo enmarca en una estrategia general para eliminar los usos no aceptados de la calle. Frente a la “sobre-regulación absurda” del espacio público, Galdon apunta dos vías de actuación: buscar complicidades con el *mainstream* cultural y promover la desobediencia civil. Sin embargo, entiende que muchos hayan optado por abandonar y por dedicarse a las galerías de arte o al diseño gráfico.

Frente a la prohibición de ejercer en la calle, el paso a los talleres parece ineludible. Se teme que eso suponga, además de su desaparición del paisaje urbano, un empobrecimiento de la esencia del grafito o la plantilla, efímeros, espontáneos y transgresores por naturaleza. “Algunos no ven diferencias y lo que quieren es pintar donde sea”, dice Galdon, “pero otros asumen plenamente el sentido político de actuar en la calle”. Como señala Albert García, “lo interesante de los grafitos es el *work in progress*, la interacción con el entorno, el espíritu crítico, y eso se perderá si no se le pone remedio”.

www.difusor.org

DRAP ART'07

Del 14 al 16 de diciembre se celebra en el CCCB (Montalegre, 5) el Festival Internacional de Reciclaje Artístico.



© Unimicroclima



© Tomeu Mulet



© Unimicroclima



© Unimicroclima

Onadis-recicle: expertos en innovación

Me asomo a la ventana y, como siempre, allí están. Aparecieron un buen día, irrumpiendo en nuestras calles o, mejor dicho, en nuestras esquinas, con el encargo simultáneo de tranquilizar nuestras conciencias ecológicas y atender contra la ecología visual de nuestro paisaje urbano cotidiano, por partes iguales. Dejémoslo así.

A partir de su presencia, hemos adaptado la evacuación de nuestros residuos domésticos a la oferta que proponen. Los contenedores constituyen un hecho finalmente tan aceptado que incluso las asociaciones de diseñadores y profesionales del ramo han dejado de hacer objeciones ante su indiscutible torpeza y fealdad. Al parecer, ellos han ganado. Y mientras, en casa, nos esforzamos en seleccionar y depositar cada residuo junto a sus semejantes. A pesar de ello, ¿sabemos realmente dónde van a parar? No pretendemos realizar un tratado sobre el asunto, pero sí romper una lanza en favor de un material que, desde la ecología, con frecuencia es tratado como un proscrito, y origen de (casi) todos los males: el plástico.

Resulta paradójico que, después de buscar durante milenios un material económico, resistente, impermeable y estable, cuando finalmente la humanidad lo ha encontrado, parece no saber muy bien qué hacer con él. Es decir, si que lo sabe, pero solamente los primeros cinco minutos o, si se quiere, las primeras semanas, lo que, para un material que puede durar cientos de años, viene a ser lo mismo. Porque, igual que los diseñadores han asumido la presencia

de los contenedores, los ecologistas al final reconocerán las propiedades del plástico como virtudes y no como problemas. Y ello pasa por un cambio de mentalidad, por parte de todos. Observemos lo que ocurre con los embalajes y envoltorios relacionados con la alimentación, por ejemplo.

Se trata de productos de una gran calidad, pues las normas sanitarias de alimentación así lo exigen. Al inicio de muchas cadenas de envasado, se encuentra la manufactura del propio envase. La materia prima semielaborada inicia el proceso, fabricándose el envase en la propia planta. Éste, en la mayoría de los casos, es de inmediato llenado y cerrado herméticamente, etiquetado –con fecha de caducidad en la tapa–, transportado y consumido. El proceso puede durar unas pocas semanas, tal vez solo días y el envase vacío, deja de ser producto para convertirse en residuo. Y es cierto que, desde el punto de vista del contenido lo es, pero si abandonamos esta mentalidad tan profundamente consumista y pensamos en el envase, veremos que se trata de un producto de gran calidad, y con muchísima vida por delante. Así, dejaremos de ver un residuo casi indestructible y, por tanto, molesto, para ver un material muy duradero, lo que, para mentes abiertas e inquietas, como la del fundador de la empresa Lasentiu, Josep Bertran, más que un problema constituye un estímulo. Y aquí tenemos la primera base del proceso, un material elaborado con plásticos del contenedor amarillo, el Syntrewood, una especie

de madera sintética adecuada para producir numerosos objetos de uso cotidiano.

A partir de ello, llegó la iniciativa de Joan Tó, ingeniero industrial de dilatado currículum, impulsor de empresas internacionales como Oken, entre otras. Y nació Onadis-Recicla y, con ella, los primeros y sugerentes productos, como la serie de papeleras Releu o la de los asientos Vértebra, entre otros. Esta aplicación en mobiliario urbano resulta especialmente adecuada para el nuevo material, que, por su resistencia y estabilidad frente a la climatología, proporciona productos que funcionan prácticamente sin mantenimiento, de fácil reposición y económicos, además de bien diseñados. Así, vemos cómo un envase que depositamos en el interior de un contenedor pasa a convertirse en papeleras, banco, pavimento, jardinera... o cualquier otro objeto útil, en lugar de aparecer como basura esparcida por nuestro entorno natural. Otra iniciativa de unos profesionales que, como siempre, sólo saben hacer las cosas bien, como debe ser. Por muchos años.



Nueva vida para el plástico

El reciclaje, por fin, parece haber sido asumido y aceptado por una parte importante de nuestra sociedad. Incluso los poco agraciados contenedores que engalanan nuestras calles han dejado de ser motivo de comentario para quienes se preocupan por la imagen de nuestros pueblos y ciudades.

Sin embargo, hay otra cuestión: los productos recogidos, ¿dónde van a parar?, ¿podemos encontrarlos en otros objetos de utilidad? La propuesta de Onadis-Recicla y Lasentiu, de la mano de Joan Tó y Josep Bertran,

veteranos incombustibles tanto en iniciativas empresariales como en innovación, es un sugerente camino para dar nueva vida a uno de los más rebeldes: el plástico.

A partir de plásticos del contenedor amarillo, aparece el Syntrewood, material resistente al clima que abre el camino para utilizar los envases, hechos con materiales de calidad, como base para infinidad de productos. Las primeras propuestas de Onadis-Recicla en el ámbito del mobiliario urbano ya han visto la luz, pero esto es solo el principio. www.onadisrecicla.com

OBS CIENCIA

Joaquim Elcacho

TERCERA EDICIÓN DE LA MACROFERIA



EuroScience Open Forum, el gran reto de 2008

© Joan Sánchez. I.R.B. Barcelona

Barcelona reserva un rincón importante de su gran oferta cultural a la ciencia. Así lo ha demostrado con la propuesta Barcelona Ciencia 2007 (véase balance adjunto) y seguro que también lo hará en 2008 con la celebración, entre el 18 y el 22 de julio, de la tercera edición del ESOF, la propuesta de comunicación y difusión de la ciencia más importante del continente. Durante estos cuatro días intensos de verano, Barcelona acogerá –según las previsiones– a más de 5.000 personas interesadas en presentar y conocer la labor de los investigadores europeos y cómo se transmiten los resultados de su investigación a las empresas y al bienestar de la sociedad.

El ESOF (EuroScience Open Forum) es una macroferia que se celebra cada dos años en una capital europea con el objetivo de servir de “plataforma de debate y comunicación de ciencia y tecnología”, según explica Enric Banda, actual director de la entidad promotora (Euroscience) y copresidente de ESOF2008. Los encuentros, exposiciones, debates, conferencias y actividades de todo tipo que se están programando para el ESOF2008 ofrecerán la oportunidad de mejorar la necesaria relación entre los grupos investigadores, las instituciones, las empresas y el conjunto de los ciudadanos. Las dos primeras ediciones de este gran encuentro europeo de la ciencia, en Estocolmo (2004) y Munich (2006), han servido de ejemplo de las grandes expectativas de una propuesta de estas características. Además, la candidatura de

Barcelona no está avalada exclusivamente por los sobrados méritos de la ciudad, sino que representa un esfuerzo singular por orientar hacia una misma dirección a la gran diversidad de agentes que trabajan en la investigación científica y en su difusión en Cataluña y en el conjunto del Estado.

Los programas preliminares de la tercera edición del ESOF organizan las propuestas de actividades en diez ámbitos principales, desde la mente y el comportamiento hasta la demografía y el envejecimiento en Europa. Además, entre los objetivos marcados por los promotores del ESOF2008 destaca una exposición más clara de “la relación entre los resultados de la investigación y su aplicación en el mundo económico, de forma que la mejor ciencia nos proporcione una vida mejor”, según explica Enric Banda.

La candidatura de Barcelona para la celebración de ESOF2008 estuvo encabezada por la Fundació Catalana per a la Recerca i la Innovació (FCRI), con el apoyo de los ministerios de Educación y Ciencia, de Industria, Turismo y Comercio, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (Fecyt), la Confederación de Sociedades Científicas de España (COSCE), la Generalitat de Cataluña y el Ayuntamiento de Barcelona, así como de decenas de entidades científicas, culturales y empresariales de Cataluña y del resto de España.

www.bcn.cat/ciencia2007/cat

Barcelona Ciencia 2007

Más de 200 entidades, colectivos y empresas han participado en la propuesta municipal para incluir la ciencia en el panorama de actividades de la ciudad. El proyecto ha superado las expectativas y “ha incluido definitivamente la ciencia en la agenda estratégica de la política cultural de la ciudad”, explica Vladimir de Semir, comisionado para la Cultura Científica del Ayuntamiento. El calendario ha superado con creces el listado inicial de 250 exposiciones, espectáculos, reuniones y conferencias. El Ayuntamiento ha marcado diferencias con respecto al estatal Año de la Ciencia, para dejar claro que se mantendrá permanentemente.

www.bcn.cat/ciencia2007/cat

Mare Nostrum, todavía el mejor de Europa

El superordenador Mare Nostrum del Supercomputing Barcelona Center sigue siendo el instrumento de cálculo más potente de Europa. Inaugurado en 2005, ocupó la cuarta posición en el ranking mundial de supercomputación (Top 500) y la primera entre los ordenadores de Europa. En 2006, la máquina fue superada en capacidad de cálculo por la de la Agencia Francesa de la Energía Atómica, pero seis meses más tarde su ampliación volvió a situarlo en lo alto de la lista internacional.

www.bsc.es

Capital europea de la fusión

Fusion for Energy se denomina la iniciativa europea de participación en el proyecto ITER de construcción de un prototipo de central eléctrica de fusión nuclear. Su sede logística se encuentra instalada en Barcelona desde verano. En la presentación de la sede, el comisario europeo de Investigación y Ciencia, Janez Potočnik, destacó que la iniciativa aportará soluciones trascendentales para el futuro de la energía.

www.fusionforenergy.europa.eu

OBS CINE

Albert Espinosa debuta como director de cine adaptando dos de sus obras

Diferencias aparte, Albert Espinosa recuerda a Alfonso Paso, aquel dramaturgo español que en los sesenta era capaz de estrenar una docena de obras en un año, además de probar suerte en la dirección y la interpretación, tanto de cine como de teatro. Y aunque el ritmo del autor catalán no es así de stajanovista, sí le une a Paso su voluntad de convertirse en una suerte de hombre orquesta del mundo del espectáculo. No sólo teatro, también cine, televisión, radio y prensa. En estos momentos Espinosa ultima su primera película como director, rodada en Barcelona, con vistas a presentarla en febrero en el Festival de Berlín y estrenarla ese mismo mes. Se trata de *No me pidas que te bese porque te besaré*, adaptación de dos obras suyas, la que lleva el mismo título y *El club de las pajas*.

Espinosa no es Paso, quien, perteneciente a un teatro burgués de poca trascendencia y mucho éxito, era denostado en favor de un Alfonso Sastre o un Buero Vallejo. A Espinosa le interesa desdramatizar temas como el cáncer o el suicidio. Pero aunque las intenciones sean

diferentes, en Espinosa hay un tono sentimental que ayuda a limar aristas. Es decir, estaría más cerca de un Cameron Crowe (*Jerry Maguire*) que de un Billy Wilder (*Primera plana*), tal vez por su peculiar experiencia personal: la de pasar de tener cáncer en la adolescencia a ser un popular dramaturgo en su madurez.

En su debut, Espinosa habla de tres temas que le interesan y que son ilustrativos de su mundo personal: “La gente especial, llamados discapacitados mentales, término que se tendría que desterrar; el mundo de las pajas, que es algo que nunca se ve con ternura para analizar la frustración o la melancolía que se esconde detrás; y el tema de saber si quieres o no a la persona con la que estás”. En el film, Eloy Azorín interpreta a Albert, un joven que está a punto de casarse con Helena (encarnada por Teresa Hurtado), pero al que le entran dudas. Su amigo David (el propio Espinosa) le propone que haga algo que realmente tenga ganas de hacer antes de casarse. Albert se apunta a un curso de guitarra en un grupo de gente especial.

¿Bienvenido, Mr. Allen?

Sobre el rodaje en Barcelona de la película de Woody Allen, se ha dicho mucho, y la mayoría, en negativo. Apenas se ha incidido en que tendría que ser motivo de satisfacción tenerlo en Barcelona. En cambio, sí que la imagen dada por los medios de comunicación y los políticos es la de pueblerinos encandilados por el fulgor de las estrellas de Hollywood, además de quejas por las subvenciones, quejas por los cortes de calles, quejas por la actitud de los políticos... Lo de menos ha sido la película en sí: Allen ha rodado en lugares como la Rambla, la Sagrada Família, el Born o la Barceloneta, pero a la hora de hablar sobre el film, en vez de preguntarse si Allen va a dar una imagen tópica de la ciudad o no, se ha preferido cargar contra todo dándole así más bombo a aquello que se critica, ese provincianismo, y por lo tanto convirtiéndose –curioso ejercicio autoreferencial– en aquello mismo que se critica.

OBS DANZA

Joaquim Noguero

Un hervidero de ideas

Algunos de los grupos más jóvenes de la danza en Barcelona demuestran que en artes consideradas cultas como la danza, el camino inverso al recorrido por Gallardo también es posible: éste es el caso del joven barcelonés Àlex Serrano Tarragó, que –al igual que el provocador dramaturgo argentino Rodrigo García– enfiló los treinta años vestido de joven creativo agresivo dentro del mundo de la publicidad, hasta que, llegado el momento y con una cierta tranquilidad económica, en lugar de sentar cabeza decide llevarnos de ídem con un hervidero de ideas puestas en danza.

Serrano es cofundador de AREAtangent, un colectivo transversal de creación que, desde hace dos años, impulsa obras interdisciplinarias en el centro del Raval. No es que AREAtangent acoja a jóvenes creadores, es que los empuja a crear con tal continuidad que cogen tablas y oficio en poco tiempo. ¡Y divirtiéndose! Son cómplices generacionales, exactamente igual que cuando Gallardo y compañía, en la década de los ochenta, no paraban de hacer páginas que no sabían ni dónde colocarían. Aquí, cortas y en proceso, estas obras (danza, teatro, música, vídeo) que denominan cápsulas, las dejan ver por un euro, y a otra cosa

mariposa. Sólo dos años, y la maduración ya es evidente: obras plurilingües, como la realidad de la que hablan; maneras rudas en las actitudes y limpias en las texturas formales, seguros de las herramientas y la tecnología, que funden con la tranquilidad de quien ha crecido con ello.

En el próximo puente de la Constitución, Serrano llega al Temporada Alta de Gerona con la tercera parte de una trilogía sobre la soledad, la culpa y la resurrección. Por menos, ni se ponen. Piden paso. Es una generación flamante. Sus hermanos mayores, o empiezan a despertarse de la siesta o se los meriendan.

Jordi Picatoste Verdejo

Ventura Pons

hace de Barcelona un mapa de sentimientos



Hay un señor, que no es Almodóvar ni Woody Allen, que desde hace cerca de treinta años lleva Barcelona, a través de sus películas, a festivales de todo el mundo. Así que cuando apareció la noticia de una versión cinematográfica de la prestigiosa obra de teatro, *Barcelona, Mapa d'ombres*, de Lluïsa Cunillé, el hecho de que Ventura Pons fuera su director era algo que no hacía falta decir, era más bien cuestión de pura lógica. Pons, que aunque ahora pocos lo recuerden se formó en el teatro, trae cada año una película bajo el brazo, mayoritariamente adaptaciones de obras catalanas contemporáneas y con la ciudad de Barcelona de fondo. Pero si el teatro ya es de por sí un medio que limita la libertad de acción, la obra de Cunillé, estructurada en varias escenas que acontecen en las diferentes habitaciones de una misma casa donde hablan en cada escena sólo dos personajes, la traslación al cine era más complicada. El director barcelonés era consciente de ello: "La obra necesitaba abrirse y la película aparentemente está abierta hacia el exterior, pero en realidad lo está hacia el interior de los personajes. Era la idea que me motivó para realizar la adaptación. En la película hay alrededor de cuarenta localizaciones más que en la obra... Salen muchos exteriores, pero teniendo en cuenta que representan el interior de los personajes. Además, también aparece una presentación de cada uno de ellos para contextualizarlos".

Comenta Pons que lo que le atrajo de la obra de Cunillé fue la historia, pero reconoce que más tarde se dio cuenta de que los personajes de Barcelona, un mapa, título del

film, tienen mucho que ver con su mundo cinematográfico: "Los personajes de esta película podrían ser de *Carícies* o de otras mías: gente colgada que lucha por salir adelante y no lo consigue. Es curioso cómo vuelvo a estos personajes, que me despiertan mucha ternura. Además, hay una intensidad dramática que podría ser la de *Actrius*, y en esa voluntad de abrirse hacia el interior de los personajes me recuerda a *Ocaña, un retrato intermitente*".

El eje de la película es el matrimonio encarnado por Núria Espert y Josep Maria Pou, que interaccionan con los diversos inquilinos de su piso, entre ellos una mujer de mediana edad (Rosa Maria Sardà), o una joven sudamericana (María Botto). Son personajes que tienen en común la soledad y secretos inconfesables que acaban saliendo a la luz como solución a sus existencias y que los relacionan entre ellos.

Es precisamente en el aspecto actoral donde el cineasta se muestra más orgulloso: "Tuve mucha suerte en tenerlos, son brutales. Hay un trabajo muy sólido de actores en esta película, hemos ensayado mucho y todo fue rápido, porque estaba preparado". A los ya citados, les acompañan Jordi Bosch y Pablo Derqui, el único, junto a Botto, que debuta a las órdenes de Pons. En el lado contrario, Rosa María Sardà, en su quinta colaboración con este director al que Sardà dedicó su Goya por *Sin vergüenza* de Joaquín Oristrell: "En Madrid, Rosa Maria hace secundarios de lujo, pero los buenos papeles los ha hecho conmigo". Pons, fiel a su actividad constante, trabaja ya en su próximo proyecto.



Un director y una ciudad

Desde que debutara en el cine en 1978 con *Ocaña, retrato intermitente* sobre el emblemático personaje de la Rambla, Ventura Pons siempre ha tenido como fondo de sus películas la ciudad en que nació, Barcelona, salvo contadas excepciones. E incluso en su aventura en inglés *Food of love*, que en parte transcurría en Estados Unidos, también aparecía Barcelona, y eso que en la novela original de David Leavitt la acción se desarrollaba en Roma. Los motivos son varios, incluida la comodidad: "Todos los directores tenemos un paisaje cultural, además de una cuestión de paisajística urbana que tiene que ver con nuestro hábitat. Y en el caso de *Food of love*, era más cómodo hacerla aquí. El propio Leavitt dijo que quedaba muy bien. Para los extranjeros, las ciudades a las que van son como decorados, y Barcelona iba bien". Las excepciones han sido las dos películas que él llama "valencianas", *Putà misèria* (1989) y *La vida abismal* (2006), y el rodaje en Bulgaria de *Rosita please!* (1993).

OBS A PIE DE CALLE

Helena Encinas

Una Casa Partitura De Alonso y Balaguer



© Helena Encinas

No es fácil aunar conceptos como belleza, funcionalidad, integración, sociedad y sostenibilidad en el mundo arquitectónico. Sin embargo, existen algunos ejemplos, resquicios tímidos, de este tipo de entender la construcción y el crecimiento de una ciudad. La Casa Partitura es uno de ellos. Obra del despacho de arquitectos Alonso y Balaguer –autores del Hotel Hesperia Tower, situado en la Gran Vía, en L’Hospitalet, y del futuro centro de ocio en que se convertirá la antigua plaza de toros Las Arenas de Barcelona a principios de 2009–, este edificio de 150 metros de largo es un conjunto de 207 viviendas en régimen de alquiler para jóvenes ubicado en el Nus de la Trinitat de Barcelona.

El proyecto fue promovido por el Patronato Municipal de la Vivienda en 1996 y el edificio –en el cual se crearon viviendas de hasta 70 m²– debía incorporar una serie de requisitos de protección medioambiental, una apuesta fuerte por parte del ente público en aquellos años.

La estrategia a seguir fue sencilla. “La única fuente inagotable de energía que tienes en tu cuerpo es la imaginación”, comenta Luis Alonso, socio fundador y director general del despacho de arquitectos. Con un presupuesto muy contenido, “ahí está el reto”, se llevaron a cabo las condiciones impuestas por el Patronato y el resultado se tradujo en que todas las viviendas tienen una doble fachada para obtener ventilaciones cruzadas –el nuevo Código Técnico de Edificación ya lo impone–, cuentan con paneles captadores solares, para el precalentamiento de agua sanitaria y de calefacción, y disponen de eliminación de materiales contaminantes en su proceso de producción como el PVC,

domótica, recogida de agua de lluvia... Todo lo que la tecnología les permitía para crear un edificio sostenible.

Pero, ¿por qué una casa partitura? Enamorado de la música, una vez erigido el edificio Alonso se percató de que éste era “como un pentagrama gigante”. El color azul que se eligió para la fachada norte se salpicó con notas de color amarillo, reproduciendo así la parte coral del Himno de la Alegría.

Josep Maria Huertas Clavería ya dio a conocer la historia de La Casa Partitura –así es como la nombra en uno de sus últimos libros, *Mites i gent de Barcelona*–, puesto que el gran pentagrama casi siempre se ve en movimiento y es difícil percibir el mensaje musical. De hecho, la música se queda suspendida en el silencio y el único sonido que se escucha, el único concierto que pueden percibir los oídos, es el de los coches que rodean el Nus de la Trinitat. De todos modos, el silencio va unido al estilo filosófico de Alonso y Balaguer, quienes abanderan el concepto de arquitectura silenciosa. Una idea que se puede resumir al afirmar que el éxito de un edificio es que nunca llegue a pasar de moda. “Y no lo hace porque nunca estuvo a la moda”. ¿Cómo es posible? Según el arquitecto del futuro estadio del Gimnàstic de Tarragona, la explicación es sencilla: hay que estudiar el contexto de la zona en la que se va realizar la obra, observar el entramado social, cultural e histórico existente para no “colocar” un edificio que tenga que abrirse paso entre empujones. “No concibo la creación de un edificio que se podría erigir en Dubai, en Barcelona o en Praga, incluso en diferentes zonas de la misma ciudad”. Por ese motivo, Alonso afirma que en su despacho no se crean dos edificios iguales, y reivindica la obra que su colega Rafael Moneo realizó en L’Illa Diagonal. “Nunca nadie ha sentido especial afecto por L’Illa, pero funciona, es perfecta. Siempre está ahí, silenciosa, callada y funcional. Ése es su éxito”.

El hecho de que el edificio sea el segundo más largo de Cataluña –quizás el primero es el que hay en Sant Adrià del Besòs, apodado el Coloso y también obra de Alonso y Balaguer– no se contradice con la firme creencia de Alonso sobre el crecimiento vertical versus horizontal, una solución para evitar que las metrópolis se expandan como manchas de aceite. “Al volar por la meseta y ver la inundación de chalés adosados tengo urticaria mental; durante décadas este país ha tenido un crecimiento sostenido y continuo, pero absolutamente insostenible desde el punto de vista social y energético”. Defensor acérrimo de las alturas porque permiten liberar espacio en las ciudades, como condición *sine qua non*, Alonso propone una buena red de transporte público y la mezcla de usos para que no se creen guetos.

Podrá demostrarlo. Está trabajando en cuatro proyectos en L’Hospitalet, otros cuatro en Málaga y dos más en Dubai. Su último proyecto más mediático, el Hotel Hesperia Tower, está salpicado de color y el tiempo mostrará si es su *leitmotiv*. Mientras, quédense con la máxima de Alonso: “La vida es en color, el color es alegría y la vida por el mismo precio puede ser alegre”.



www.bcn.cat/publicacions



“Podría sostenerse, con muy poca exageración, que en el mundo actual todo lo que pasa, pasa en las ciudades. Las ciudades se han convertido en *espacios privilegiados de realidad*, ámbitos de máxima intensidad colectiva, en los que tiene lugar lo más significativo, para bien y para mal, de cuanto nos concierne. [...] La ciudad, en realidad, no es tanto lo que designa como lo que acoge. De ella podemos decir que está constituida por el entramado de situaciones y conflictos compartidos por un conjunto de individuos decididos a vivir juntos, no siendo nada por encima o al margen de esa red”.
(Del editorial)

Núm. 70
Otoño 2007
www.bcn.cat/publicacions



Precio 3€



70